

61069

**Un fraile desacreditado. Revisión historiográfica  
del poeta fray Manuel Martínez de Navarrete  
(1768-1809)**

2

Tesis para obtener el grado de  
Maestra en Letras Mexicanas  
que presenta la

Lic. Eliberta Esther Martínez Luna  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Nacional Autónoma de México



México, D.F., agosto de 2000

281896



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Indice

Introducción.....	4
I. Las ediciones de la obra poética de fray Manuel Martínez de Navarrete.....	12
II. Revisión y recepción de fray Manuel Martínez de Navarrete.....	41
III. Fray Manuel Martínez de Navarrete, mayoral de la Arcadia Mexicana.....	78
IV. Anexos.....	103
V. Bibliohemerografía.....	136

## Introducción

Cuando realicé el “Estudio e índice onomástico del *Diario de México* (1805-1812)” encontré con sorpresa que había un número considerable de poetas que no habían sido estudiados hasta entonces, y otros más que habían sido considerados por la crítica de acuerdo con puntos de vista que actualmente ya no consideramos los más certeros dado el nivel y el estado de nuestros conocimientos al respecto del hecho literario. En especial, un poeta llamó mi atención, Manuel Martínez de Navarrete, fraile de la orden de San Francisco, nacido en Zamora Michoacán, en 1768, y que llegaría a ser mayoral de nuestra primera asociación literaria, la Arcadia de México. En ese momento, mi pregunta más espontánea fue: ¿cómo un poeta que gozó de tanta fama y de tan indiscutible autoridad intelectual en los primeros lustros del siglo XIX hoy es apenas recordado? ¿Cómo el mayoral de la Arcadia de México no es motivo de estudio en nuestros claustros? ¿Cómo es posible que hasta hoy la obra de Martínez de Navarrete no haya sido reunida y editada de acuerdo con los criterios

filológicos que imperan en nuestro tiempo? Con el propósito de responder a estas preguntas me propuse leer al fraile y a sus críticos.

La sorpresa nuevamente vino a mí al constatar que los juicios sobre Martínez de Navarrete, a lo largo de 150 años, se habían venido repitiendo sin ser sometidos a revisión. Uno y otro comentarista, crítico e historiador de la literatura había escrito lo mismo acerca del árcade, y casi con las mismas palabras. Para todos estos lectores, desde José Zorrilla hasta Pedro Henríquez Ureña, pasando por Guillermo Prieto, el poeta zamorano no había si no practicado una poesía artificial, de naturaleza imitativa y prosaica, gobernada por la firme intención de alejarse de la poesía gongorina. De esta manera, Martínez de Navarrete fue ubicado como un escritor neoclásico. No obstante, hubo una excepción: Francisco Monterde, quien se dio a la tarea de juzgar a nuestro poeta con independencia del patrón neoclásico, y atisbó en él rasgos correspondientes a la poesía romántica.

Por otra parte, al examinar las diversas ediciones de la poesía de Martínez de Navarrete, advertí que ninguno de sus editores se había dado a la tarea de cotejar los manuscritos del fraile, manuscritos que se encuentran en el acervo Genaro García de la Benson Latin American Collection, en la Universidad de Texas en Austin. Las publicaciones existentes del poeta tenían como base la edición de Alejandro Valdés (1823), o la de Carlos María de Bustamante (preparada en 1810 y sólo conocida en 1929).

Un punto más. Cuando se habla de la Arcadia de México suele calificársela como un lugar de evasión; a los poetas que formaron parte de esta asociación rápidamente se los descalifica y se los acusa de no haber tenido preocupaciones sociales o culturales, y de haber utilizado la poesía como un mero divertimento. Nada más falso. Si uno se sumerge en las

páginas de nuestro primer cotidiano, el *Diario de México*, encontrará un gran número de polémicas entre los árcades acerca de la naturaleza de la poesía, el gusto de la época y la estética a seguir.

En suma, me pareció que había varios puntos sobre el fraile, sus ediciones, sus coetáneos y su época que convendría aclarar y profundizar con el propósito de ofrecer una reinterpretación de un periodo de nuestra cultura literaria estudiado superficialmente. El resultado de ese empeño son los cuatro capítulos que el lector tiene en sus manos. En esta investigación he intentado, si no responder a todos los problemas apuntados, sí al menos, postularlos con claridad; y para ello me propuse trazar y plantear cuáles han sido los juicios e interpretaciones cuya inercia a lo largo de 2 siglos han terminado por distanciar al lector moderno de la obra del fraile.

En el primer capítulo, “Las ediciones de la poesía de fray Manuel Martínez de Navarrete”, hago una minuciosa revisión de los libros en los cuales ha sido difundida la obra del árcade. En consecuencia, doy a conocer las características generales de las seis ediciones publicadas hasta hoy de su poesía —dos en el siglo XIX, cuatro en el XX— con la intención de mostrar el proceso de construcción de sentido e interpretación de la figura pública de Martínez de Navarrete, ya que la disposición física en que se fija y difunde la obra literaria revela valores y hábitos sociales que nos dicen cómo y con qué características puede ser interpretada la obra de un autor. No está de más decir que las formas físicas y la disposición de los libros dan herramientas para entender cómo se difunde la obra literaria y se impone un marco de recepción de la misma.

Por lo tanto, el lector verá cómo la obra de Martínez de Navarrete se ha divulgado con una actitud poco crítica. Dejo además apuntado, en este primer capítulo, que el camino hacia una edición moderna de la poesía del

árcade debería cotejar las distintas fuentes editoriales y manuscritos de la obra.

En el segundo capítulo, me propuse hacer una revisión, lo más exhaustiva posible, de los juicios que sobre el árcade se han vertido. Este repaso ha sido hecho con el propósito de subrayar cómo es que a lo largo de la historia literaria mexicana los críticos han emitido juicios semejantes entre sí que provienen de una misma matriz cultural. En este sentido, mi objetivo fue rastrear los primeros comentarios adversos, y explicar cómo éstos son resultado de las ideas estéticas de la corriente literaria en boga en el momento en que se llevó a cabo la primera lectura social de la obra de Martínez de Navarrete: el romanticismo. Estas opiniones adversas fueron tan bien recibidas que imperan en la actualidad y gozan de prestigio entre nuestros estudiosos. Así, a lo largo de esta revisión se verá cómo el fraile ha sido juzgado con “parámetros estéticos” ajenos al sistema literario en el cual se nutrió, y desde el cual debería estudiarse.

En el capítulo “Fray Manuel Martínez de Navarrete, mayoral de la Arcadia Mexicana”, intenté demostrar cómo en las páginas del *Diario de México* los árcades discutieron con el afán de normar los hábitos intelectuales y estéticos de la época; al mismo tiempo, pretendí dar a conocer que la búsqueda de estos hombres de letras consistía en consolidar un carácter propio en la poesía que estaban escribiendo. Muchos de los textos que ejemplifican las discusiones entre los árcades se dan a conocer por vez primera y fueron recopilados y transcritos de las páginas del *Diario*. En esta investigación también creo dejar apuntada la escueta relación epistolar que Martínez de Navarrete sostuvo con algunos de sus colegas árcades.

Finalmente, en el apartado IV cuyo título es “Anexos”, transcribo de manera completa y sistemática algunas de las polémicas que sostuvieron entre sí los árcades en el *Diario de México*. La intención de este apartado radica en documentar el horizonte cultural de nuestra primera asociación literaria, la Arcadia de México. Estas polémicas forman parte de las referidas en el capítulo anterior.

También, en este mismo apartado doy a conocer un segundo anexo que muestra la relación cronológica de los poemas de Martínez de Navarrete publicados en el *Diario de México*.

Una vez trazada la trayectoria que sigue este trabajo, recupero la pregunta que Francisco Monterde se hizo en 1941: “¿Qué interés puede ofrecer el estudio de la vida y obra de Fray Manuel Navarrete en nuestros días?”.

Casi sesenta años después aventuro una respuesta: creo que la poesía y la presencia pública de Martínez de Navarrete puede despertar un gran interés, porque la historia de la literatura mexicana de los primeros años del siglo XIX está, me atrevo a decir, por escribirse aún. Y sobre todo requiere de estudios desprejuiciados que traten de entender y explicar un pasado dominado por los juicios de los escritores románticos con respecto de la cultura del siglo XVIII. Independientemente del valor literario que la poesía de la época tenga ante nuestros ojos, su interés histórico es mucho, pues en esta primera asociación literaria, desligada de la corona española, se va gestando la identidad nacional y la esencia de lo que será nuestra literatura.

La crítica literaria, más que emitir juicios de valor, debería explicarnos los cambios, la evolución histórica que siguen las obras. Por ello, en este trabajo he intentado mostrar las inercias críticas e

historiográficas que se han vertido sobre la literatura de los primeros lustros del siglo XIX. Mi intención no ha sido hacer un estudio formal de la poesía del fraile Martínez de Navarrete con la intención de revalorarlo; este propósito habrá de ser cumplido por otro interesado en la poesía del fraile. En cambio, me interesa mostrar el proceso de construcción social de los juicios sobre la obra de Martínez de Navarrete, y dejarlos hablar por sí mismos antes que erigirme como juez. Tengo la certeza de que los comentaristas de la obra de Martínez de Navarrete, más que acercarnos al entendimiento del horizonte cultural propio de su poesía, con el fin de apreciarla, nos han alejado de ésta. Este hecho no sólo se debe a los juicios adversos, sino a que la crítica ha centrado sus comentarios en señalar largas listas de cacofonías en las cuales incurrió Martínez de Navarrete, o en evidenciar su poco conocimiento respecto a la diptongación, los hiatos y las sinalefas. Incluso hay quienes rematan sus opiniones con joyas como esta: “la locución del verso es notable por la fuerza que encierra”. Considero que esta clase de comentarios nos dicen muy poco a los lectores actuales, a pesar de que cuando se publicaron cumplieron una función dentro de un sistema de valores literarios que ya no es el nuestro.

Si como lectores de nuestro tiempo estamos buscando hallar en la poesía del fraile de Zamora originalidad de ideas, perfección en la forma y una acertada selección de conceptos y vocablos, todo reunido a un tiempo, me temo que la desilusión será grande. Para acercarse a Martínez de Navarrete es necesario conducirnos hacia otros registros de valores estéticos; en primer lugar, deberíamos entender que los hábitos de lectura han cambiado, y que es casi seguro y natural que un poema como “La Inocencia” no nos conmueva, pero que sí nos diga mucho acerca de cómo se escribía poesía en esa época, quiénes eran los miembros más destacados

de la Arcadia de México —a ellos está dedicado el poema—, cuáles eran sus preocupaciones como sociedad literaria, etcétera.

Por otro lado, frecuentemente sólo se hace mención de la poesía religiosa de Martínez de Navarrete o de sus composiciones bucólicas, dejando de lado sus “Ratos Tristes” o su poesía satírica, poemas que a pesar de sus “imperfecciones” tienen mucho que darnos como expresiones lingüísticas y temáticas del periodo. Al mismo tiempo, recordemos que en los albores del siglo XIX se comenzó a gestar una crisis social y política en la Nueva España que necesariamente repercutió en la cultura de la época. Una buena parte de la producción poética del mayoral y de los árcades mexicanos, a pesar de lo que suele decirse, comenzó a desligarse de la metrópoli buscando una expresión propia, aunque modesta.

Es así que la importancia de Manuel Martínez de Navarrete radica sobre todo en el testimonio que nos brinda de su tiempo como autoridad intelectual que fue. Nuestro papel es tender puentes que nos ayuden a comprendernos mejor a partir del conocimiento preciso que podamos llegar a tener de nuestro pasado. El mayoral de la Arcadia de México es una pieza fundamental de ese pasado.

**I. Las ediciones de la obra poética de fray  
Manuel Martínez de Navarrete**

En la actualidad, la poesía de fray Manuel Martínez de Navarrete (Zamora, Michoacán, 1768- Convento de Tlalpujahua, 1809) recibe poca atención, ya no digamos por parte de un público no especializado en los estudios literarios, sino por parte de los críticos e historiadores de la literatura mexicana.

A pesar de haber sido el más importante de los poetas neoclásicos y el mayoral de la Arcadia mexicana, no existe hasta ahora un estudio exhaustivo o monográfico que dé cuenta de su actividad poética.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> En la Universidad de Texas, en Austin, se encuentra la tesis de doctorado de sor Adriana Escobar, *Fray Manuel Navarrete, su vida y algunos aspectos de su poesía* (inédita), Agosto, 1929. El trabajo de la religiosa dio a conocer sobre todo la biografía escrita por Carlos María de Bustamante, la cual transcribió del Acervo Genaro García de la Biblioteca Benson Latin American Collection. Ese mismo año, para desgracia de la monja, la Sociedad de Bibliófilos Mexicanos publicaba, en la ciudad de México, los *Poemas inéditos* de Navarrete junto con los "Apuntes biográficos de Carlos María de Bustamante". Otro trabajo que existe es la tesis de maestría del estudioso mexicano Francisco Monterde, titulada *Fr. Manuel Navarrete y sus poesías profanas en el prerromanticismo*, UNAM, 1941 (inédita). Este trabajo presenta un panorama general de las influencias de autores españoles en la obra del fraile zamorano. Cabe destacar que una mínima parte de esta tesis fue publicada en su libro *Cultura mexicana, aspectos literarios* (1946).

Como explicación de esta indiferencia no puede decirse que la obra de Martínez de Navarrete sea inaccesible, ya que existen seis ediciones de su poesía,<sup>2</sup> cuatro de ellas publicadas en el presente siglo.

Sin embargo, el hecho de que importantes hombres de la cultura mexicana se hayan dado a la tarea de editar la obra de Martínez de Navarrete no ha sido suficiente para aumentar el número de lectores, ya que los textos editados no se han beneficiado de la circulación y apropiación por parte de un público amplio. La obra de Navarrete no ha encontrado destinatarios, a pesar de que existan ediciones más o menos asequibles. Tal pareciera que el fraile aún está inédito porque sus libros permanecen intonsos. A continuación haré un repaso de los rasgos externos de las distintas ediciones de fray Manuel Martínez de Navarrete, pues considero importante conocer las características físicas de cómo ha sido transmitida la obra del fraile a sus escasos lectores. Esto que en apariencia pudiera no tener relevancia, nos enfrenta a todo un proceso de construcción de sentido e interpretación de la poesía del árcade como veremos más adelante.

---

<sup>2</sup> Una séptima edición de la poesía de Navarrete sería la que Francisco Pimentel consigna en su *Historia crítica de la poesía en México* y que habría sido publicada en Lima, Perú. Esta edición también es citada por José Olmedo y Lama en "Fray Manuel de Navarrete" en *Hombres ilustres mexicanos...*, p. 141. Así mismo, Porfirio Martínez Peñalosa hace referencia a la edición mencionada por Pimentel. Por otra parte, en el *Manual del librero hispanoamericano* de Antonio Palau, se menciona que la edición de Lima fue realizada con base en la de Victoriano Agüeros (1904), lo cual es un despropósito porque la de Lima, si es que existiera, es anterior a la de Agüeros. El Abate González de Mendoza en 1959, en su texto "El olvidado Navarrete", escribió: "En 1952 escribimos al señor B. Valdivia Doumenz, Jefe de la Biblioteca Municipal de Lima, transcribiéndole el parrafillo de Olmedo y pidiéndole información acerca de la edición peruana. La respuesta fue negativa". Hasta hoy no he localizado dicha edición.

Cuando aparecieron por vez primera reunidos los poemas de Navarrete en forma de libro, éste ya había muerto. Recién fallecido el poeta, Carlos María de Bustamante, su amigo y editor en el *Diario de México*, reunió e intentó publicar la obra del fraile. Sin embargo, su empresa no tuvo éxito, fundamentalmente, por los problemas políticos de la guerra de Independencia, aunque el texto quedó preparado en un manuscrito que actualmente se encuentra en la Colección Genaro García de la Universidad de Texas en Austin.<sup>3</sup>

Tuvieron que pasar catorce años, desde la muerte del poeta, para que apareciera la primera edición de *Entretencimientos poéticos*, que fue publicada en México en 1823 por la Imprenta de Valdés,<sup>4</sup> en 2 volúmenes. El editor Alejandro Valdés se dio a la tarea de reunir los poemas del fraile que habían aparecido en el *Diario de México* entre 1805 y 1809; además de incluir algunas composiciones inéditas cuyos originales manuscritos pertenecían a los amigos de Navarrete<sup>5</sup>. Así, la primera edición de

---

<sup>3</sup> Carlos María de Bustamante, "Vida del autor Manuel Navarrete, 1768-1809", documento G 204, Acervo Genaro García de la Universidad de Texas en Austin.

<sup>4</sup> Al comenzar el siglo XIX la imprenta de Manuel Antonio Valdés era una de las tres más importantes que existían en la época. Su propietario tenía fama de hacer trabajos bien cuidados. Al morir el impresor en 1814, su hijo Alejandro Valdés y Téllez Girón tomó las riendas de la imprenta que se encontraba en la calle de Santo Domingo número 12 (hoy llamada República de Brasil), casi esquina con Tacuba.

<sup>5</sup> En una carta inédita (fecha en Querétaro el 5 de mayo de 1810) que el provincial José María Carranza dirigió a Carlos María de Bustamante se informa que antes de morir Martínez de Navarrete había reunido sus poemas con la intención de formar un volumen que incluso hizo encuadernar. En este manuscrito encuadernado, el fraile había corregido algunos poemas ya publicados en el *Diario*. El clérigo Carranza sugiere que el padre Joseph Ibáñez robó el manuscrito de Martínez de Navarrete, hoy por cierto inencontrable. Véase "Navarrete, Fco. Manuel. Constancias para su biografía 1768-1809". Documento G. 201, s/p, Acervo Genaro García de la Universidad de Texas en Austin.

*Entretenimientos poéticos* estableció su *corpus* con base en los poemas publicados en el *Diario* y parte de los manuscritos inéditos del fraile. El orden de en que fueron organizadas las composiciones del árcade, en esta edición, se debió al criterio y decisión del propio Valdés; decisión y criterio que las posteriores ediciones han respetado y reproducido.

Para nuestra poca fortuna no se conoce, hasta ahora, ningún dato que nos dé la certeza de que el manuscrito preparado por Valdés aún se conserve. Sin embargo, sí se puede señalar que un número importante de poemas manuscritos del fraile Martínez de Navarrete se encuentran en el acervo Genaro García. Estas composiciones, en un primero y rápido cotejo, tienen variantes respecto al texto establecido e impreso por Valdés. No obstante, ninguno de los cinco editores posteriores de Manuel Martínez de Navarrete consignó las variantes.

Respecto a las características de la edición de Valdés, el volumen primero contiene en su portada los datos generales de la publicación, acompañados de la siguiente cita de Horacio: “*Virginus [sic], puerisque canto* (Hor. lib. 3ro, oda 1ra)”. El tomo se inicia con una nota “Al público”, firmada por “el ciudadano Alejandro Valdés”; por medio de ella nos enteramos de que el libro está dedicado al público para su instrucción y deleite. La nota también pondera, a grandes rasgos, el valor de nuestro “cisne americano” que con su obra contribuyó a enriquecer la “bella literatura”. Sigue el “Prólogo del editor”, en el cual Valdés, por un lado, reitera las virtudes naturales de la obra del poeta zamorano y, por el otro, comunica al lector que es la primera edición de las poesías de fray Manuel Martínez de Navarrete que sale a la luz. Al mismo tiempo, señala que buena parte de los poemas reunidos por él —como antes lo mencioné— ya

habían sido publicados en el *Diario de México*;<sup>6</sup> sin embargo, aclara que “muchas piezas jamás se habían dado a la prensa; pues he logrado tener a las manos bastantes manuscritos, y principalmente una colección copiosa, escrita del mismo puño de nuestro insigne poeta”.<sup>7</sup>

Valdés informa a sus lectores los criterios editoriales que siguió en la confección de los volúmenes; así, por ejemplo, identifica con la letra A (autor) las notas que el propio Martínez de Navarrete escribiera para acompañar sus composiciones, mientras que señala con una E (editor) las notas de su propia autoría. Consciente de haber dejado fuera más de algún verso del fraile, Valdés cierra su prólogo prometiendo una segunda edición corregida y aumentada. Esta promesa nunca llegó a concretarse.

“Elogio a Fr. Manuel Navarrete”, por don Mariano Barazábal, es el siguiente texto en la edición que comentamos. Se trata de un largo poema cuya parte final va acompañada de notas al pie de página que contienen explicaciones a ciertos lugares difíciles del texto. Le sigue “Memoria sucinta de los principales sucesos de la vida de Fr. Manuel Navarrete, con algunas reflexiones sobre su poesía. Escrita por un íntimo amigo suyo”. Este texto es, sin duda, el antecedente de la breve biografía escrita por el licenciado Carlos María de Bustamante, para su propia edición.

La “Memoria sucinta” brinda datos que considero han determinado la imagen física e intelectual de Navarrete. El texto es interesante por los comentarios críticos que se hacen de su poesía; en él se destacan las composiciones pastoriles del fraile y se justifica su abundante producción

---

<sup>6</sup> El primer poema que apareció en el *Diario de México* fue la serie de odas “Las flores de Clorila”, que dio inicio el 2 de enero de 1806. Entre enero de 1806 y diciembre de 1809 se habían publicado en nuestro primer cotidiano aproximadamente 160 poemas del fraile Navarrete. (Ver anexo.)

<sup>7</sup> Manuel de Navarrete, *Entretenimientos poéticos*, México, Valdés, 1823, p. XI.

en temas eróticos como resultado de su exacerbada fantasía e imaginación. A todas luces, este rasgo libra al fraile de cualquier supuesta pillería amorosa. Además, con esta “Memoria” se busca hacer énfasis en el origen americano del fraile, pues, de acuerdo con estas páginas, gran parte de su valía estaba en haber nacido y producido en tierras americanas.

El apartado siguiente de este primer volumen es el que se abre propiamente con las composiciones del fraile. Esta sección se inicia con el poema “En la remisión de estas poesías”, dedicado a Fabio, hermano de Navarrete —Blas Martínez de Navarrete—. En esta composición, Navarrete habla de su quehacer como poeta y advierte, por si alguien tuviera duda, que sus poemas amorosos fueron escritos a solicitud de sus amigos; así declara que los diversos nombres Clori, Filis, Celia, Silvia, etc., aparecidos en sus composiciones son “sobre puestos”. Al mismo tiempo, el fraile pide benevolencia para sus versos:

Por último te encargo  
que no pongas mis versos  
donde malignos momos<sup>8</sup>  
tal vez puedan morderlos.

Después mas que descuides  
de ratones perversos,  
de crueles polillas,  
y otros animalejos.

Aquéllos son peores,  
porque aunque éstos, es cierto,  
que devoran las hojas;<sup>9</sup>  
pero el honor aquéllos.

---

<sup>8</sup> Momo fue el dios de la burla y el sarcasmo, hijo del sueño y de la noche. De genio satírico temible, hacía víctimas de sus mofas a los mismos dioses. Se le representaba con careta y llevando el cetro del bufón, símbolo de la locura.

<sup>9</sup> Véase la edición de Victoriano Agüeros, p. 11; en la de Porrúa, t. I pp. 25-26.

Este emplazamiento al lector termina por decir que quizá sería mejor haber dejado sus poemas reposar en un viejo estante y no haberlos sacado a la luz.

La sucesión de poemas continúa y el que cierra el primer volumen es el soneto número XVIII, “A Fileno”. Le sigue el “Índice” y después se consignan las “Erratas”, que señalan un par de errores tipográficos y una “Nota” más. Esta nota aclara la equivocación del editor al numerar ciertas odas. El “Prólogo”, la “Elegía” de Barazábal y la “Memoria sucinta” están numeradas con caracteres romanos que suman un total de XXXVII páginas. Algo similar ocurre con el “Índice” (X páginas), mientras que los poemas fueron designados con números arábigos y dan un total de 298 páginas.

El segundo volumen lleva también en su portada una cita del *Arte poética* de Horacio: “...Ne forte pudori/sit tibi Musa lyrae solers, et cantor Apollo” (vv. 406-407). El poema “Noche triste” —compuesto a su madre muerta—, es el que abre el volumen. Los apartados que continúan son: Ratos tristes (22), Elegías (3), Octavas (26), Sátiras (3), Epigramas (8), Fábulas (8), Poesías sagradas y morales (3), otra serie de Sonetos (14), y finalmente Elogios fúnebres (2), textos escritos por Juan Wenceslao Barquera (Barueq) y Mariano Barazábal (Anfriso). Estos elogios fúnebres están acompañados de una nota que recuerda que aquellos poemas ya habían sido publicados.<sup>10</sup> Después se pasa al “Índice”, enseguida a la parte de

---

<sup>10</sup> El Elogio a Fr. Manuel de Navarrete de Barazábal fue publicado por vez primera el 29 de septiembre de 1809 en el *Diario de México*, t. XI, n. 1458 pp. 367-379; mientras que el poema de Wenceslao Sánchez de la Barquera, titulado “Oda Sáfico adónica, a la inmadura muerte del R. P. Fray Manuel Navarrete, poeta americano” fue publicada el 5 de noviembre de 1809 en el mismo *Diario*, t. XI, n. 1496 pp. 522-524. La oda iba acompañada de la siguiente carta: “Sr. Diarista, la siguiente pieza que se dignará aceptar, más bien por su

“Erratas”. En este segundo volumen se consignan 9 erratas, es decir, 6 más que en el primero. Luego una “Advertencia” que indica que, a pesar de haberse incluido la fábula “El caballo en venta”, es poco probable la autoría de Martínez de Navarrete al respecto, por lo que el editor Alejandro Valdés aconseja se “omita en las siguientes ediciones”. Y así lo hicieron tanto el editor de París (1835) como el mexicano Victoriano Agüeros (1904).

En un “Apéndice” a aquel volumen, Alejandro Valdés comunica a los lectores que “concluida la impresión de esta obra vinieron a mis manos las siguientes poesías de Navarrete; por lo que me determiné a publicarlas en el presente apéndice”.<sup>11</sup> Estas piezas son un cuarto juguetillo más, “El centzontli”; una letrilla, “La rosa del valle”; una silva, “A Fabio para que se case”; una endecha, “A Clori en el sepulcro”; y dos sonetos, “Exclamaciones de una mujer celosa” (soneto XIX) y “La caída de Faetón” (soneto XX).

En esta primera edición de la obra de Martínez de Navarrete, publicada por Valdés, destaca, según se usaba, la acentuación de las vocales a, e, o (á, é, ó), cuando van solas o se usan como conjunción. Los monosílabos son acentuados también (dió, fué, vió, etc.), mientras un gran número de palabras que hubiera correspondido acentuar, de acuerdo con nuestras reglas ortográficas actuales, no van acentuadas; entre ellas se encuentran: habia, tambien, edicion, despues, frio, corazon, poesias, dia, etc. Así mismo, hay un número considerable de palabras escritas de “forma

---

objeto que por su mérito, pues no la presento para grangearme elogios, sino para cumplir con los justos sentimientos de mi corazón del que puede V., disponer con toda franqueza”. También hay que mencionar que la estrofa que acompaña al retrato de Navarrete en algunas ediciones pertenece a la citada oda de Barquera.

<sup>11</sup> Manuel de Navarrete, *Entretenimientos poéticos*, slp.

incorrecta”, o mejor dicho, con la ortografía de la época. Unas llevan el acento donde no corresponde, en otras se cambia una s o una c por una x o una z; en algunas más se utiliza una b cuando corresponde una v. Los ejemplos que transcribo aparecen más de una vez, de modo que estamos ante las señales de una norma ortográfica diferente de la nuestra, y sólo en algunos casos ante posibles erratas: zeloso, escelso, escusado, llebe, sábia, métros, númen, decimosesta, ajenas, cruge, esquisito, por señalar sólo unas pocas palabras que serían casos de interés para los investigadores dedicados a la historia de la ortografía tal y como se escribía en México a principios del siglo XIX.

En cuanto al uso de mayúsculas no existe un criterio definido, ya que en ocasiones se usan las mayúsculas cuando se inicia una cuarteta o una quinteta; o, por el contrario, al iniciarse cada uno de los versos de algún poema. No es extraño que las mayúsculas también se utilicen dentro de la composición para destacar alguna palabra. La puntuación empleada en los poemas recurre con insistencia al punto y coma (;) puntuación a la que siempre sigue una mayúscula. La edición de Valdés suele utilizar palabras en cursivas y no abusa de los entrecomillados; por ejemplo, para destacar los seudónimos (Mopso, Arezi, Deoquín, Quebrara, etc.) que se incluyen en el poema “La Inocencia”, recurrió al uso de cursivas.

Cabe destacar que en esta edición, con relación a las otras, no se incluyeron dos composiciones: “Carta a un amigo contra Flora y su madre” y la décima “En apología de un predicador que habiéndole tocado la campana en la Catedral de Valladolid para que concluyese, prosiguió no obstante el sermón”. El segundo volumen tiene un número total de 302 páginas. Finalmente, el libro cierra con un recuadro cuya leyenda dice: “Se

hallará esta obra en México, en la librería de Valdés, esquina de la calle de Tacuba”.

La segunda edición de la poesía de Navarrete, copia fiel de la primera, fue hecha en París en 1835 y también apareció con el título de *Entretimientos poéticos* (París, Librería de Lecointe, 1835, 2 volúmenes). El primer tomo viene ilustrado por un par de grabados de Ambrosio de Tardieu. Uno de los dos corresponde al busto de Manuel Martínez de Navarrete y lleva una inscripción al calce que dice: “El vate divo que al indiano suelo/De honor y gloria le cubriera ufano/Con sus cantares que apreciaron siempre/Númenes altos”. Esta estrofa sáfica forma parte del elogio que con motivo de la muerte del fraile escribiera el árcade Wenceslao Sánchez de la Barquera. En la página siguiente, que es la portadilla, está el segundo grabado, que es una mujer indígena con penacho, el torso desnudo y una falda de plumas. Junto a la indígena hay una mujer vestida con una túnica griega, que bien podría ser Talía o Minerva. Tres ángeles rollizos juegan con liras y flautas al lado de ellas. En general parece que la intención del grabador hubiera sido reproducir un paisaje exótico, pero que a la vez incluyera rasgos familiares para un lector europeo o criollo. Debajo del grabado se lee: “Al pueblo americano, el editor”. En la siguiente página se lee la misma cita de Horacio que fue copiada en el primer volumen de la edición de Valdés, “Virginibus, puerisque canto”.

La edición parisina lleva un breve prólogo escrito por el editor. En este texto se informa que la edición de los poemas de Martínez de Navarrete se debe al deseo de “algunos literatos mexicanos”; sin embargo

no revela su identidad, aunque sí hace énfasis en el deseo de divulgar el gusto por las bellas artes que surgen en América.

¿Y quien puede merecer mejor estar a la cabeza del parnaso americano que el candoroso, sencillo y dulce Navarrete, cuya travesura e inocencia a la par que la elegancia y el alhago [*sic*] poético han tenido entre sus contemporáneos tan pocos imitadores? ¿Quién pudo mejor que él conciliar la austeridad del claustro con la lira de Anacreonte?<sup>12</sup>

El editor en su prólogo pondera la amplitud de “tonos” empleados en las composiciones del fraile, lo mismo que la fluidez y pureza del lenguaje. Destaca la decencia y la ternura de sus versos amorosos y se atreve a vaticinar la trascendencia de la obra del árcade: “genio tan feliz, imaginación tan viva, habilidad tan sublime, tacto tan delicado pasarán á la posteridad más remota”.<sup>13</sup>

El siguiente texto que integra el volumen es una nota que advierte el profesionalismo con que fue hecha la edición:

La impresión de esta obra ha sido encargada a uno de los mejores tipógrafos de París después de haberse enmendado los yerros de imprenta de que adolecía la edición mejicana; así es que el editor se lisonjea de enviar una edición digna del país á quien la ofrece, y capaz de rivalizar con lo mejor que se ha impreso en Francia e Inglaterra.<sup>14</sup>

---

<sup>12</sup> Véase el “Prólogo” a *Entretenimientos poéticos*, París, Lecoq, 1835, pp. v,vi.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. viii.

<sup>14</sup> *Ibidem*, misma página. Marcelino Menéndez y Pelayo también reparó en la buena factura de la edición de París y escribió: “De sus *Poesías* hay, por lo menos, dos ediciones, una de México, 1823, y otra de París 1835. Es la que tenemos á la vista. Está impresa con

El orden de los poemas, como se mencionó al principio, es el mismo que la edición de 1823. Sólo una diferencia hay en cuanto a su organización, y es que aquí los dos sonetos (“Exclamaciones de una mujer celosa” y “La caída de Faetón”) que aparecían en el apéndice de la primera edición, en la de Lecoite ya se incorporan a la sección dedicada propiamente a los sonetos. Así, en vez de aparecer dieciocho, aparecen veinte en un solo apartado. Lo mismo sucede con las otras piezas (“El cenizontli”, “La rosa del valle”, “A Fabio para que se case” y “A Clori en el sepulcro”) que se suman y distribuyen en el *corpus* general de la obra y no van separadas en un apéndice. Esta edición incluye además la sátira “Carta a un amigo contra Flora y su madre” y la décima “En apología de un predicador...”, que habían sido omitidas, como ya lo consignamos líneas arriba, en la publicación de Valdés.

Si la edición de Lecoite destaca entre las otras ediciones, es por lo esmerado de su diseño, por la acertada tipografía, por el buen papel utilizado y por su impresión. Las plecas y ribetes empleados para separar cada uno de los poemas, y el uso de números romanos para designar a las composiciones son recursos que contribuyeron a conferir un aspecto elegante a los dos pequeños volúmenes parisinos, además de inscribirlos en un proceso determinado de construcción de sentido. Roger Chartier, que ha estudiado con profundidad las prácticas sociales de lectura y la circulación

de textos, refiere que las formas físicas del libro determinan el establecimiento de su interpretación y circulación.<sup>15</sup>

Respecto a la ortografía, la edición de París es muy similar a la de Valdés; hay un gran número de palabras sin acentuar, mientras otras tantas llevan acento donde no corresponde según el uso de la ortografía actual. La utilización de mayúsculas tampoco tiene un criterio que se pudiera definir con claridad.

El primer volumen consta de 288 páginas, pero hay que agregar 40 más que integran el “Prólogo”, la “Elegía”, la “Memoria sucinta”, etc.; los cuales están numerados con caracteres romanos. El segundo volumen consta de 280 páginas. Al final de este volumen se lee la dirección de la librería: “Librería de Lecointe, Quai des Augustins, 49, 1835”; lo mismo que la de la imprenta: “En la imprenta de Pablo Renovard, calle Garancière n. 6”.

Ya en pleno siglo XX, la Tipografía de Victoriano Agüeros, en 1904, publicó la obra de Martínez de Navarrete en su Colección Biblioteca

---

mucha elegancia, pero afeada por notables incorrecciones, propias de tipógrafos extraños á la lengua castellana. Véase *Historia de la poesía hispano-americana*, p. 102.

<sup>15</sup> Véase Roger Chartier, *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Al respecto escribió: “las variaciones de las modalidades más formales de presentación de los textos pueden modificar no sólo su registro de referencias sino también su modo de interpretación [...] Así, los nuevos editores sugieren una nueva lectura de las mismas obras o de los mismos géneros, una lectura que fragmenta los textos en unidades separadas y que reencuentra, en la articulación visual de la página, la articulación intelectual o discursiva del argumento”. p. 31.

de Autores Mexicanos<sup>16</sup> bajo el número 50. El título con el cual apareció fue *Obras de Fr. Manuel Navarrete. Poesías*. De las características generales de esta edición destacamos el busto del fraile Navarrete, acompañado de su nombre escrito de su puño y letra. Frente a esta página, se encuentra la portadilla (en dos tintas, rojo y negro), con los datos correspondientes a la edición (título, autor, lugar y año de la impresión). El volumen se abre propiamente con la “Memoria sucinta”, luego el “Elogio de Fr. Manuel de Navarrete por D. Mariano Barazábal” —el orden es inverso con respecto de la primera y segunda ediciones—, para dar paso a *Entretencimientos poéticos* con su “Prólogo ingenuo”. El índice y la

---

<sup>16</sup> Carlos González Peña, en la bibliografía de su *Historia de la literatura mexicana*, escribió respecto a la Biblioteca de Autores Mexicanos: “colección publicada de 1896 a 1910, por Victoriano Agüeros. Consta de 78 volúmenes. Contiene muchos autores secundarios, y aunque sus textos suelen ser no siempre fieles, todavía es útil en todo aquello que no se encuentra en nuevas ediciones”, p.12. Habría que agregar que esta colección publicó a los escritores más destacados del siglo XIX. Asimismo un número considerable de títulos editados por Victoriano Agüeros han sido reeditados por la editorial Porrúa, en su Colección de Escritores Mexicanos. Por su parte, Alfonso Reyes escribió sobre la Biblioteca de Autores Mexicanos de Agüeros: “Copiada, en el tamaño y forma de imprenta, de la *Colección de Escritores Castellanos* que desde hace años se publica en Madrid, salió el primer tomo en 1896. Frágiles en la costura, defectuosos en la impresión, los ejemplares resultan poco atractivos a los ojos, y, por desgracia, no contentan más el entendimiento. Ante todo y para ser justos, Agüeros debió haber llamado su colección: *Biblioteca de Autores Católicos Mexicanos*. [...] La colección, sin embargo, no puede merecer el nombre de sabia. Se nota demasiado en ella la ausencia de una mano experta y segura; algunas ediciones —como la de Navarrete que es mera copia de las anteriores imperfectas— lleva una biografía defectuosísima”; en “Don Victoriano Agüeros”, en *Capítulos de literatura Mexicana*, pp. 283-284. Sólo me resta agregar que los comentarios de Alfonso Reyes en esta ocasión son del todo justos. En particular el volumen de la poesía de Martínez de Navarrete no es frágil en su costura ni defectuoso en su impresión. Respecto a la bibliografía que Reyes califica de “defectuosísima” es, junto con la de Carlos María de Bustamante, la más completa y fidedigna que se conoce hasta ahora.

organización de los poemas corresponden, en general, a la primera edición de Valdés, salvo que en la edición de Agüeros, siguiendo el ejemplo de Lecointe, algunas composiciones se intercalaron en los distintos apartados de acuerdo con la clasificación de sus formas poéticas. Las composiciones intercaladas son las ya conocidas “El centzontli”, “La rosa del valle”, “A Fabio para que se case”, “Exclamaciones de una mujer celosa” (soneto XIX), “La caída de Faetón” (soneto XX) y “A Clori en el sepulcro”. La edición se cierra, como en las otras publicaciones, con los “Elogios fúnebres” escritos para Navarrete por los árcades Mariano Barazábal (Anfriso) y Juan Wenceslao Sánchez de la Barquera (Barueq).

Una variante en la edición de Victoriano Agüeros es que éste no consigna tres composiciones: la sátira “Carta a un amigo contra Flora y su madre”, la décima “En apología de un predicador que habiéndole tocado la campana en la Catedral de Valladolid para que concluyese, prosiguió no obstante su sermón”, y la fábula “El caballo en venta”.<sup>17</sup>

Agüeros tomó el criterio de iniciar cada verso de todos los poemas publicados con mayúsculas, y confirió a las odas y los sonetos un número de identificación. Por su parte, la ortografía fue modificada de acuerdo con

---

<sup>17</sup> En la edición de Valdés, que luego fue reproducida tal cual por Porrúa, hay una advertencia respecto a esta fábula y que transcribo: “Hizo la casualidad que en los manuscritos de estas poesías que llevé a la imprenta me dejase por olvido un papel en que estaba escrita la *fábula 3* que se halla en la página 189 de este tomo, cuyo título es *El caballo en venta*. Digo por olvido, porque no constándome ciertamente que esta composición fuese del autor, siempre me hice el ánimo de suprimirla. En la oficina creyeron que iba con el objeto de que se insertase entre las otras, y con efecto lo hicieron; yerro que yo no advertí hasta concluida la impresión de aquel pliego. Así pues, téngase por no puesta, y omítase en otra edición” (s/p); en la edición de Porrúa t.I, p. 226. Es obvio que por lo dudoso de su autoría, a decir de Alejandro Valdés, el editor Victoriano Agüeros decidió no incluirla.

las nuevas reglas establecidas. Así que, por ejemplo, se cambió zelo por celo, muger por mujer, esquisito por exquisito; mientras que los acentos en los monosílabos se conservaron (vió, fué, dió, tí, etc.), lo mismo que en las vocales a, e, o, u (á, é, ó, ú). En general la edición está bien cuidada, aunque no escapan algunas erratas que pudieran resultar sustanciales; por ejemplo, en el índice se lee “A los ojos de Cirsén” cuando debiera decir Crisea, o “Gloria á Lisi”, en vez de “Clori a Lisi”, “A Clorila, con unas frutas de pasta” por “A Clorila, con unas frutitas de pasta”, por mencionar sólo algunas. No obstante, hay que decir que el título correcto de todas los poemas mencionados sí se consigna en la página que encabeza las composiciones.

En cuanto a su aspecto físico, el volumen parece una edición de bolsillo por lo pequeño. El libro tiene un total de 475 páginas, más 15 (identificadas en números romanos) de la “Memoria sucinta”. Por último hay que mencionar que el editor, a diferencia de sus predecesores, no escribió ningún prólogo o nota introductoria para explicar o justificar el porqué de la decisión de publicar la obra del fraile zamorano.

Por su parte, la edición preparada por Carlos María de Bustamante aparecería un siglo más tarde, o si se quiere con exactitud 119 años después del fallecimiento del mayoral, con el título *Poemas inéditos. Apuntes biográficos de D. Carlos María de Bustamante*, y el sello editorial corrió a cargo de la Sociedad de Bibliófilos Mexicanos (México, 1929).

La edición que hizo la Sociedad de Bibliófilos de la poesía de fray Manuel Martínez de Navarrete constó de 250 ejemplares numerados, 226 de ellos designados expresamente para sus miembros. Fue el quinto volumen de las publicaciones que desde 1926 se habían venido editando, y

también el último, pues la Junta Directiva con este libro dio por concluidos sus trabajos editoriales.

Los *Poemas inéditos* de Navarrete fueron acompañados por una “Nota preliminar” anónima. La nota advierte que estos poemas no habían sido incluidos en ninguna de las tres ediciones anteriores (Valdés, Lecointe y Agüeros).

Carlos María de Bustamante habría preparado el manuscrito para que los poemas del árcade aparecieran en un solo volumen y así fue. El manuscrito originalmente llevaba una dedicatoria dirigida a los provinciales fray José María de Carranza y fray José María de Soria, pero la Sociedad de Bibliófilos consideró “ocioso imprimirla en estas páginas”.<sup>18</sup>

En la “Nota preliminar” también se lee que el objeto de dar a conocer los poemas inéditos del fraile se debe al interés que pueden despertar estos poemas “ligeros [...] que abundan en la frescura y facilidad

---

<sup>18</sup> Navarrete, *Poemas inéditos*, p.10. Sin embargo, la dedicatoria (inédita) está en el texto original que se encuentra en el acervo Genaro García en la Universidad de Texas en Austin y que a continuación transcribo: “A los M. M. R. R. P. P. Exproles. de la Prova. de los Stos. Apóstoles de Michoacán Fray José Ma. Soria y Fray José Ma. Carranza, Salud.

Por la ley de la naturaleza devuelve la tierra con usura al Labrador las semillas que depositó en su seno, y regó con el sudor de su frente; y yo por la ley de eterna gratitud, dedico a VV. PP. el fruto de la protección que dispensaron a mi querido amigo Fray Manl.[sic] Navarrete, dándoles gracias por el bien que le hicieron a este hijo de las musas; no menos que por el que de ello resultó a la América Septentrional. ¡Pluguiese a Dios que todos los que tienen una pequeña parte de poder sobre sus semejantes lo empiasen como VV. PP. en su dicha; y en hacerles amable la dominación! Dios que. a [conserve] VV. PP. para decoro de su Prova. y fomento de la Juventud estudiosa- México y Marzo 22 de 1810. Lic., Carlos María de Bustamante” (rúbrica). Véase “Algunos materiales para la vida de Navarrete”, ms. documento G 201, s/p, Acervo Genaro García de la Universidad de Texas en Austin.

características del poeta”.<sup>19</sup> Se sabe que la copia del manuscrito, que se encuentra en Austin, la hizo el escritor chileno Arturo Torres Rioseco.<sup>20</sup>

A la “Nota preliminar” le sigue “Vida del autor” firmada por el licenciado Carlos María de Bustamante, hasta entonces inédita. Este breve texto contiene datos valiosos que son referencia obligada cuando se estudia a Manuel Martínez de Navarrete. Bustamante creó un texto que no evitó disimular su simpatía y amistad con el árcade, además de que no escatimó en llenarlo de elogios y destacar su vocación religiosa y literaria desde muy temprana edad.<sup>21</sup> Luego de la “Vida del autor” se da paso a los 14 poemas inéditos del fraile y a la respuesta —escrita en verso— del provincial José María Carranza. En ésta se muestra cómo el provincial reprende a Navarrete por no dedicarse a las tareas propias de un sacerdote franciscano.

---

<sup>19</sup> Navarrete, *op. cit.*, p. 12.

<sup>20</sup> Arturo Torres Rioseco (Talca, Chile 1897- Berkeley, California 1971). Prosista, ensayista, historiador y crítico literario; su vida estuvo ligada al ambiente universitario y académico. Vivió en Texas, México y Nueva York. Fue miembro de número (22) de la Sociedad de Bibliófilos Mexicanos. Entre sus libros destacan *Precursores del modernismo*, Madrid, Calpe 1924; *Antología de prosistas hispanoamericanos*, Austin, Johnson Publishing Co., 1927; *La novela hispanoamericana* (1939); *Vida y Poesía de Rubén Darío* (1944); *Aspectos de la literatura hispanoamericana* (1963).

<sup>21</sup> Gran parte de los datos sobre Martínez de Navarrete, vertidos por el licenciado Bustamante, le fueron transmitidos por fray José María de Carranza. Tan es así, que Bustamante en su texto transcribe parte de una carta enviada por el fraile Carranza, provincial del convento de Michoacán. Lo mismo sucede con la epístola de fray Juan de Dios Méndez, testigo de la muerte del árcade. Cabe señalar que un primer intento que hizo Carlos María de Bustamante, por escribir sobre la vida y obra de Navarrete, fue la nota necrológica que publicó en el *Diario de México* el 9 de agosto de 1809, t. XI, n. 1408 pp. 167-168.

El siguiente apartado lo compone un brevísimo texto: “Notas de Bustamante”; ahí el periodista oaxaqueño invitaba a los editores de Martínez de Navarrete a cambiar el título de una de las composiciones del fraile. Pero la invitación no fue aceptada en esta edición, así el poema quedó con el título original que el árcade le había asignado: “Elogio a la paz restablecida en la Provincia de los Gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán”, composición que por cierto sufrió la supresión de algunos versos desde su versión original .

“Notas del poema” es el apartado que sigue y consta de 6 notas que se refieren al fragmento del “Poema de la Paz” y fueron hechas por el mismo Carlos María de Bustamante. En estas notas se identifica a algún fraile o personaje contemporáneo de Martínez de Navarrete, lo mismo que se dan referencias generales de alguna imagen religiosa. Finalmente, con tres apartados más cierra la edición de *Poemas inéditos*: “Índice”, “Nuestras ediciones” —texto que habla de las publicaciones anteriores de la Sociedad de Bibliófilos Mexicanos—,<sup>22</sup> y la Lista de Socios y de la Junta Directiva que integraba dicha sociedad.

En cuanto a su apariencia física, al abrir el volumen nos encontramos con un grabado del fraile que trae inscrita la misma estrofa de la edición de París del ya citado “Elogio fúnebre”, el cual le escribiera su amigo, el árcade Wenceslao Sánchez de la Barquera.

---

<sup>22</sup> Los libros publicados por la Sociedad de Bibliófilos son: *Grandeza Mexicana* de Bernardo de Balbuena, reproducción facsimilar de la edición príncipe (1927); *Viaje a la Nueva España* de Juan Francisco Gemmelli Carreri, traducción de J. María de Agreda Sánchez (1927); *Obras* de Carlos de Sigüenza y Góngora con una biografía de Francisco Pérez Salazar (1928) y *Crónica de la Merced de México* de fray Cristóbal de Aldana (1929).

La ortografía de esta edición fue actualizada respecto al manuscrito original, ya que las vocales que solían ir acentuadas en este documento no conservaron el acento. También se cambiaron las grafías en palabras como, reyno, quando, descuydo, baxo, hize, dixiste, bacilar, por mencionar sólo algunas. En el uso de mayúsculas, la Sociedad de Bibliófilos optó por utilizarlas al inicio de cada uno de los versos de los poemas. También ciertas palabras que se encontraban subrayadas dentro del texto original se cambiaron por mayúsculas. Por su parte, algunas citas en latín, tomadas de las églogas de Virgilio, están mal transcritas, por ejemplo, güemquam por quemquam, o guibus por quibus, por mencionar un par de ellas. El volumen consta de 122 páginas y fue impreso en la Antigua Imprenta de Murgía, ubicada en Cuauhtemotzin número 87.

Una publicación más de la poesía del fraile de Zamora es la antología hecha por Francisco Monterde, *Poesías profanas*, México, UNAM, 1939, con prólogo y selección del mencionado antologador. Este volumen forma parte de la Biblioteca del Estudiante Universitario (núm. 7).<sup>23</sup>

El volumen de *Poesías profanas* se abre con una “Advertencia” anónima —supongo que pertenece al propio Monterde, director, en esa época, de la imprenta universitaria— que pretende justificar la publicación de los poemas del fraile. En esta “Advertencia” destaca la afirmación de

---

<sup>23</sup> De la Biblioteca del Estudiante Universitario, Carlos González Peña escribió: “Es una colección de antologías escolares de textos literarios e históricos”, *op. cit.* p. 12. Habría que agregar que curiosamente el estudio hasta ahora más serio sobre Navarrete, y no precisamente escolar, fue escrito por Francisco Monterde para esta colección. Cabe destacar que esta edición es la única que tiene tres reimpresiones, 1939, 1972 y 1990.

que Navarrete “es el primero que contribuye a renovar nuestra literatura: en algunos de sus versos aparece una promesa del Romanticismo”.<sup>24</sup> Es claro que Monterde buscó refrendar la valía del poeta al situarlo como precursor del romanticismo mexicano, más que como un poeta neoclásico.

A esta nota le sigue el atinado y correcto prólogo de Francisco Monterde, para después pasar, propiamente, a la selección de la obra poética del árcade. La portada del libro tiene un dibujo que reproduce el busto del fraile, hecho por Julio Prieto. Uno más acompaña la sección con que inician los poemas. Este último dibujo de Prieto muestra una austera habitación conventual —con una mesa de trabajo, una ventana al fondo—, que simula ser la del fraile Navarrete.

El libro está dividido en 8 apartados, “Poesías” es el primero y se inicia, como las ediciones anteriores, con el poema “En la remisión de estas poesías”, dedicado “A Fabio (Blas Martínez de Navarrete)”. La organización del libro continúa con “Décimas, quintillas y cuartetos” (7 composiciones), “Odas” (10), “Églogas” (3), “Sonetos” (8), “Elegías” (que incluye sólo el poema “A la muerte de Clori”). El sexto apartado adopta el nombre del único poema que contiene, “Noche triste”. El séptimo, “Ratos tristes (incluye sólo 7 Ratos de un total de 22) y, finalmente, el octavo apartado, “Varia”, que incluye 8 composiciones misceláneas, entre ellas “La mañana”, “Juguillos a Clorila” y “Mis censores”. La edición de la Universidad Nacional acortó algunos títulos respecto a otras ediciones; por ejemplo, tituló “A una señorita pedidora de versos” al poema que en anteriores publicaciones se identifica como “A una señorita que cogió la manía de pedir versos al autor”; o llamó “Influjo del amor” a “Influjo del

---

<sup>24</sup> Véase Francisco Monterde, “Prólogo” a *Poesías profanas* de Manuel de Navarrete, p. VI.

amor, imitando el artificio del primer soneto de don Tomás de Iriarte”; “A Clori en el campo” se convirtió sólo en “El campo”, y “A la vuelta de Clori” en “La primavera”.

El libro consta de un total de 196 páginas y la ortografía corresponde a las convenciones establecidas actualmente. Se recurre al uso de mayúsculas sólo al inicio de cuartetas o quintetas y después de un punto.

Finalmente, la edición más reciente de la que tengo noticia data de 1991, *Entretenimientos poéticos*, México, Porrúa, Colección de Escritores Mexicanos (núms. 93-94)<sup>25</sup> con prólogo de Porfirio Martínez Peñalosa. Esta edición es la más completa hasta el momento, ya que incluye, además del texto establecido por Alejandro Valdés, el texto de Carlos María de Bustamante. La conforman dos volúmenes, el primero de 250 páginas y el segundo de 312 páginas. El primer volumen se abre con el breve prólogo de Porfirio Martínez Peñalosa, acompañado de una todavía más breve bibliografía. A esto se suma la nota titulada “Al público”, le sigue el “Prólogo del editor”, ambos textos, recordemos, de Alejandro Valdés, primer editor de Navarrete, y que ya hemos comentado en estas páginas. Esta edición de Porrúa sigue en riguroso orden a la de Valdés, es decir que continúa con el romance endecasílabo “Elogio a Manuel de Navarrete por Mariano Barazábal” y la “Memoria sucinta, Escrita por un íntimo amigo suyo”, antes de dar paso a los *Entretenimientos poéticos*.

---

<sup>25</sup> El historiador de la literatura Carlos González Peña también escribió acerca de la Colección de Escritores Mexicanos: “Es sin duda la colección más autorizada, pues sus ediciones están al cuidado de los mejores críticos y eruditos mexicanos”, *op. cit.* p. 12.

Este primer volumen se cierra con el poema “La noche triste” y sólo incluye 18 sonetos.<sup>26</sup> El segundo volumen está dividido en 5 apartados, el primero de ellos da inicio con los “Ratos tristes”, le siguen las “Poesías sagradas y morales”, “Sonetos”, “Elogios fúnebres” y “Poemas inéditos. (Apuntes biográficos y notas de Carlos María de Bustamante)”; el orden de este apartado es exactamente el mismo del de la edición de la Sociedad de Bibliófilos Mexicanos.

Debe destacarse que algunas de las diferencias que existen entre la publicación de la Sociedad de Bibliófilos y la Colección de Escritores Mexicanos de Porrúa son de orden netamente editorial; por ejemplo, las notas hechas por Bustamante al poema “Elogio a la Paz restablecida en la provincia de los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán” van al pie de la misma página y no en una página aparte como en la primera edición. El editor de Porrúa no estableció iniciar con mayúsculas cada verso, pero sí al inicio de las cuartetas y quintetas, o simplemente después de un punto, como es la norma. No obstante, en el poema antes mencionado, sí respetó —como la Sociedad de Bibliófilos Mexicanos— el uso de mayúsculas en palabras como Musa, Majestad, Abate, Estrellas, Padre, Iglesia, Satanás, Virgen, Reina, Memoria, Prudencia, Ángel, Alma, etcétera, palabras que tienen toda una carga ideológica porque se relacionan

---

<sup>26</sup> Respecto a las composiciones faltantes en este primer volumen (2 sonetos, una fábula, una endecha, una silva), éstas se incluyen en un apéndice al final del segundo volumen —al igual que la primera edición de Alejandro Valdés— con el siguiente comentario: “Advertencia del Editor: Concluida la impresión de esta obra vinieron a mis manos las siguientes poesías de nuestro Navarrete; por lo que me determiné a publicarlas en el presente Apéndice”, p. 227. Los poemas del apéndice son los ya más que mencionados en este estudio, “El centzontli”, “La rosa del Valle”, “A Clori en el sepulcro”, “A Fabio para que se case”, “Exclamaciones de una mujer celosa” (XIX) y “La caída de Faetón” (XX).

con creencias religiosas, virtudes o autoridades civiles y eclesiásticas. También se mantuvo *Seraphin* por Serafín y *cruge* en vez de cruje. En cuanto a la puntuación, ambas ediciones difieren entre sí algunas veces; por ejemplo, mientras la de Bibliófilos suele utilizar punto y coma (;) y continuar con mayúscula, la de Porrúa sustituye esos puntos y comas solamente por comas (.). Una minucia más, en sentido estricto, es la errata en el título del poema “Don Juan Francisco Gutiérrez en el día de su esposo, ausente cantaba”, consignada en la edición de Porrúa como contaba, lección errónea de acuerdo con el manuscrito de la Benson Latin American Collection, respetada por la edición de la Sociedad de Bibliófilos.

Merece la pena poner de relieve que ni la edición de la Sociedad de Bibliófilos Mexicanos ni la Colección de Escritores Mexicanos de Porrúa señalaron que en el manuscrito original —que está, como ya hemos referido, en Austin— algunos versos estaban subrayados. Está de más decir que por pequeña que sea esa omisión resta elementos para el estudio de la calidad del manuscrito de base y estrategias de su edición posterior.

Otra punto que llama la atención es que el poema “Despedida” se inicia con una cuarteta como epígrafe:

Me voy, me aparto, me ausento,  
ya te lo dice mi llanto,  
te quedas, lo siento: ¡ay cuánto!  
¡ay cuánto, mi bien, lo siento!<sup>27</sup>

Inmediatamente después, la cuarteta se glosa. Sin embargo, en la edición de Porrúa, el epígrafe del poema “Despedida” forma parte del romance “A los días de un amigo”, dándole un sentido distinto e incluso

---

<sup>27</sup> Véase Martínez de Navarrete, *op. cit.*, en Porrúa t. I p. 146.

confuso al poema, hecho que a todas luces es producto de un error en la composición editorial y no de una posible variante en los poemas.

Finalmente, el volumen de Porrúa cierra con el índice, tabla de contenido en la cual los poemas no están organizados en apartados, sino que se enlistan de corrido.

Como habrá visto el lector la obra de Martínez de Navarrete se ha difundido a partir de dos textos: el publicado por Alejandro Valdés en 1823 y el preparado por Carlos María de Bustamante en 1810. De modo que los editores que hasta hoy se han ocupado de difundir la obra de Martínez de Navarrete siguen, o bien a Valdés, o bien a Bustamante, y no se han dado a la tarea de cotejar los poemas con los manuscritos que se encuentran en la Benson Latin American Collection, ni mucho menos de buscar en los archivos eclesiásticos y civiles del área cultural de la antigua Valladolid.

Es así como las variantes señaladas entre las distintas ediciones, en un primer acercamiento, son de índole ortográfica, en la forma de disponer el orden de algunos poemas, en convenciones tipográficas o papel empleado, es decir, diferencias de carácter físico y no de contenido. Por ejemplo, algunas odas o sonetos están designados con números romanos, arábigos o escritos, según el criterio adoptado por el editor. Si bien la edición de Agüeros tendió a entrecomillar algunas palabras, las ediciones de Valdés, Lecoite, Porrúa y la de Monterde decidieron usar con más frecuencia cursivas en vez de comillas.

En conclusión, las ediciones que he comentado presentan diferencias que se refieren a los criterios editoriales que imperaban en la

época en que cada uno de estos libros fueron impresos. Criterios editoriales que traducen, por un lado, aspectos inherentes a la lengua (normas ortográficas y gramaticales) y, por otro, aspectos correspondientes a la disposición física en que se fija y difunde la obra literaria. Así pues, el hecho de que haya cambios tipográficos y ortográficos en cada una de las ediciones aquí descritas, no implica variantes en el sentido estricto. Sin embargo, estas vacilaciones sí muestran gestos y hábitos sociales que nos dicen cómo y con qué características circuló la obra del mayoral de la Arcadia mexicana. Sobre todo, estas determinadas formas físicas de los libros dan herramientas para entender cómo se ha leído o cómo se lee un autor dependiendo de la intención que haya tenido su editor y sus impresores. Para una visión más clara, citemos las palabras de Chartier: “el libro impreso, el formato, las disposiciones de compaginación, el modo de recortar el texto, las convenciones que regulan su presentación tipográfica, etc., remite necesariamente al control que ejercen los autores o los editores sobre formas encargadas de expresar una intención, gobernar la recepción, e imponer la interpretación.”<sup>28</sup>

Por otro lado, ninguna de las ediciones revisadas, salvo la selección de Monterde, se dio a la tarea de comentar o agregar un estudio introductorio o un prólogo con el propósito de revalorar la obra del poeta zamorano en nuevos contextos de circulación y lectura. Todas, incluyendo la edición más reciente de Porrúa, se concretaron a reproducir los juicios de los críticos sancionados por el canon de nuestra historiografía, sin aportar una lectura nueva y fresca de la obra del árcade. Si la mecánica repetición de juicios sobre el fraile en prólogos, notas y advertencias no fuese prueba suficiente de esta actitud poco crítica, bastaría recordar la

---

<sup>28</sup> Roger Chartier, *op. cit.* p. 43

reproducción de un mismo manuscrito de base sin cotejos ni correcciones, ni notas de variantes, de peculiaridades tipográficas y hasta pifias de impresores.

Así como el *corpus* de la obra de Martínez de Navarrete no ha sufrido cambios a lo largo de su reproducción editorial en busca de su depuración o de su recontextualización para nuevos públicos, así también la imagen de este poeta ha quedado congelada en un solo discurso ideológico repetido por sus editores no sólo en sus textos de presentación y comentario, sino también, como ya lo he sugerido, en sus criterios editoriales. Por ejemplo, en las diversas presentaciones que los editores han hecho de la obra de Martínez de Navarrete, al poeta se le ha conferido una y otra vez el estandarte de la representación del hombre americano. Vale la pena reparar sobre todo en el editor francés, quien publica la obra de Martínez de Navarrete con la intención de regalarla “al público americano”, sin pensar en ningún momento que pudiera ser para consumo del orbe europeo. Menos aun sugiere traducirlo para los propios franceses. Agregemos a esto que la ilustración de la portadilla es una clara muestra de cómo era pensada y entendida la poesía del fraile o en general de América por los franceses en el siglo XIX: como producto de un mestizaje pero sobre todo como una tierra todavía exótica y salvaje.

Un síntoma más de esta situación vendría a ser que la obra de fray Manuel Martínez de Navarrete se ha difundido con el mismo título, palabras más, palabras menos. *Entretenimientos poéticos*, *Poesías inéditas*, *Poesías Profanas*. Los volúmenes de las distintas editoriales que lo han publicado revelan sobre todo una preocupación por difundir objetos bien cuidados, pequeños y de buen gusto, dejando de lado el intento de un

replanteamiento de la imagen ideológica de Navarrete dirigida a nuevos públicos.

Como habrá visto el lector en esta breve descripción de las diferentes ediciones de la obra de fray Manuel Martínez de Navarrete se intentó demostrar la actitud poco crítica, sin ningún complemento de notas filológicas, con que ha sido abordado y editado el mayoral de la Arcadia. La edición crítica de su poesía está a la espera de un trabajo minucioso y depurado que pueda establecer y divulgar el *corpus* poético del fraile. Si con este repaso dejé apuntado el camino por el cual deben transitar los interesados en la historiografía de la literatura mexicana de los albores del siglo XIX, me doy por satisfecha.

**II. Revisión y recepción de fray Manuel Martínez  
de Navarrete**

Al estudiar la obra de fray Manuel Martínez de Navarrete, nos acercamos a un poeta que está custodiado por juicios no del todo halagüeños o certeros. La crítica “especializada” ha ido estableciendo una serie de comentarios adversos que han alejado al lector moderno de la obra del fraile. Pese al buen recibimiento del que fue objeto Navarrete en su época —al grado de ser ejemplo de emulación por parte de los poetas mexicanos del periodo—, su nombre ha quedado al margen de las expectativas estéticas que imperan a partir de la segunda mitad del siglo XIX en nuestra literatura. Para la comprensión e interpretación de este hecho es necesario reconstruir el camino que han trazado los críticos de fray Manuel Martínez de Navarrete.

Después de haber hecho una revisión lo más exhaustiva posible de los juicios que se han escrito acerca de él, se puede afirmar que ninguno de los historiadores o críticos de la literatura mexicana se ha atrevido, de manera tajante, a configurar una imagen cargada de juicios adversos o, por

el contrario, de juicios favorables sobre la poesía del fraile que ayude a ubicar y explicar claramente su obra dentro del canon de nuestras letras.

Francisco Monterde, quien con mayor seriedad ha estudiado a fray Manuel Martínez de Navarrete, lo ha clasificado como un poeta que vivió a la grupa de dos épocas. Por un lado, Martínez de Navarrete participó de los resabios de la cultura del siglo ilustrado, y por otro, vivió la alborada del romanticismo. Esto, que en apariencia pudiera ser fútil, es la esencia de los juicios que se han vertido en torno a su obra. Esta mezcla se da por la dualidad en la que se desarrolló la vida y la obra del poeta. Hay que recordar que los primeros comentarios críticos y adversos sobre Martínez de Navarrete provienen de escritores que se nutrieron del código romántico; es claro, pues, que los juicios valorativos de éstos tuvieron que ver con el código que rechazaba a ultranza las exigencias del neoclasicismo. De este modo, lo censurable en la obra del fraile ha sido lo que no pertenece a este sistema de valores que impera, incluso, hoy en día. No obstante, los atisbos prerrománticos en su poesía le han sido reconocidos y ensalzados, quizá por ello no se le ha ignorado y se le ha conferido un espacio dentro de nuestra historiografía literaria.

El sistema literario sustentado en las normas o convenciones estéticas cambia con el paso del tiempo, lo que conduce a que la manera de acercarse a un escritor se modifique según la recepción que se haga de éste. El fraile de Zamora, después de su efímera fama —cuatro años para ser exactos—, empezó a ser leído, a partir de la segunda década del siglo XIX, con expectativas cargadas de prejuicios. Los comentaristas buscaban en la poesía de Martínez de Navarrete un carácter nacional, la restauración del lenguaje y una militancia política que se viera reflejada en su rechazo a la Península Ibérica; elementos, claro está, alejados del sistema literario y

social de donde se nutrió y desarrolló la obra del fraile. La poesía de corte neoclásico escrita por Navarrete fue juzgada bajo las normas de ese presente inmediato, hoy pasado, que fue el romanticismo.

La idea que comenzó a gestarse, años después de declarada la Independencia de México, fue que el poeta debía dejarse guiar por su instinto e inspiración y dirigirse ya no sólo a un puñado de personas, sino abarcar a un público más amplio. El poeta debía evitar y rechazar el uso de su capacidad intelectual para tratar asuntos triviales o evasionistas; es decir, el escritor no debía ver a la poesía como un entretenimiento,<sup>1</sup> como mero pasatiempo, sino como un compromiso con la emergente nación.

Los comentaristas literarios de la segunda mitad del siglo XIX mexicano pugnaban porque los poetas se interesaran en el estudio de preceptivas, e intentaran reconstruir la lengua nacional por medio del conocimiento exhaustivo de las reglas gramaticales y sintácticas.<sup>2</sup> La crítica de los románticos a los poetas neoclásicos, y en particular a Martínez de Navarrete, se centraba en destacar los descuidos formales que alejaban al poeta de su participación en la reconstrucción de la lengua española; lengua que estaba además, en su opinión, contaminada de galicismos. Sin embargo, estos críticos mexicanos se guiaban y construían su discurso, paradójicamente, a partir de preceptivas y poéticas españolas, y no

---

<sup>1</sup> Como dato significativo, recuérdese que la primera vez que se reunió la obra de Martínez de Navarrete fue bajo el título de *Entretimientos poéticos* (México, Valdés, 1823).

<sup>2</sup> Esto que parece ser la esencia de la discusión de los románticos *versus* los clásicos es parcialmente cierto, pues los poetas de los primeros lustros del siglo pasado dieron un gran espacio a la discusión en torno a la posición del poeta sobre problemas formales, y se preocuparon por establecer los registros con los que debían guiarse. En el capítulo dedicado a "Fray Manuel Martínez de Navarrete y la Arcadia" me ocupo de este tema con mayor detalle.

alcanzaban a comprender que ya existía un particular “español-mexicano” que había comenzado a gestar nuestra identidad. Pablo Mora, en “Orígenes de la crítica literaria en el México independiente (1824-1836)”, ha expresado claramente este hecho:

Esta crítica, como veremos, se concentraba sobre todo en señalar los defectos de diptongación y sinéresis debidos a la pronunciación mexicana, así como un abuso en las licencias poéticas tales como el arcaísmo, el uso de galicismos, trasposiciones, inapropiada dicción poética, etcétera. Lo cual nos revela una crítica y una producción mexicana que por ningún motivo se planteaba la defensa de una pronunciación mexicana ante la ignorancia de las preceptivas y prosodia españolas y sí un deseo por alcanzar un estatus literario acercándose a la norma española.<sup>3</sup>

Cabe recordar, además, que el carácter primordial en un poeta, según ciertos preceptistas, era la destreza que éste tenía para saber aplicar las reglas de la prosodia; es decir, el dominio de los “buenos modales lingüísticos”. Sin embargo, no debe extrañarnos esta concepción del quehacer del poeta, pues baste señalar que un gran número de poéticas y preceptivas que tuvieron su auge en el siglo XIX nutrían sus páginas con este tipo de argumentos.

Como decíamos al principio, el árcade Manuel Martínez de Navarrete gozó de un gran prestigio en su época, pero ahora nos preguntamos qué ha provocado que se tenga en el olvido al fraile de Zamora. Sabemos que la producción y consumo de textos literarios

---

<sup>3</sup> Pablo Mora, “Orígenes de la crítica literaria en el México independiente (1824-1836)”, en *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos*, p. 161.

implican una manera de leer y de escribir, se transforman del mismo modo que el tiempo, y así se explica el cambio en el gusto literario. Pero hay que decir en voz alta que el gusto literario, fundamentalmente, está condicionado por factores sociales y culturales que parecemos olvidar cuando intentamos estudiar a un escritor que no está sancionado dentro del canon imperante en nuestros días.

De manera rápida y despectiva, solemos hacer referencia de un autor para después desecharlo sin miramientos de ningún tipo. Algunos estudiosos de la literatura a veces pecan por la excesiva confianza que depositan en sus viejas autoridades, y otras veces ni siquiera recurren a los más elementales textos que nos dan los datos primarios de la historiografía mexicana.

A fray Manuel Martínez de Navarrete le ha tocado ser un poeta marginado de nuestro mapa literario, no obstante las referencias que se hacen a su poesía. Propongo para conocer mejor los comentarios que se han vertido en torno al fraile deternernos en los más significativos.

Al revisar la crítica que se ha hecho de su obra, puedo aventurar que gran parte de las opiniones negativas provienen, fundamentalmente, de dos textos: uno, el del poeta español José Zorrilla, *La flor de los recuerdos* —recopilación de textos misceláneos en los cuales reflexiona en torno a sus vivencias en nuestro país—, publicado en México en 1855, y un artículo anónimo publicado en el *Diccionario universal de historia y de geografía* de Manuel Orozco y Berra (México, 1855). Como se podrá ver por la fecha, ambos textos corresponden a la llamada época romántica. Sin afán de reducir nuestro juicio a una interpretación esquemática o escolar, hay que tener en cuenta que los románticos, como ya antes mencionamos, tanto españoles como mexicanos, vieron con desconfianza y rechazo a la poesía de

corte neoclásico por considerarla fría, afectada y de imitación. José Zorrilla escribió:

El padre Navarrete pertenece a la escuela clásica, tal como se comprendía a fines del siglo XVIII: a aquella escuela de imitación de la imitación francesa que Molière y Racine hicieron de los modelos griegos, dando a sus obras las severas y correctas formas áticas de aquellos, pero enmascarando a los personajes de las suyas con los retruécanos, las galanterías, los encages, los lazos y las pelucas, de su lenguaje, sus costumbres y sus atavíos a la Luis XIV. España, al aceptar a los Borbones en Felipe V, se sometió a todas las influencias de Francia; entre las cuales le fue también impuesta la de la poesía; así que en vez de imitar a Homero, a Píndaro, a Sófocles y a los demás excelentes maestros de la Grecia, imitaron a Racine y a Corneille, que habían imitado a los latinos, quienes a su vez copiaron a los griegos.<sup>4</sup>

Resultaba entonces que la literatura española y la mexicana eran imitación de la francesa a decir del autor de *Don Juan Tenorio*, quien a su vez, al inicio de su texto alegaba imparcialidad en sus juicios y sobreponía a Dios como el único ser capaz de juzgar a los hombres. Dada esta justificación, Zorrilla mesura sus comentarios para luego sentenciar que Martínez de Navarrete y Francisco Sánchez de Tagle son los “dos [poetas] que merecen la pena de ser conocidos, y de quien tenemos por ahí muy escasas noticias”.<sup>5</sup> Por otra parte, en el *Diccionario* referido se menciona

---

<sup>4</sup> José Zorrilla, *La flor de los recuerdos, ofrenda que hace a los pueblos hispanoamericanos*, p. 402.

<sup>5</sup> J. Zorrilla, *op.cit.*, p. 402. Zorrilla en este discurso crítico llega a calificar a Sánchez de Tagle por encima del talento de Navarrete porque “su genio [fue] más inspirado, su gusto más exquisito y su instrucción mucho más vasta que los de Navarrete, le colocan a mayor altura que éste, y en primera línea entre los poetas mexicanos”. p. 406.

que Martínez de Navarrete perteneció a la época en que la literatura sólo buscaba imitar a la “clásica francesa” y dejaba de nutrirse de sus propias fuentes, fuentes que por otro lado, pertenecían a la literatura española, aceptando así que la sociedad mexicana era parte esencial de la península.

No obstante, en ambos textos se culpa al “gusto de la época” por dar resultados fallidos en la obra de Martínez de Navarrete; así Zorrilla vuelve a sentenciar que el árcade “era poeta cuando se dejaba guiar por su buen instinto e inspirar solo por su corazón; pero no podía romper las trabas del mal gusto de su tiempo, ni deshacerse de la pesadez de su ciencia escolástica y conceptual. [Tajante afirma] Navarrete fue lo que pudo ser”.<sup>6</sup> En el *Diccionario* de Orozco y Berra se dice que no es extraño “encontrar en Navarrete el carácter, la forma y todo cuanto distinguía a la literatura de esa época, pues [...] no hizo más que escribir según el gusto de su tiempo”.<sup>7</sup> Como se podrá percatar el lector, en estos primeros juicios comienza a hablarse de un gusto social, de una moda en la creación literaria, más que de los valores propiamente estéticos de la producción del fraile zamorano.

Para 1892, Francisco Pimentel, en su *Historia crítica de la poesía mexicana*, confiere a fray Manuel Martínez de Navarrete el título de “uno de nuestros poetas más conocidos fuera del país”.<sup>8</sup> En el esbozo que nos presenta Pimentel reconocemos las ideas tanto de Zorrilla como del *Diccionario* de Orozco. En una parte de su crítica, Pimentel hace referencia a los frecuentes “errores” de sinéresis en los que incurre

---

<sup>6</sup> *Ibidem*. Como veremos a lo largo de esta revisión, la opinión de Zorrilla goza de tal “prestigio acrítico” que se repite hasta nuestros días. Hay que decir que el “mal gusto” del que se habla se refiere sobre todo al predominio de la estética barroca en la poesía (oscura y afectada) o, por el contrario, a los excesos del prosaísmo y descuido en la versificación.

<sup>7</sup> *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, p. 33.

<sup>8</sup> Francisco Pimentel, *Historia crítica de la poesía mexicana*, p. 39.

Martínez de Navarrete, para luego concluir que es común en los poetas castellanos. También adjudica estos tropiezos, en la obra del árcade, al hecho de que el primer libro de prosodia castellana que se conoció en México fue el de Mariano José Sicilia (1832)<sup>9</sup> y Martínez de Navarrete murió en 1809 “sin conocer obras didácticas sobre versificación”. Mientras, en el *Diccionario* leemos:

es de sentirse el poco o ningún estudio que Navarrete había hecho de prosodia, bien que esto entonces en México era defecto general, que no se corrigió sino hasta hace muy pocos años. Navarrete con demasiada frecuencia comete contra la prosodia el pecado muy grave, en mi opinión de no hacer la debida separación de la ocurrencia de las vocales que deben pronunciarse como otras tantas sílabas distintas, y no como un diptongo; lo cual, además de ser antigramatical da al verso un desaliño insoportable, ofendiendo gravemente el oído.<sup>10</sup>

Además de la relación obvia entre ambas referencias críticas, de seguir fielmente las normas de un texto de preceptiva, todo hace suponer que esto es un argumento débil y equivocado, pues basta revisar el *Diario de México* y ver que hay un número considerable de manuales de preceptiva, retórica y poética que se anunciaban para su venta, por lo que resulta difícil creer que Martínez de Navarrete, siendo un hombre

---

<sup>9</sup> El libro al que se hace referencia es de Mariano José Sicilia, *Lecciones elementales de ortología y prosodia, obra nueva y original en que por primera vez se determinan y demuestran los principios y reglas de la pronunciación y del acento de la lengua castellana*, Madrid, Real Imprenta, 1832.

<sup>10</sup> *Diccionario Universal de Historia...*, pp. 35, 36.

ilustrado, no hubiera conocido algún manual de versificación.<sup>11</sup> Y si eso no fuera suficiente, en las mismas páginas de nuestro cotidiano se brindó un lugar destacado a un gran número de discusiones de carácter formal en torno a la poesía.

Francisco Pimentel en su estudio, no sólo se quedó como deudor intelectual de los textos críticos mencionados, sino que además intentó hacer el análisis semántico y formal de la obra de Martínez de Navarrete; como resultado de ello, se atrevió a corregir algunos poemas “sugiriendo la palabra adecuada”. Pero hay que decir que sobre todo el estudio de Pimentel, como los otros, es ambiguo, o lleno de tibias indecisiones, o si se quiere, con mejor voluntad, es una crítica que busca el “justo medio”; ya que fluctúa entre la descalificación de la obra del mayoral de la Arcadia Mexicana, y la afirmación de que los “trabajos más bellos y originales de

---

<sup>11</sup> Menciono aquí algunos de los muchos títulos de libros referidos en el *Diario de México* (1805-1812). *Compendio del arte de escribir* de Joseph Anduaga Garimberti. *Lecciones sobre retórica y las bellas letras* de Hugo Blair, traducción de José Luis Munárriz. *Arte poética* de Nicolás Boileau, traducida en verso por Juan Bautista Arriaza. *Diccionario portatil y de pronunciación española* de Barthelemi Cormon. *Arte poética española con una fertilísima silva de consonantes* de Juan Díaz Rengifo. *Gramática completa grecolatina y castellana* de Juan Antonio González de Valdés. *Gramática y nuevas observaciones en versos castellano con su explicación en prosa* de Juan de Iriarte. *Arte de escribir siguiendo el método y buen gusto de Xavier de Santiago Palomares* de Estebán Jiménez. *Compendio de retórica latina y castellana ilustrada con ejemplos selectos* de José Muruzábal. *Arte de escribir por reglas y con muestras, según la doctrina de los mejores autores antiguos y modernos extranjeros y nacionales* de Torcuato Torio de la Riva. Como se puede ver es tal la cantidad de obras de este tipo que será fácil comprender que las discusiones de la clase letrada en la época se organizaran en torno a los principios dictados por la preceptiva. Sin embargo, Guillermo Prieto, en 1844, ya había señalado que a pesar de haber sido publicada *La poética* de Luzán en 1737, los poetas neoclásicos no aprovecharon estas “sabias doctrinas”.

Navarrete son sus poesías filosóficas y religiosas que comienzan por *La noche triste*, *Los ratos tristes* y las *Elegías*.<sup>12</sup> En cuanto al primer término de esta fluctuación, Pimentel dice que las sátiras de Martínez de Navarrete están “plagadas de conceptos triviales, expresiones indecorosas y chistes de mal gusto”;<sup>13</sup> en cuanto al segundo, el crítico llega a considerar *La inmortalidad* como un “excelente” poema.<sup>14</sup>

Cabe señalar que Pimentel al criticar o censurar algún verso del fraile de Zamora se apoyó en autoridades en boga a finales del siglo pasado, como Mariano José Sicilia, Manuel Revilla, Narciso Campillo Correa, José Mamerto Gómez Hermosilla, o Francisco Martínez de la Rosa para convalidar sus juicios. Si volvemos a los dos textos críticos sobre Navarrete que comentábamos al principio, también encontraremos que los juicios corren al igual que un péndulo.

Pero para continuar propongo seguir cronológicamente los juicios más significativos que se han escrito sobre fray Manuel Martínez de Navarrete y que han contribuido a su descrédito.

Si la figura de Guillermo Prieto actualmente goza de prestigio en nuestra historia literaria, imaginemos el peso que tuvieron sus opiniones en la centuria pasada. En un texto de referencia obligada —por su carácter evaluador de la gestación de nuestras letras patrias—, “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia

---

<sup>12</sup> F. Pimentel, *op. cit.*, p. 419.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 405.

<sup>14</sup> José Luis Martínez calificó atinadamente a Francisco Pimentel como “cazador de incorrecciones”, sin embargo, destaca que a pesar de esa debilidad, “la predilección que muestra por Navarrete parece originada principalmente en la preocupación constante que tenía Pimentel de contradecir las opiniones de Menéndez Pelayo”, véase “Historiografía de la literatura mexicana”, en *NRFH*, p. 63.

de la bella literatura” (1844), Guillermo Prieto otorga un espacio importante a la poesía de los árcades y finca en estos poetas la responsabilidad de no haber renovado nuestra literatura.

¿Ignoraban estos hombres eminentes que ellos pudieron y debieron haber sido los legisladores del idioma, los restauradores del buen gusto, los padres de la poesía mexicana?<sup>15</sup>

Aseveración que creo está cargada de contradicciones, porque en el mismo artículo Prieto hace referencia a que “el poeta no tenía misión [pues], carecía de sociedad a quien dirigirse; por mejor decir, la sociedad en que existía no tenía vida propia, era una fracción de otra sociedad”.<sup>16</sup> Es decir, Prieto responsabiliza a la vez que justifica el papel desempeñado por los árcades dentro de nuestra literatura. Sin dar el nombre de Martínez de Navarrete hace referencia a los poemas escritos por el fraile para destacar su falta de “buen gusto”:

Un Batilo de calzón corto y peluca, escribiendo en la arena requiebros; un Menalcas que andaba a salto de mata por una Clori incivil y desdeñosa; las flores naciendo donde pisaban Filis y Clorila; y los cánticos a los lunarillos, a los falderos, a las palomas, a los polluelos, ésta era aquella candorosa poesía escrita sin fe y sin sentimiento.<sup>17</sup>

---

<sup>15</sup> Guillermo Prieto, “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura”, en *La misión del escritor*, p.116. La primera vez que se publicó este artículo fue en el *Museo Mexicano o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas*, t. IV, pp. 354-360 (1844).

<sup>16</sup> G. Prieto, *op. cit.*, p. 112.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 115.

Poesía sin sentimiento llama Prieto a la poesía que no tuvo los rasgos evidentemente románticos que su época exigía; esos rasgos que no cubrían las expectativas de la literatura nacional que se iba gestando y que tendría en la Academia de Letrán (1836) un espacio para la discusión.

Si bien se constata en las páginas del *Diario de México* que una buena parte de la producción escrita por los árcades recurría a mexicanismos para expresarse, Guillermo Prieto consideró que este esfuerzo no fue suficiente, ya que debieron haber creado un diccionario de mexicanismos que ayudara a entender mejor el significado del “idioma de los aztecas”. Asimismo, el poeta de la musa callejera veía la urgencia de establecer una preceptiva que ayudara a unificar criterios y estableciera un uso “correcto” del idioma. En esta vertiente de preocupaciones, por mexicanizar la literatura, Prieto señalaba que poetas posteriores a los árcades, como José María Heredia, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado habían incurrido en similares descuidos que los poetas neoclásicos, pero que gracias a Andrés Quintana Roo, que había dado a conocer la prosodia de Sicilia, se pudieron enmendar los defectos de ciertos poetas. Según Prieto, “parece que no había idea siquiera de lo que era o dejaba de ser diptongo, de la cantidad de sílabas, de nada”.<sup>18</sup> Como se advierte, éstas son las mismas objeciones de carácter formal que repitieron otros autores y que demuestran el poco conocimiento o cuidado que pusieron al estudiar la poesía de los árcades.

En 1846, dos años después de los juicios vertidos por Guillermo Prieto, apareció en la ciudad de Valparaíso, en Chile, una antología de poesía: *América poética* que llama la atención porque intentó reunir a

---

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 123.

“aquellos americanos que como poetas se han distinguido en los tiempos más recientes”.<sup>19</sup> La intención principal de esta antología fue mostrar la inminente necesidad de divulgar lo nacional y lo americano a un tiempo en los poetas seleccionados. En ella, los nombres de José Mármol, José Joaquín de Olmedo, Esteban Echeverría, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Manuel Carpio, Andrés Bello, José María Heredia y Fernando Calderón están presentes y conviven con el de Manuel Martínez de Navarrete. Esto sin duda es un hecho destacable, pues se consideraba al fraile de Zamora un poeta americano, con todo lo que esto significaba a mediados del siglo pasado, además de que se le ubicaba con poetas ya sancionados dentro del canon romántico.

En el prólogo de esta antología leemos que para la selección de los poemas se tomó en cuenta que los poetas fueran “guías” incapaces de “estraviar el amor discreto por el hombre americano y los consejos inmutables del buen gusto”.<sup>20</sup> La categoría del “buen gusto” vuelve a estar presente, pero esta vez no se le niega a fray Manuel Martínez de Navarrete como en su patria. Es así como el árcade era reconocido y destacaba en las páginas de la *América poética*, al ser ampliamente representado con más de 20 composiciones, entre ellas su largo poema eucarístico, *La divina providencia*.<sup>21</sup>

---

<sup>19</sup> *América poética*, con prólogo de José María Gutiérrez (quien fue considerado por Menéndez Pelayo como un antiespañol y entusiasta, casi fanático, por todas las cosas de América) p. V. En esta antología, después del índice, se lee: “*La América poética* se ha publicado en 13 entregas. Apareció la primera en el mes de febrero de 1846 y la última a fines de junio de 1847. Comprende 53 autores; 455 composiciones escogidas de estos, y más de 54 5000 versos”. p. 823.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. VI.

<sup>21</sup> Los poemas que fueron seleccionados para antologar a Martínez de Navarrete son los siguientes: “A Fabio en remisión de estas poesías”, “Las flores de Clorila”, “La inocencia”

La información biográfica que se da del padre Navarrete, en esta antología, es la difundida por Carlos María de Bustamante acerca de la infancia del poeta, su incursión en el comercio —cuando era adolescente— y su vida en el convento. Por otro lado, el mencionar sólo dos ediciones de la poesía del fraile (México 1823, París 1835) da una razón más para especular sobre la poca credibilidad de Pimentel cuando consigna, según lo asentamos en el primer capítulo de este trabajo, la edición de Perú de la obra de Martínez de Navarrete. Recordemos que *América poética* fue una antología que buscó destacar y hacer hincapié en las publicaciones y en los poetas más sobresalientes del orbe americano que existían hasta ese momento.

El comentario general en la antología acerca de Navarrete se centra en el papel que desempeñó como árcade:

En aquellos tiempos los literatos que se daban a la poesía se imaginaban vivir en la edad de oro, y formaban “Arcadias” de las cuales eran pastores. Los árcades del *Diario de México* le hicieron su mayoral al padre Navarrete, y la Universidad de México reconoció la excelencia de su numen asignándole el primer premio en un certamen poético promovido por aquella corporación en 1809.<sup>22</sup>

Para 1869, el novelista José Tomás de Cuéllar también se unía a la bandada revisionista del estado de nuestras letras y vertía sus opiniones en

---

(sin la dedicatoria a los árcades), “La música de Celia”, “A los canaritos de Lisi”, “Cuatro juguetillos”, “Letrillas”, “Versos boleros”, “La mañana”, “La amante más fiel de los pastores”, “La pastora más fiel de la cabaña”, “Despídese Silvio de Clori”, “Llora Silvio la ausencia de Clori”, “Celebra Silvio la vuelta de Clori”, “Sonetos”, “Noche triste”, “Ratos tristes”, “Fábulas”, “La alma privada de la gloria”, pp.548-618.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 547.

su breve ensayo “Literatura nacional” que publicó en el semanario *La Ilustración Potosina*, del que era editor. Cuéllar, al igual que sus coéteanos, consideraba que nuestra poesía antes de 1829 sólo había sido imitación de la española y no había transitado por “los campos vastísimos de la inspiración y del progreso intelectual”.<sup>23</sup> No sólo fustigaba el carácter imitativo de esta poesía, sino también el hecho de publicar tras un seudónimo, lo cual consideraba vergonzante. Criticaba que los poetas de la Arcadia sólo “ensayaban su ingenio en asuntos triviales, en piezas fugitivas y como dando a sus tareas sólo el carácter de mero pasatiempo”,<sup>24</sup> y que no intentaran, con sus dotes e ingenio, ejercitarse en la búsqueda de la identidad nacional, en procurar el bien público y social. El que un grupo de poetas se aglutinara bajo el nombre de Arcadia Mexicana ya le parecía impropio, pues lo que se hacía en este tipo de asociaciones —según su opinión— era proseguir la imitación de la literatura italiana y musulmana [*sic*], además de la ya mencionada española, que tenía su predominio en el género bucólico. No obstante, Tomás de Cuéllar consideró que “Fray Manuel Navarrete, [Anastasio] Ochoa y don Francisco Ortega tenían en sus obras marcada la índole de la literatura nacional”.<sup>25</sup> Cuéllar sólo menciona esta pretendida “índole nacional” sin explicarla ni esbozarla mínimamente en lo que a la obra de Martínez de Navarrete se refiere.

Cuéllar tampoco fue muy original en sus juicios, ya que siguió, en buena parte de su texto, las opiniones antes vertidas por Guillermo Prieto. Para no insistir y aburrir al lector con las opiniones de uno y otro escritor,

---

<sup>23</sup> Tomás de Cuéllar, “La literatura nacional” en *La misión del escritor*, p. 217. El texto apareció por vez primera en *La Ilustración Potosina*, 1869, t. 1.

<sup>24</sup> T. de Cuéllar, *op. cit.*, p. 217.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 217.

transcribo uno de los juicios emitidos primero por Prieto y luego retomado por Cuéllar.

Causa materialmente indignación ver el tierno y melancólico Navarrete, al cantor sublime de la Providencia y del *amor filial*, poniendo una décima nauseabunda, al frente de la preciosa colección de sus poesías.<sup>26</sup>

Por su lado, José Tomás de Cuéllar escribió:

Como una muestra de los resabios del mal gusto se lee al frente de las obras de Navarrete, impresas en París, con el título de *Prólogo ingenuo*, una décima tabernaria y asquerosa.<sup>27</sup>

La décima “nauseabunda”, “tabernaria” y “asquerosa” era una defensa anticipada que Martínez de Navarrete hizo de sí mismo frente a quienes intentaran juzgar su estilo poético. La décima quizá está escrita en un tono poco prudente para la época, pero sin duda buscaba, también, mostrar lo relativo que puede ser el gusto estético. Juzgue el lector por sí mismo:

*Prólogo ingenuo*

Dirá quien mis versos lea  
tal vez sin ningún primor:  
Váyase el rudo pastor  
a cantar allá a su aldea.

---

<sup>26</sup> G. Prieto, *op. cit.*, p. 116.

<sup>27</sup> T. Cuéllar, *op. cit.*, p. 218.

Mas para cuando así sea,  
desde ahora mi musa acuerda  
decirle, pues que discuerda  
con su oído mi estilo llano:

Vaya el necio ciudadano  
con su crítica a la mi—  
re—fa—sol—la. Esto es  
a comer con música,  
que son dos gustos a un tiempo.<sup>28</sup>

En 1874, Eduardo Gallo editaba *Hombres ilustres mexicanos, biografías de los personajes notables desde antes de la conquista hasta nuestros días*. En este libro, fray Manuel Martínez de Navarrete vuelve a ocupar un sitio destacado. A José Olmedo y Lama le corresponde tomar la palabra para darnos un retrato del fraile. Su texto, como muchos otros ya mencionados, habla de la imitación a la que se sometió nuestra literatura antes de poseer un “carácter vigoroso y nacional”. A diferencia de la mayor parte de los comentaristas, Olmedo y Lama cita a Ignacio Luzán, Tomás Iriarte y Juan Meléndez Valdés, pretendidos precursores de Martínez de Navarrete, como promotores del “buen gusto” neoclásico que detuvieron el desarrollo de la poesía oscura y afectada (gongorina).

El artículo de Olmedo y Lama fue escrito dentro de un código con rasgos evidentemente románticos, pues el crítico consideraba que conocer los datos biográficos del escritor era fundamental para la mejor

---

<sup>28</sup> Manuel de Navarrete, “Prólogo ingenuo” en *Entretenimientos poéticos*, México, Victoriano Agüeros, p.12; en Porrúa, t. 1, p. 27.

comprensión de su obra. Vida y obra iban de la mano. A pesar de ello, para Olmedo y Lama, había poco que decir de la vida de Martínez de Navarrete, ya que tuvo una vida “monótona y tranquila”, una “existencia tan apacible y tranquila para ser la de un poeta”.<sup>29</sup> Sustentado en este tipo de juicios, el biógrafo difunde datos importantes de la vida del fraile y destaca la gran aceptación de que fue objeto su obra desde un principio. Entre esos datos se pone de relieve la facilidad que tuvo para publicar su poesía en las páginas principales del *Diario de México*, su condición de mayoral de la Arcadia Mexicana y el primer premio del certamen literario promovido por la Universidad de México, en 1809, que obtuvo póstumamente.<sup>30</sup>

En este retrato general se describe a un Navarrete noble, austero, modesto, de corazón sensible y delicado, cuya personalidad se liga a su talento literario ya que: “En todos los metros y en todos los géneros dejó

---

<sup>29</sup> Manuel Gallo, *Hombres ilustres mexicanos...*, p. 140. Manuel Toussaint en la *Revista de Literatura Mexicana*, México 1940, da a conocer un artículo, “Nuevos aspectos en la biografía del Fray Manuel Navarrete”, en el que intenta, a partir de un manuscrito inédito: *Libro nuevo de todas las cosas y otras muchas más*, mostrar una imagen desmitificada de la vida de Martínez de Navarrete. El texto se centra sobre todo en especulaciones de carácter amoroso que postulan que las mujeres mencionadas por Martínez de Navarrete en sus poemas eran de carne y hueso, y no simples musas, por lo que estos “descubrimientos” vienen a derrumbar la idea de que el fraile llevó una vida blanca y sosegada.

<sup>30</sup> En las referencias que existen sobre el concurso de la Real Universidad de México, se dice que Navarrete murió sin saber que había ganado el primer premio por su composición a Fernando VII (un canto en octavas); sin embargo, fray Juan de Dios escribió una carta a Carlos María de Bustamante que dice: “Yo encomendado por él para presentar su canto al certamen, tuve la complacencia de hacerle entender dos días antes de morir que estaba premiado”, a lo que Bustamante agrega: “Si tiene a la vista la eternidad yo me lisonjeo de habérsela dado dos días antes de morir”. Carlos María de Bustamante, “Apuntes biográficos...”, p. 27.

claras muestras de su talento, teniendo en general el tacto de no incurrir ni en la afectación y oscuridad de los gongoristas, ni en la bajeza y vulgaridad de los prosaicos.”<sup>31</sup> Para José Olmedo y Lama el acierto de Martínez de Navarrete radicó en su alejamiento de la estética gongorina, ya que su poesía fue diáfana y supo utilizar de manera correcta el lenguaje. Pero sobre todo, Olmedo y Lama vio con gran simpatía, en la poesía del fraile, un cierto dejo de melancolía, rasgo romántico por excelencia, que a decir del comentarista se ve claramente plasmado en “La inmortalidad”, oda de “bellísima composición [...] impregnada de la más dulce melancolía”.<sup>32</sup>

Fray Manuel Martínez de Navarrete recibió un mayor número de críticas por la inclusión de divinidades griegas en su poesía; sin embargo, según el comentarista, esos juicios adversos estaban fuera de lugar, pues

las alusiones mitológicas dominaron de tal manera en la poesía antigua y moderna, que no habría motivo alguno para extrañar que así lo hiciera. Porque ¿acaso pudiera tildarse esta falta cuando tuvo la desgracia de vivir mucho tiempo antes que los espíritus elevados de Chateaubriand y Hegel demostrasen la superioridad artística del cristianismo sobre el politeísmo?<sup>33</sup>

De este modo, se pregunta ¿cómo criticar la presencia del mundo clásico en la obra de Martínez de Navarrete? Si era justo el modelo que debían seguir los poetas de la época, ¿cómo criticarle haber vivido en otra época?

El texto de José Olmedo y Lama sigue en general las ideas ya comentadas de Zorrilla, del *Diccionario* de Orozco y Berra, y por

---

<sup>31</sup> Gallo, *op. cit.* p. 141.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 144.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 150.

supuesto, de Guillermo Prieto. El “problema” de la sinéresis<sup>34</sup> vuelve a ser motivo de comentario, al igual que el cuestionable argumento de que sólo al ser publicado el manual de ortología y prosodia de Mariano José Sicilia se pudo estudiar y conocer en México lo que eran las reglas de versificación. Además, a esto hay que agregar la cita que acompaña prácticamente a casi todos los comentarios escritos sobre Navarrete: “que los defectos de sus obras son los de su tiempo”.

Cabe destacar que el estudio de Olmedo y Lama hace énfasis en la misma idea de Guillermo Prieto, de acuerdo con la cual en tiempos de Martínez de Navarrete el poeta “carecía de sociedad” a la cual dirigirse, pues éste vivía en una comunidad aletargada. Sólo en las nuevas naciones “aparece el poeta lírico que es siempre el cantor espontáneo de las glorias del pueblo, el intérprete fiel de sus creencias religiosas, el apóstol entusiasta de sus ideas políticas”.<sup>35</sup> Comentario que muestra y refrenda la concepción que se tenía del poeta en un estado moderno, republicano y liberal, actitud muy distinta al papel que había desempeñado el fraile en la sociedad novohispana.

Para finalizar con José Olmedo y Lama es conveniente transcribir la siguiente cita:

Hoy casi no son leídas las poesías de Navarrete, y puede decirse con seguridad, que cada día lo serán menos. Ha pasado ya el

---

<sup>34</sup> Olmedo y Lama fue un poco más flexible respecto a este punto, ya que matizó: “se ha censurado en el poeta mexicano el uso frecuente que hacía de la sinéresis; pero el arte métrico permite el uso de esta licencia, y de ello pueden presentarse mil ejemplos tomados de los más insignes poetas castellanos, debiendo condeñarse únicamente cuando realmente perjudican la armonía del verso”, *op. cit.*, p. 150.

<sup>35</sup> *Ibidem.*, p. 152.

tiempo en que la humanidad acogía con placer los vanos ejercicios de la imaginación y de la fantasía.<sup>36</sup>

En estas líneas queda manifiesta, una vez más de manera contundente, la noción de que el gusto estético cambia con el tiempo, como cambian las maneras de leer, así mismo como cambian las sociedades y sus hombres, por ello no debemos restringirnos a estudiar a un escritor sólo a partir de nuestros parámetros, olvidando el horizonte cultural donde se nutrió.

Francisco Sosa, por su parte, también se ocupó del fraile en su conocido libro *Mexicanos distinguidos* (1884). Aunque su ensayo es ciertamente superficial y escueto, no deja de ser importante detenerse en él, aunque sea brevemente. Sosa, a diferencia de otros comentaristas, consideraba que la obra de Martínez de Navarrete era de fácil acceso, pues el hecho de que existieran dos ediciones de la poesía era suficiente para acercarse a la obra del “tan conocido y estimado” poeta. Francisco Sosa, sin mucho esfuerzo, le confirió a Carlos María de Bustamante ser el mejor biógrafo y difusor de la poesía de fray Manuel Martínez de Navarrete; sin embargo, en su texto, Francisco Sosa, con el propósito de situar su posición “crítica” respecto al fraile, transcribió y resumió apretadamente el “juicio crítico de las poesías de Navarrete [que] un escritor extranjero publicó hace muchos años”.<sup>37</sup> Este escritor extranjero no es otro que el archimencionado José Zorrilla. Hay que señalar el descuido con el que procedió Francisco Sosa, ya que no se dio a la tarea de identificar al “escritor extranjero” ni a las fuentes a las que recurrió, sólo se curó en

---

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 153.

<sup>37</sup> Francisco Sosa, *Mexicanos distinguidos*, p. 721.

salud escribiendo que era mejor dar a conocer “las opiniones de los extraños acerca de nuestros hombres distinguidos, porque se reciben siempre como más autorizadas y más imparciales”.<sup>38</sup>

José Mariano Beristáin y Souza en su *Biblioteca hispano-americana septentrional* (1816), apenas siete años después de la muerte del fraile, publicó una nota breve sobre los datos biográficos más importantes de Martínez de Navarrete. Quizá lo único que valga resaltar de este texto sea la apreciación que hace de un poema del mayoral de la Arcadia: “Entre tanto los hombres de piedad y de bello gusto no cesan de leer con entusiasmo y dulce emoción el poema de ‘La Divina Providencia’ ”.<sup>39</sup>

Este poema ha sido uno de los más socorridos del fraile, pues aparece en la mayoría de las antologías donde está representado Martínez de Navarrete. Nuevamente surge la pregunta: ¿el poema es de lo mejor de la producción del fraile zamorano o sólo por inercia lo han incluido los antologadores?

Una de las opiniones críticas que con más beneplácito se han recibido después de la de Zorrilla, es la de Marcelino Menéndez y Pelayo. En su *Antología de poetas hispano-americanos* (1893), el español seleccionó sólo dos producciones de Martínez de Navarrete, el soneto “De la hermosura” y el famoso poema eucarístico, “La Divina Providencia”,<sup>40</sup> mientras que, en contraste, a sor Juana Inés de la Cruz la representó con más de 30 poemas (entre liras, sonetos, endechas, romances y décimas). En esta antología, Menéndez y Pelayo recurrió a las fuentes críticas

---

<sup>38</sup> *Ibidem.*

<sup>39</sup> José Mariano Beristáin, *Biblioteca hispano-americana y septentrional*, pp. 328-329.

<sup>40</sup> Marcelino Menéndez y Pelayo, en una de las notas de su *Antología de poetas hispano-americanos*, escribió respecto al poema de “La Divina Providencia”: “Sólo reproducimos los dos primeros [cantos]. El tercero es más débil y prosaico”, p. 63.

consabidas, representadas en las opiniones de Zorrilla, e incluso en las de su “enemigo” Francisco Pimentel. Sin embargo, profundizó un poco más, emitiendo juicios más decantados y con mayor sentido, lo que ha dado lugar a que en el presente siglo se haya convertido en una referencia obligada.

Menéndez y Pelayo inicia así sus comentarios sobre Navarrete, refiriéndose a sus *Entretenimientos poéticos*:

Los que hicieron esta colección hubieran mirado mejor por la gloria de este dulce y simpático poeta suprimiendo la mayor parte de los versos del tomo primero. Por ellos se ha juzgado generalmente al P. Navarrete, y se le ha juzgado mal, así en el concepto ético como literario. Por mucho que se conceda al convencionalismo arcádico y bucólico propio de aquella época y de aquel sistema literario, todavía parecen impropias de un religioso de tan severa observancia como la de San Francisco tantas colecciones de odas eróticas: *Las flores de Clorila*, *La música de Celia*, *La pollita de Clori*, *A Clori en el lecho...* Sabemos que el P. Navarrete era un religioso irrepreensible; pero, por lo mismo, tales versos, escritos sin el más leve asomo de inspiración sensual, sino por pura imitación y artificio de escuela son insípidos, triviales y empalagosos.<sup>41</sup>

Estos juicios, como habrá visto el lector, comienzan a pisar terrenos hasta entonces no tratados por la crítica. En primer lugar, se cuestiona la mala selección que los editores de Martínez de Navarrete habían hecho de sus poemas. De acuerdo con esta apreciación, los editores dieron prioridad a la cantidad sobre la calidad de las obras seleccionadas, lo que en buena

---

<sup>41</sup> El mismo estudio de la *Antología de poetas hispano-americanos* apareció en *Historia de la poesía hispanoamericana* (1911) de esta última obra han sido tomadas las referencias que cito. M. Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, p. 102.

medida ha provocado que se difunda una imagen poco sólida del trabajo poético del fraile. En seguida, se califica a Martínez de Navarrete con un juicio de tipo moral al recriminarle el que haya escrito odas eróticas cuando carecía de “inspiración sensual”; aquí la crítica de Menéndez y Pelayo ya no sólo se centra, como en los otros comentaristas, en el hecho de que Martínez de Navarrete haya emulado a ciertos poetas españoles, sino en haber recreado emociones vedadas en la vida de un fraile, y cuya expresión literaria, debido a la inexperiencia y desconocimiento del autor al respecto, no llega a buen puerto. No será sino hasta el siglo XX, cuando la vida afectiva de Martínez de Navarrete sea objeto de estudio y, sobre todo, de especulación en torno a sus relaciones amorosas. Manuel Toussaint se encargó de mostrar que el fraile vivió una vida disipada a partir de un manuscrito inédito y anónimo que encontró: *Libro nuevo de todas las cosas y otros muchos más.*<sup>42</sup>

Menéndez y Pelayo fue en general generoso en su apreciación sobre el árcade, y llegó a destacar algunos versos de los *Ratos tristes* por su sencillez y elegancia. Sin embargo, consideró que fray Manuel Martínez de Navarrete había alcanzado mejores resultados en sus poemas de corte moral y sagrado, aunque claro, a estas composiciones no las consideró piezas sobresalientes. El crítico español, a pesar de haber visto en el fraile problemas para versificar, comentó que en sus versos amorosos “hay una dote muy señalada, que es claro indicio de organización esencialmente

---

<sup>42</sup> Ver supra nota 29. Según conjeturas de Toussaint, el texto fue escrito en Querétaro hacia 1824 y el posible autor habría sido sobrino de Manuel Iturriaga y ahijado de Juan Pardo Pereda. *op.cit.*, p.257.

poética: el sentido del número y de la armonía, no sólo en cada verso, sino del periodo entero”.<sup>43</sup>

Marcelino Menéndez y Pelayo concluye su crítica considerando a Martínez de Navarrete un poeta intermitente y desigual que “discurre con mucha elevación, siente con cierto fervor melancólico, que es como tibia aurora del sentimiento romántico (véanse especialmente sus *Ratos tristes*), pero las alas no le sostienen bastante: le falta ímpetu lírico, y es mucho mejor para ser citado por trozos sueltos que para [ser] leído en su integridad”.<sup>44</sup>

Ya entrado este siglo se repiten estas manidas. A esto hay que sumar un obstáculo más hacia la correcta comprensión del mundo y la poesía de Martínez de Navarrete, se trata de una matriz cultural que desconoce, o simplemente no se interesa por el mundo clásico del cual se alimentó Martínez de Navarrete.<sup>45</sup> Sin embargo, la educación del árcade corresponde al siglo XVIII, educación que se nutre como pocas de los autores clásicos, tanto latinos como griegos, de modo que resulta ingenuo y simplificador calificar la producción de los árcades como pura imitación. En la actualidad, los historiadores de la literatura le brindan una mayor

---

<sup>43</sup> Menéndez y Pelayo puntualizó: “El P. Navarrete no es un versificador intachable, y entre otras cosas abusa de la sinéresis, quizá por defecto de la pronunciación americana; pero antes de Pesado y de Carpio, que tampoco están exentos de este género de lunares, nadie versificó en México con tan continua fluidez y tanto respeto al oído”, en *Historia de la poesía hispano-americana*, pp. 102-103.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 103.

<sup>45</sup> Este desinterés ha dominado gran parte de la crítica literaria contemporánea, con excepción de personalidades como Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y los hermanos Méndez Plancarte. Con ser tan notable el interés de estos eruditos en el mundo grecolatino, sus esfuerzos no fueron suficientes para revertir esta indiferencia en nuestra materia de estudio.

atención y calificación a la producción literaria de la segunda mitad del siglo XIX, caracterizada por sus rasgos nacionalistas y románticos, olvidando la importante carga cultural del siglo ilustrado en los primeros lustros de la pasada centuria.

En nuestro siglo la primera noticia que tenemos del fraile Manuel Martínez de Navarrete es en la *Antología del Centenario* (1910), en cuya advertencia se lee: “la *Antología del Centenario* no es, en todo rigor, una *antología*, es decir, una selección de verdaderas flores del arte literario [ya que] no en todas épocas ha producido flores nuestra literatura”.<sup>46</sup> Como bien se lee en estas líneas, el carácter que configuró a la antología fue incluyente y representativo, en vez de un criterio de “calidad” en la selección de las obras y en los escritores representados. Los antologadores pretendían ofrecer un panorama general de lo que había sido el desarrollo de nuestra literatura. Por ello, no debe extrañarnos encontrar comentarios poco favorables a la obra del fraile.<sup>47</sup>

Entre los distintos autores de ese importante estudio documentado, Luis G. Urbina fue el encargado de enjuiciar la obra de Martínez de Navarrete. A decir de Urbina, el fraile logró sus mejores momentos en los

---

<sup>46</sup> La cita continúa así: “La *Antología del Centenario* dará, sobre todo, muestra cabal de las formas y los géneros literarios cultivados en México durante el siglo XIX y lo que va del XX. No podríamos, para cumplir tal propósito, adoptar una norma de gusto severo como lo siguió D. Marcelino Menéndez y Pelayo al formar la *Antología de Poetas Hispano-americanos*: si hubiéramos seguido norma semejante, nuestra selección sería poco voluminosa, pero daría imperfecta idea de la evolución literaria mexicana”, en *Antología del Centenario*, p. I.

<sup>47</sup> Los poemas incluidos de Martínez de Navarrete en esta antología son, “La mañana”, “A Clori en el campo” (soneto XI), “Cuatro juguetillos a Clorila”, “Las flores de” Clorila” (odas VIII y XIII), “La inocencia” (el fragmento de La corderita) y finalmente, de los *Ratos tristes*, “La inmortalidad”, *Antología del Centenario*, pp. 1-17.

poemas que tienen un dejo melancólico y cierta dulzura erótica; es decir, cuando canta al amor y a la tristeza. Opinión contraria a la de algunos de los críticos a los cuales ya hemos examinado, según la cual la poesía religiosa fue la que hizo destacar y salvar del olvido al fraile. Urbina parece interesado en construir sus opiniones sobre el fundamento del criterio romántico, baste citar algunos de sus argumentos para calificar a Navarrete: “El gusto *neo-clásico*, delicado hasta la insinceridad, simétrico hasta la monotonía, frío hasta el aburrimiento invade casi toda la obra del fraile mexicano”.<sup>48</sup> Pero su interpretación no se detiene ahí; al igual que los comentaristas aludidos, Urbina hizo eco de los juicios de carácter formal que se regodeaban en señalar el “abuso de sinéresis” en la poesía tanto del árcade como en los otros poetas mexicanos de la época.

Por supuesto, el poeta modernista también hizo suya la frase que se ha hecho verdad a fuerza de repetirse: Navarrete respondió al mal gusto de su época. Urbina así mismo agregaba: “de cuando en cuando fray Manuel de Navarrete, cediendo a las influencias del medio y al gusto de la época, cae en un prosaísmo grosero, usa expresiones triviales y crudas, imágenes burdas, toscas y mal encubiertas alusiones de sentido soez”. Como ejemplo de sus afirmaciones, inmediatamente después nos remitía a la lectura del *Prólogo ingenuo*, tal y como Guillermo Prieto y José Tomás de Cuéllar, como bien recordará el lector, lo habían hecho con similar propósito.<sup>49</sup>

A pesar de estas opiniones adversas, Luis G. Urbina no se atrevió a descalificar de manera tajante la obra del árcade, sino que destacó el papel de guía que tuvo entre sus coetáneos. Un comentario más del poeta

---

<sup>48</sup> *Ibidem.*, p. xxii.

<sup>49</sup> *Ibidem.*, pp. xxiv-xxv. El lector podrá encontrar también estos mismos juicios de Luis G. Urbina publicados en *La vida literaria en México*, México, Porrúa, 1946.

modernista que define certeramente la posición histórica de Martínez de Navarrete, es el que se refiere a su fama: ha sido “como un relámpago: luminosa y breve. Cuatro años duró”.<sup>50</sup> Se entiende que los cuatro años están relacionados con el lapso en que el fraile publicó en las páginas del *Diario de México* hasta que la muerte lo sorprendió.

También Pedro Henríquez Ureña, uno de los responsables de *La Antología del Centenario*, se encargó de presentar la obra del poeta con su artículo “Fray Manuel de Navarrete”. El dominicano no proporciona novedad alguna respecto a los datos o interpretación de la obra del fraile, lo que hace es escribir: “El mejor juicio es el de Menéndez y Pelayo, prólogo a la *Antología de poetas hispano-americanos*”, para luego reproducir una parte del texto del crítico español. Respecto a la información biográfica que nos da, reconocemos que está tomada de la “Memoria sucinta de los principales sucesos de la vida de Fr. Manuel Navarrete...”. Hay que reconocer que, a diferencia de otros escritores, el artículo de Pedro Henríquez Ureña está acompañado por una breve bibliografía sobre Navarrete.<sup>51</sup>

Julio Jiménez Rueda apenas si concede atención a fray Manuel Martínez de Navarrete en su *Historia de la literatura mexicana* (1928).<sup>52</sup>

---

<sup>50</sup> *Ibidem.*, p. xxvi.

<sup>51</sup> *Ibidem.*, p. 3. Esta misma presentación también puede verse en Pedro Henríquez Ureña, “Fray Manuel de Navarrete”, en *Estudios mexicanos*, México, FCE, 1984, p. 151.

<sup>52</sup> En la *Historia de la literatura mexicana*, de Julio Jiménez Rueda, aparecen algunas imprecisiones que vale la pena señalar, sobre todo porque se repiten en las distintas ediciones, a pesar de estar, según el estudioso, “puestas al día y aumentadas”. La primera: el día de la muerte de Navarrete no es el 9 de julio sino el 19 de julio. Segunda: el autor dice que la fundación del *Diario de México* fue en 1806, cuando en realidad apareció por vez primera el 1 de octubre de 1805. Tercera: Jiménez Rueda escribe que al morir Martínez de Navarrete quemó algunas comedias, cuando en realidad de lo que hay testimonio es de que

Jiménez Rueda sólo emite comentarios muy generales sustentados, por supuesto, en la autoridad de esos años, el filólogo Marcelino Menéndez y Pelayo, y el retrato que intenta hacer del fraile no alcanza siquiera a dibujar sus rasgos más elementales, únicamente se limita a sentenciar que la poesía estaba “empequeñecida y obligada a ser juguete de poetas sin estro y a servir de desahogo a dómines pedantes y belicosos”.<sup>53</sup> Años más tarde, en su misma *Historia de la literatura mexicana* pero en la edición de 1946 (corregida y aumentada), Jiménez Rueda agregó al final de su texto sobre Martínez de Navarrete una nota al pie de página que hacía referencia al artículo de Manuel Toussaint —publicado 6 años antes—, en el cual, a su decir, el crítico de arte hacía revelaciones importantes, porque identificaba a las amantes del fraile. Así, Toussaint “nos impone de la realidad humana a Clorila, llamada en vida Josefa Camargo, de Celia que fue doña Vitelio. La primera murió en 1806, después de un destierro de la ciudad de Querétaro”.<sup>54</sup> Julio Jiménez Rueda intentó con estos datos hacer énfasis en la doble moral de Navarrete, con la intención de “desprestigiar” y derrumbar la leyenda blanca del autor de “Las flores de Clorila”, pues Clori y Celia existían y eran de carne y hueso, es decir, tenían nombre y apellido, información que no altera, sustancialmente, el estudio y la interpretación de la obra del fraile, y que sólo tiene un valor en lo que a su vida no célibe se refiere.

En contraposición, Carlos González Peña caracteriza la vida de Manuel Martínez de Navarrete como gris y apacible, alejada del mundo de

---

quemó sus poemas. Quizá Jiménez Rueda especuló que se trataba de algunas comedias por la vaga referencia que hace Mariano Barazábal en un par de versos en su “Elogio” a Navarrete: “Más bien lo fuera yo si aparecieran/ sus bellos dramas: replicó Talía”, p. 8.

<sup>53</sup> J. Jiménez Rueda, *op. cit.* p. 116.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 117.

la sensualidad y las pasiones eróticas. Así, según esta apreciación, resultaba más interesante el estudio de la obra del poeta que el de su vida. En su *Historia de la literatura mexicana* (1928), González Peña, en la mayoría de sus comentarios, parece coincidir y retomar las opiniones de Marcelino Menéndez y Pelayo y Luis G. Urbina. Al igual que el poeta modernista, Carlos González Peña concedió a fray Manuel Martínez de Navarrete haber sido el relevo y la gloria de nuestras letras, pues después de sor Juana “el poeta a quien correspondió tal honra, y al que, por lo mismo debemos considerar como *restaurador de la poesía lírica* en México, llámóse fr. Manuel de Navarrete”.<sup>55</sup>

Pese a que González Peña repite que Martínez de Navarrete fue imitador de la poesía de Meléndez Valdés, reconoce en el fraile una amplia cultura latina que quedó manifiesta en su obra y le dio cierta originalidad.<sup>56</sup> En cuanto a la poesía erótica de Martínez de Navarrete, la consideró insincera, sin sustancia, no así los poemas sagrados, los morales y los dedicados a la naturaleza. Finalmente, González Peña concluye diciendo que Martínez de Navarrete viene a representar “la nota más alta de nuestra lírica colonial y [...] representa la madurez del gusto neoclásico en el cual se formaría el grupo de poetas del periodo de la Independencia”.<sup>57</sup>

Como ya antes se mencionó, Francisco Monterde ha sido el crítico quien con más seriedad y certeza escribió sobre Martínez de Navarrete.

---

<sup>55</sup> Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, p. 175 [subrayado mío].

<sup>56</sup> González Peña abundó: “Sin embargo, la cultura latina de Navarrete, lo familiarizado que estaba con la antigua poesía castellana, singularmente con Garcilaso y Lope, y sobre todo, el ser un poeta nato, de rica sensibilidad y naturales dones para versificar que la bien adquirida cultura afinaba y pulía, dan a su personalidad literaria valor y prestigio a los que el mero imitador alcanza”, *op. cit.*, p. 175.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 176.

Recordemos, en primer lugar, que en 1939 se encargó de reunir las *Poesías profanas* y escribir un atinado prólogo que acompañó a la edición. En 1941 obtuvo el grado de maestro con la tesis *Fr. Manuel Navarrete y sus poesías profanas en el prerromanticismo*, y, finalmente, en 1946 —con el material del prólogo y una mínima parte de su tesis— publicó su libro *Cultura mexicana, aspectos literarios*, que está integrado por ensayos sobre escritores mexicanos. El libro da inicio con Bernardo de Balbuena y termina con López Velarde, deteniéndose, claro está, en Martínez de Navarrete, con el texto “Navarrete en el prerromanticismo”.

Francisco Monterde esboza una visión más clara y sustancial del fraile. Para empezar no sólo se limita a repetir y sazonar los juicios de sus predecesores, aunque sí que retoma algunas de las ideas de los españoles Zorrilla y Menéndez Pelayo, y del mexicano Guillermo Prieto, por mencionar sólo a los más representativos. Pero Monterde sobre todo se atreve a trazar una imagen, en la medida de lo posible, *menos prejuiciada* del fraile. En primer lugar lo sitúa “entre dos siglos y dos épocas: entre un ocaso y una alborada se mueve en una zona de incertidumbre nocturna”.<sup>58</sup> Segundo, no considera que el aislamiento físico en que vivía el fraile provocara que tuviera una vida “ajena a las preocupaciones sociales del siglo”. Es decir, reconoce en Martínez de Navarrete una toma de conciencia frente a su sociedad.<sup>59</sup> Monterde presenta al fraile más como un

---

<sup>58</sup> Francisco Monterde, “Prólogo” a *Poesías profanas* de Manuel de Navarrete, p. v.

<sup>59</sup> Estoy en total acuerdo con Monterde, por lo que para ejemplificar este punto me permito traer a colación una cita donde se muestra la participación social activa que tuvo Martínez de Navarrete. Él mismo escribió el 21 de agosto de 1808 acerca del homenaje a Fernando VII, con motivo de la invasión de las fuerzas napoleónicas: “Quemáronse considerables gruesas de cohetes. Tomáse un retrato de Napoleón y poniéndolo en medio de la plaza, sirvió de escarnio y mofa a todo el pueblo [...] Todos fuimos soldados este día, y hasta los pastores

hombre de carne y hueso que tiene opiniones y que no duda en tomar su pluma para reprender a los malos poetas, a “algún ladrón literario, gente de costumbres reprobables, a la cual castiga con tanta dureza, que se creería que esos ásperos versos no salieran de la misma pluma que trazó las dulces anacreónticas”.<sup>60</sup> Por otro lado, Monterde atribuye a la poesía amorosa de Martínez de Navarrete un origen muy distinto del que le atribuyeron Manuel Toussaint y Julio Jiménez Rueda, pues para aquel los poemas amorosos del fraile son “testimonio sobre el amor que su timidez sólo entrevió, antes de vestir el hábito”.<sup>61</sup> Los documentos descubiertos por Toussaint, que hacen referencia a la vida amorosa de Martínez de Navarrete, si bien parecen convencer a Francisco Monterde de su veracidad, no fueron lo suficientemente importantes para que el crítico haya considerado detenerse a discurrir sobre ellos.

Francisco Monterde, sin duda, hizo una lectura minuciosa y reflexiva de la poesía del árcade —lectura que es poco probable hayan hecho los anteriores críticos—, pues en sus juicios se nota una voluntad por querer comprender la obra poética del fraile e intentar ubicarla y explicarla en el sistema literario donde surgió y se nutrió. Por ello, Monterde no busca justificar los excesos de prosaísmo o lo restringido de los temas abordados por Martínez de Navarrete; lo que hace es explicarnos, eso sí, a grandes rasgos, cómo fue que operó su salida de la escuela estética neoclásica y su obra se fue permeando del espíritu romántico. De este

---

de estos cerros y mujeres y niños, se pusieron también su escarapela. Hubo un gran baile”. Citado por F. Monterde en “Prólogo” *op. cit.*, pp. xii, xiii.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. xii.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. xvi.

modo, Monterde terminaría por situar a Martínez de Navarrete en “una zona de incertidumbre nocturna, entre un ocaso y una alborada”.

Al principio, no es un renovador: blandamente, cargado aún de impurezas, se amolda al prosaísmo; pero se eleva luego, ayudado —más que por abundantes lecturas— por una despierta sensibilidad que facilita su marcha ascendente. El proceso de esa marcha y el resultado obtenido, puede observarse en sus poesías.<sup>62</sup>

Así, Martínez de Navarrete, con sus poesías profanas —cargadas de melancolía y mostrando un gusto por el paisaje nocturno—, apresuró el paso del neoclasicismo al romanticismo. Por otro lado, Monterde hizo énfasis en que no sólo Meléndez Valdés, Villegas, o Nicasio Álvarez de Cienfuegos influyeron en la poesía del fraile, sino que su mayor afinidad se dio con el poeta inglés Edward Young.<sup>63</sup>

Un punto más a destacar, y que bien señala Monterde, es que el uso de diminutivos, por parte de Martínez de Navarrete, se liga estrechamente a giros locales y barbarismos —recordemos que el fraile hablaba la lengua tarasca— que denotaban una acendrada atención al habla del pueblo y un uso del español mexicanizado. Lo cual es un hecho muy importante porque demuestra el carácter nacional que se iba engendrando en nuestra poesía del primer tercio del siglo XIX.

---

<sup>62</sup> Véase Francisco Monterde, “Navarrete en el prerromanticismo”, en *Cultura mexicana...*, p. 94.

<sup>63</sup> A decir de Monterde, Edward Young fue “un mediocre poeta inglés que alcanzó popularidad sorprendente e influyó en países tan distantes como Suecia...”, *op. cit.*, p. 97.

Ya entrados los años sesenta, la imagen de Martínez de Navarrete persiste en los mismos términos, los del descrédito en que nuestro tiempo tiene al neoclasicismo. José Emilio Pacheco, en su antología de *La poesía mexicana del siglo XIX*, se suma a la tendencia de incluir a fray Manuel Martínez de Navarrete en los panoramas históricos de este tipo.<sup>64</sup> Así, Pacheco se propuso, según lo explica en la nota introductoria de su antología, reunir “a los poetas mexicanos de mayor significación”. Pacheco considera que Martínez de Navarrete sobresale “dentro de la pobreza literaria característica de su época”, a pesar de ser un poeta monótono, cuya “verdadera tradición es el bucolismo español”.<sup>65</sup> El antologador hace un comentario sucinto para rematar en un párrafo en el que mezcla los lugares comunes repetidos hasta la saciedad con los hallazgos de Monterde:

Entre sus *Poesías profanas* lo salvan aquellas en que —influido por Edward Young y Nicasio Álvarez de Cienfuegos— aparece como un incierto precursor de nuestro romanticismo, sobre todo, las páginas pobladas por un tono elegíaco y un sentimiento del paisaje que han contribuido después a caracterizar la poesía mexicana.<sup>66</sup>

Si bien es cierto que muchos otros comentaristas, críticos e historiadores de la literatura mexicana han emitido juicios sobre la vida y obra de Manuel Martínez de Navarrete, no considero pertinente detenerme

---

<sup>64</sup> José Emilio Pacheco, *La poesía mexicana del siglo XIX*. Los poemas del fraile Navarrete que se incluyen en esta antología son los siguientes: “La separación de Clorila”; “La triste ausencia”; “El campo”; “La primavera”; “De la hermosura”; “De la juventud” y “La inmortalidad”, pp. 87-94.

<sup>65</sup> Pacheco, *op. cit.*, p. 86.

<sup>66</sup> *Ibidem.*, p. 85.

en sus textos porque sus juicios no agregan nada que no haya sido comentado con anterioridad.<sup>67</sup>

Es hora de revisar el repertorio crítico de nuestra tradición literaria, volver a los textos originales y, sobre todo, hacer una lectura desprejuiciada en contra de los lugares comunes repetidos acríticamente que tanto dañan a la construcción del edificio de la historiografía literaria. No creo que haya que revalorar por el simple hecho de rescatar escritores olvidados, sino fincar en un suelo más firme que nos permita una mejor comprensión de nosotros mismos. No pretendo proclamar a fray Manuel Martínez de Navarrete como un poeta excepcional; sólo reclamo una lectura más atenta de su obra, de su personalidad histórica y de su tiempo, con el propósito de explicar no sólo un periodo literario poco atendido por la crítica, sino los orígenes del romanticismo mexicano.

Manuel Martínez de Navarrete ha sido un ejemplo de clara desinformación, sus pocos lectores han hecho una lectura prejuiciada contra su obra. No quiero decir con esto que tenemos un poeta incomprendido,

---

<sup>67</sup> Entre éstos se encuentran: Luis Miguel Aguilar, *La democracia de los muertos*. María Dolores Bravo, "Poesía de la tristeza, fray Manuel Martínez de Navarrete" en *La literatura de la Colonia*. Emmanuel Carballo, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*. Rafael C. Haro, "La arcadía mexicana y el poeta zamorano Manuel Martínez de Navarrete" en *Humanistas Novohispanos de Michoacán*. José Luis Martínez, "Literatura e independencia" en *Independencia y Revolución mexicanas*. José María Martínez de Mendoza, "El olvidado Navarrete" en *El Universal*. Porfirio Martínez Peñalosa, "Prólogo" a *Entretencimientos poéticos*. José María Torres Caicedo, "R.P. Fr. Manuel de Navarrete" en *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispanoamericanos*. Octaviano Valdés (selección y estudio), *Poesía neoclásica y académica*.

pero sí un poeta fundamental y decisivo para reinterpretar y explicar un grupo literario (la Arcadia de México) y un periodo poco estudiado en nuestra historia literaria. Me refiero al cruce de caminos en que el siglo XVIII y XIX se dan la mano.

**III. Fray Manuel Martínez de Navarrete,  
mayoral de la Arcadia Mexicana**

ESTA TESIS NO DEBE  
SALIR DE LA BIBLIOTECA

De la Arcadia de México se ha escrito poco y con poca fortuna. Para comprender el origen de la primera asociación literaria mexicana es preciso conocer las páginas de nuestro primer cotidiano: el *Diario de México* (1805-1812), en su primera época, ya que ahí se encuentran los datos primarios para establecer las características principales de esta asociación. Es por todos conocida la idea de que la Arcadia de México se fundó tratando de emular a la de Roma (1690), creada a principios del siglo XVIII,<sup>1</sup> y que del mismo modo que los árcades romanos, los poetas

---

<sup>1</sup> Gilbert Highet nos dice respecto a la Arcadia: "Su más notable avatar estuvo en Italia. La reina Cristina de Suecia, después de abdicar y convertirse al catolicismo, fijó su residencia en Roma y reunió en torno suyo a varios amigos que tenían ideales semejantes a los de ella. En 1690, un año después de su muerte, ese grupo de amigos fundó una sociedad cuyo fin sería mantener vivos sus ideales y su memoria. Le pusieron el nombre de Arcadia, y por escudo le dieron una flauta de Pan enguirnaldada de ramas de laurel y pino [...] sus miembros principales tomaron nombres de pastores griegos. Docenas de sociedades arcádicas se fundaron a su ejemplo en Italia y fuera de Italia, y en ellas se escribieron vastas cantidades de poesía lírica", en *La tradición clásica*, tomo I, p.283.

mexicanos recurrieron a nombres pastoriles, anagramas, seudónimos, o a sus iniciales para encubrir su identidad.

Se puede decir que la Arcadia de México surgió casi a la par que nuestro primer cotidiano; pues, a pesar de no existir un manifiesto o estatuto de esta asociación, nos enteramos, por medio de las páginas del *Diario*, que los árcades ya firmaban algunos poemas publicados en esas páginas, en el primer lustro del siglo XIX, y que tales poemas a veces se dedicaban a la Arcadia Mexicana y a sus miembros. El primer soneto que así lo atestigua pertenece al poeta veracruzano Juan José de Guido (El pastor Guindo), quien el 10 de noviembre de 1805 dedicó su poema titulado “Cantinelas” a esta asociación: “El Pastor Guindo desde Veracruz, a los de la Arcadia mexicana”.

#### El pastor Guindo desde Veracruz

##### Cantinelas

Dichosos compañeros,  
Amables y entendidos  
Que con vuestros cayados  
Vivis ahí tranquilos:  
yo disto largo trecho  
de la falda de Pindo,  
y soy un ignorante  
infeliz pastorcillo;  
pero así por afecto  
dedicar he querido  
mis simples producciones  
al celebrado Apriscos,  
Los Tagles, los Pomposos  
los Zuñigas divinos,

Y¿a quien mejor podría  
consagrar mis suspiros,  
ofrecer mis contentos,  
que a zagales tan finos?  
Recibidlos, humanos  
bondadosos amigos,  
que ya llegara el caso  
de variar el estilo.  
Afinando mi lira  
hoy imploro el divino  
auxilio de Caliope,  
para ser expresivo.  
En asuntos ajenos,  
el poderoso niño,

los Prietos y Gutiérrez  
Barreros, e infinitos\*  
a todos respetuoso  
sus numenes envidio,  
dirijo mis acentos  
y su amparo suplico,  
de diversas pastoras  
amores y desvios  
cantaba en otro tiempo  
alegre y afligido.

también mi tosca pluma  
os dará sus escritos.  
Haré críticas justas  
del depravado vicio,  
la virtud será sola  
quien mueva mi designio;  
y en los puntos más graves  
tendré mi participio;  
si acertare, estimadlos;  
si yerro, corregidlos.

\*¿No tendrá U. noticia del Br. don José Sartorio?

Semanas más tarde no sólo él, sino también otros árcades, como Agustín Pomposo Fernández de San Salvador (Mopso Mexicano) o Mariano Barazábal (Bárbara Lazo Manai), hacían también referencias a la Arcadia y a sus integrantes, o firmaban traducciones y poemas como Flagrasto Cisné (Francisco Manuel Sánchez de Tagle), e Iknaant (Ramón Quintana del Azebo).

Pero no es sino hasta el 16 de abril de 1808 cuando se hizo pública —en las páginas del *Diario*— la formal constitución de la Arcadia Mexicana, y se invitó a los poetas interesados a sumarse a este grupo. El poeta José Mariano Rodríguez del Castillo fue el fundador y principal promotor, junto con Juan María Lacunza, del levantamiento de esta empresa. El primero escribe el artículo “Mis deseos. Rasgo poético, dedicado a Atanasio de Achoso”; al final de su texto, añade esta nota:

Con motivo de haber formado nuestra Arcadia los señores J.V.V., bajo el nombre de Delio; Atanasio de Achoso, bajo el nombre de Damón; el Inglés Can-Azul, bajo el de Batilo, M.B. o El Aplicado, bajo el de Anfriso, y yo que soy el inventor, bajo el

de Amintas, hemos tratado de enlazarnos en público por la dedicación mutua de nuestras composiciones, como se ha visto en el Diario de esta capital. ¡Ojalá y los ilustres poetas que brillan en el periódico, tuvieran la bondad de asociarse a nuestra pequeña Arcadia, para darnos honor como lo ha hecho el caballero Marón Iknaant con el nombre de Dametas.<sup>2</sup>

Esta breve nota dio a conocer públicamente la existencia de la primera asociación literaria de nuestro país, la Arcadia de México. También, en ese mismo espacio, Carlos María de Bustamante, editor del *Diario* y promotor incansable de nuestras letras, escribió: “El diarista aprueba desde luego esta especie de academia, como estímulo poderoso para adelantar en todo género de composiciones”. Al mismo tiempo, Bustamante aprovechó la oportunidad para exhortar a los poetas a “sostener el nombre de la Arcadia, puliendo con gran cuidado todo lo que presentaren, lo que no es difícil, consultando recíprocamente por medio de la crítica y examen privado”.<sup>3</sup> El diarista además exigía a los

---

<sup>2</sup> Véase *Diario de México*, t.VIII, n.930 p.327. Los nombres verdaderos de los poetas a los que se hace referencia son José Victoria Villaseñor, Anastasio de Ochoa y Acuña, Juan María Lacunza, Mariano Barazábal, José Mariano Rodríguez del Castillo y Ramón Quintana del Azebo, respectivamente. Para mayores referencias con relación a lo que publicaron los árcades en el *Diario*, consúltese Esther Martínez Luna, “Estudio e Índice Onomástico del *Diario de México* (1805-1812)”.

<sup>3</sup> El texto de Carlos María de Bustamante continúa así: “Los señores que componen esta arcadia nueva, suponemos que no nos mandaràn sus composiciones, sin haber pasado un serio examen proporcionado a las fuerzas, que se deben suponer al principio. La fábula, el epigrama, la sátira, la sentencia, y otros objetos interesantes, deben ser sus materias: el amor, la más común, tan trillada y tan variada, debe tocarse en sus composiciones, solo por incidencia para adorno, o para avivar algún cuadro. Las descripciones exactas y sentenciosas, cuidando de la propiedad de sus voces, y del giro de expresión, defecto en

colaboradores calidad, crítica y autocrítica en sus composiciones, condición necesaria para poder tener un espacio en las páginas del cotidiano.<sup>4</sup> A todo lo anterior, Bustamante solicitaba composiciones breves para hacer más fácil su publicación, “porque no cabe con tanta facilidad una poesía larga como una corta”; quizá por ello, los sonetos tuvieron tan buena recepción en los primeros años de vida del *Diario*.

Apenas fray Manuel Martínez de Navarrete había dado a conocer algunos de sus poemas en el *Diario de México* cuando ya se le preguntaba a los editores, según consta en una de las entregas de esta publicación, “por el nombre de este autor, pues al fin de ellos [los poemas] sólo se leían las iniciales FMN”. De igual manera, había interés en “saber a qué lugar de nuestro continente había tocado la dicha de servirle de patria”.<sup>5</sup>

De acuerdo con la opinión de los árcades, fray Manuel Martínez de Navarrete era “por su divino talento” el ejemplo a seguir; lectores y colaboradores se preguntaban en el *Diario*: “¿Quién tiene su gusto, su

---

que incurre a cada paso, debe ser principal cuidado de los socios, de quienes esperamos un adelanto honroso.” *Diario de México*, t. VIII, n.930 pp.327-328.

<sup>4</sup> Como es bien sabido, los poetas que conformaron nuestra Arcadía no se caracterizaron precisamente por lo que hoy denominamos “calidad literaria”; sin embargo, como bien señala Jorge Ruedas de la Serna, “desde el punto de vista histórico, el fenómeno merecería mayor atención, por haber sido uno de los poquísimos ejemplos de agremiación literaria espontánea en el periodo colonial, en *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana*, p.46.

<sup>5</sup> En el *Diario* se especuló que el poeta era de Celaya, de Guanajuato; finalmente, el propio Martínez de Navarrete escribió un mensaje para informar que había nacido en Villa de Zamora, y que a él, sólo a él, pertenecían las iniciales FMN. *Diario de México*, t. II n.181 p.355. Los primeros poemas con los cuales se dio a conocer Martínez de Navarrete en el *Diario* constituyen la serie de odas “Las flores de Clorila”, que comenzaron a publicarse el 2 de enero de 1806. Una “N” sirvió también como firma de identificación de Martínez de Navarrete. *DdeM*, t. II, n.94 p. 5.

imaginación, su fluidez y belleza, su dulzura, su erudición copiosa, su inteligencia en el idioma?”<sup>6</sup> En consecuencia, fue una decisión natural que lo designaran mayoral de la Arcadia. El 23 de abril de 1808 hicieron público el nombramiento. La admiración del árcade Lacunza por Martínez de Navarrete lo llevó a dedicarle su poema (un romance endecasílabo) “La mañana de otoño”,<sup>7</sup> en el cual muestra la admiración que sentía por el fraile, a tal grado que son obvias las referencias poéticas al estilo de Martínez de Navarrete. Pero Lacunza no fue el único poeta que le dedicaría sus composiciones, también lo hicieron Juan Wenceslao Sánchez de la Barquera, José Mariano Rodríguez del Castillo, Ramírez (Arezi), Mariano Barazábal, Joaquín Conde, Simón Bergaño y Villegas, Antonio Pérez Velasco, por mencionar sólo a algunos de los árcades.

El papel que desempeñó Martínez de Navarrete como mayoral de la Arcadia, al parecer, fue sólo honorífico, pues hasta el momento no se conoce ningún documento que permita certificar la presencia del poeta en México hacia ese periodo, cumpliendo con las tareas de dirección de una sociedad literaria que, por lo demás, parece sólo haber tenido las páginas del *Diario* como tribuna. Todo hace suponer que fray Manuel Martínez de Navarrete se atuvo a los límites de la zona cultural de la vieja Valladolid. Sin embargo, sí es importante señalar que por medio del empeño de Carlos María de Bustamante, editor y amigo de Navarrete, el fraile seguramente conoció la producción de sus colegas árcades y los elogios que le fueron dispensados.

---

<sup>6</sup> *DdeM*, t. XI, n. 1425 p. 236.

<sup>7</sup> El poema fue publicado el 2 de octubre de 1807. *DdeM*, t.VII n. 733 pp. 125-126. Al inicio de la composición de Lacunza se leen estos versos de Martínez de Navarrete: “Mira Anarda el otoño, que cargado/ de frutos viene a nuestro suelo amado”, y finaliza con: “Y nuestra voz se eleve al numen santo/ que en el otoño nos regala tanto”.

En la entrega del *Diario de México* correspondiente al 16 de febrero de 1808, se inició la publicación de un largo poema titulado “La Inocencia”, compuesto de diez odas y una dedicatoria dividida en 16 cuartetas, en el cual fray Manuel Martínez de Navarrete hacía referencia a la Arcadia, y agradecía a sus miembros el buen trato con que lo habían distinguido.

¿Con que podrá mi musa,  
Arcadia Mexicana,  
darte por tanto elogio  
las más debidas gracias?

[...]

¿Con qué podrá, pues, ella  
corresponderos grata,  
sino con repetiros  
lo mismo que os agrada?

[...]

Escuchadlas, pastores  
de la moderna Arcadia,  
escuchadlas benignos,  
y perdonad sus faltas.

A pesar de la distancia geográfica que lo separaba —Villa de Tulaciudad de México— de estos poetas, Martínez de Navarrete conocía la obra de ellos gracias a las páginas del *Diario*. En el referido poema “La Inocencia”, Martínez de Navarrete menciona a algunos de los más destacados árcades, describiéndolos con algún adjetivo que a su modo de ver caracterizaba su poesía. Además de la *destreza* de Can-Azul, hace

encomio del *amable* Quebrara, del *delicado* Mopso, el *fogoso* Arezi y del *travieso* Aplicado.<sup>8</sup>

En este poema queda manifiesto que el fraile de Zamora, convertido en mayoral, veía en los árcades a sus interlocutores, a sus iguales. Mediante sus versos se dirige a una comunidad de colegas con los cuales comparte el gusto por escribir y a quienes les reconoce su particular talento, a pesar de no conocerlos personalmente.<sup>9</sup>

Pero no todo fue simpatía, cordialidad y aceptación entre los árcades: Martínez de Navarrete fungió como maestro-censor. En algunas de sus composiciones criticó a los poetas que consideraba no tenían ningún talento, llamándolos pseudopoetas o poetastros, y les censuró su forma de hacer poesía:

---

<sup>8</sup> Los poetas a los que hace mención Martínez de Navarrete son: Juan Sánchez de la Barquera (Quebrara), Agustín Fernández de San Salvador (Mopso), Ramírez (Arezi), Mariano Barazábal (Aplicado), José Mariano Rodríguez del Castillo (JMRC), Juan María Lacunza (Can-azul), Joaquín Conde (Deoquin) y Juan de Dios Uribe (Uribe). *DdeM*, t.VIII, n. 870 pp. 185-186. Este poema tuvo que pasar por los ojos del censor y poeta José Manuel Sartorio quien dictaminó: “¿Quién puede negar su aprobación a estas bellezas tan dignas de salir al público?”, *op.cit.*, t.VIII, n. 881 p. 229.

<sup>9</sup> Existe una carta de Martínez de Navarrete que dirige a Lacunza en la cual se certifica la amistad entre ambos, a pesar de no conocerse personalmente. Encontré esta carta en el Acervo Genaro García de la Benson Latin American Collection, hasta entonces inédita. Respecto a este punto, véase Esther Martínez Luna, “Una amistad arcádica: fray Manuel Martínez de Navarrete y Juan María Lacunza”, en *Revista Universidad de México*, números 576-577, enero-febrero 1999, pp. 58-61. También hay una referencia en el *Diario*, donde Antpeve (Antonio Pérez Velasco) dice haberse criado con Martínez de Navarrete y que el fraile fue quien lo motivo a escribir. Sin embargo, parece que la producción de Pérez Velasco fue escasa, pues sólo dos poemas suyos fueron publicados en el *Diario de México*, t.II n.133 p. 121.

Le aconsejo, que después  
de reflexionar un rato,  
advierta con más recato,  
que el pie de un verso se mide  
de otro modo del que pide  
la tosca [h]orma de un zapato.<sup>10</sup>

Martínez de Navarrete era partidario de la correcta versificación; en sus composiciones, invitaba a guiarse por el “buen gusto”, expresado en la claridad y sonoridad del poema. A pesar de que no lograría del todo adecuar su obra al “buen gusto”, como hubiera querido, su espíritu crítico lo llevó a hacer escarnio de los “sonetos de pies libres”, de las “décimas prosaicas” y de las coplas que iban “acompañadas de muletas”. También puso en evidencia a los deshonestos plagiarios, que a su decir, menudeaban. En el “Himno a Minerva” —composición hecha por encargo del poeta Zeobá (Ramón Quintana del Azebo)—, Navarrete agradece a la diosa de la sabiduría el haberlo iluminado para descubrir al “ladrón literario” Castro Duvepi

Luego llegaron los varones doctos,  
e instruidos todos en la grave causa  
de Castro ¡oh dioses! de las altas musas  
ladrón de fama  
[...]  
Y ¡oh tú la misma luminosa dea!  
Minerva, antorcha de la nueva arcadia,  
benigna acepta nuestro religioso

---

<sup>10</sup> “Vejamen al descubrimiento de cuatro poetastros”, en *Entretenimientos poéticos*, Victoriano Agüeros, pp. 340-341, Porrúa, tomo II, pp. 107-108.

himno de gracias.<sup>11</sup>

No obstante, no todos los árcades vieron con malos ojos este tipo de prácticas. Por ejemplo, el poeta Mariano Barazábal, en su fábula “El cenizontle”, publicada el 23 de agosto de 1809, escribió:

Un amigo convidó a otro  
para que oyera cantar  
a un cenizontle que tenía,  
imitador singular.  
En efecto, el pajarillo  
comenzó luego a imitar,  
ya al canario, ya al jilguero,  
a la calandria y demás.  
Después siguió con minuets,  
*bães*, y en fin, por acabar,  
otras piezas que probaron  
su excelente habilidad.  
El convidado aguardo  
a oír el canto natural  
del cenizontle, para ver  
si era en el todo capaz,  
mas al oír los broncos gritos,  
que sin tuno empezó a dar  
el pájaro, interrumpiólo  
diciendo: mira animal:  
canta pues, lo que has oido  
pues lo sabes mejorar;  
mas nunca tu propio canto,

---

<sup>11</sup> El poema se publicó acompañado de la siguiente nota: “Uno que se firmó en nuestro Diario Castro Duvepi, dio en él a luz una producción, que después resultó ser ajena, por lo que se le encargó al P. Navarrete que compusiese este himno, dando gracias a Minerva por el descubrimiento de este ladrón literario”. *DdeM*, t. III, n. 924 pp. 303,304. En la edición de *Entretencimientos poéticos* de Victoriano Agüeros pp. 325-326, en Porrúa véase el tomo II, pp. 93-94. Al parecer, el poema en cuestión pertenecía a un escritor inglés de apellido Thompson y había sido traducido por Benito Gómez Romero, *DdeM*, t. VIII, n. 882 p. 135.

porque tú me entenderás.  
Esto prueba, que más vale,  
para una necesidad,  
un plagio mejorador  
que un pésimo original.<sup>12</sup>

Sin duda, esta fábula era una crítica abierta a la calidad de la poesía que se publicaba en el *Diario*, como lo veremos más adelante. Incluso el mismo editor del periódico hacía referencia a que, “como tenemos espías en el Parnaso, nos denunciaron [...] que algunas producciones son copiadas”, pero es preferible publicar mientras la “cosa sea buena o útil, y no común, no reparemos en eso, cediendo gustosos el crédito o lauro de escritores originales”.<sup>13</sup> De acuerdo con el punto de vista de Bustamante, resultaba benéfico para la comunidad publicar textos ya conocidos aunque no fueran de “actualidad”, o de algún escritor que se estuviera abriendo camino en la república de las letras mexicanas.

Recordemos que la Arcadia de México aglutinó a los poetas cuya obra se caracterizaba por intentar alejarse del lenguaje oscuro, en el cual, según ellos, habían caído los poetas barrocos; los árcades buscaban un lenguaje claro que expresara de forma sencilla las emociones humanas, sin importar

---

<sup>12</sup> *DdeM*, t. XI, n. 1422 p. 223. Esta fábula versificada la escribió en respuesta a una publicada en prosa y firmada por el Sr. Observador. Mariano Barazábal acompañó la suya con la siguiente nota: “He versificado, según pude, la fabulita, mas permítame el Sr. Observador que lo desmienta en la aplicación que de ella quiso hacer contra sí mismo, y en mi obsequio por un efecto de su modestia y cortesania. Ya verán los censores de mis notas no he debido excusar la presente”.

<sup>13</sup> *DdeM*, t. I n. 99 pp. 25-26.

el género que se cultivara, siempre y cuando se respetaran las reglas asentadas por los preceptistas clásicos, y así restaurar lo que para ellos era el “buen gusto”. A fuerza de repetirse, se ha vuelto un lugar común creer que la Arcadia tuvo un carácter evasivista, que sus poetas sólo se ocupaban de escribir acerca de pastores y ovejas, y que éstos consideraban a la poesía como mero “divertimento”. Esta idea ha terminado por convencer a más de uno. Sin embargo, se olvida que tanto la Arcadia de Roma, como la española, la francesa y la portuguesa —en mayor o menor medida— tuvieron un programa restaurador en lo literario y en lo lingüístico. Este programa tuvo claras conexiones con el mundo político y social.<sup>14</sup> Por ejemplo, los árcades lusitanos vieron la posibilidad de ascender socialmente por medio de la apropiación de la cultura. Esta clase de asociaciones literarias que cruzan toda la historia de occidente no quisieron ser lugares de evasión, por el contrario, buscaron en la discusión espacios intelectuales donde ejercer la crítica. El simple hecho de que nuestra Arcadia surgiera sin el cobijo de la institución y autoridad de la Colonia, le confiere un carácter ya autónomo e innovador en el contexto de las prácticas literarias de su tiempo.

Nuestra Arcadia, por ejemplo, utilizó las páginas del *Diario* como arena para la discusión de las ideas acerca del gusto y de la estética propia de la época. Las polémicas sobre cómo debía escribirse la poesía poblaron

---

<sup>14</sup> Jorge Ruedas de la Serna nos dice al respecto “El propósito mayor de la Arcadia era, como lo dice de manera manifiesta su fundador, ‘restaurar’ la lengua y la poesía portuguesas, lo que implícitamente significaba restaurar la dignidad de la nación [...], restaurar el buen gusto, es decir, acabar con los excesos a que había llegado el barroco, regresar a la lección de los clásicos griegos y latinos, restablecer la claridad y la economía en la expresión literaria, evitar las efusiones del sentimiento que le restan fuerza y brillo a la razón”, en *Arcadia Portuguesa*, p. 31.

las páginas del *Diario* en su afán por normar los hábitos intelectuales de los ingenios ilustrados. Además de Martínez de Navarrete —como ya se ha señalado—, y de los otros miembros distinguidos de esta institución literaria, también polemizaron los lectores cultos de la época que buscaban difundir sus opiniones críticas en la plaza pública, y no restringirlas, únicamente a la tertulia doméstica amparada bajo el eco de los amigos. Los lectores-polemistas dirigieron su inconformidad sobre todo al campo de la poesía que se publicaba en el *Diario*. El argumento más recurrente consistía en sostener que había “una peste de poetas”,<sup>15</sup> cuya escritura se caracterizaba por estar cargada de imperfecciones, ya fuera en virtud del uso excesivo de arcaísmos,<sup>16</sup> la mala versificación practicada

---

<sup>15</sup> De entre las innumerables cartas dirigidas al diarista, sobresale ésta, que fue enviada por “Clarita la preciosa” y en la cual planteaba las siguientes preguntas: “¿Qué es lo que dice U. de tanto poeta roñento como se ha soltado? R.- Para lograr un poeta bueno es menester que cultiven muchos la poesía: lo precioso siempre es raro. Así se perfeccionan unos y adelantan otros. ¿Porqué se inclinarán tantos a la poesía? R.- Tiempo ha que lo dijo el refrán: de médico poeta y loco todos tenemos un poco. ¿Para qué tantos versos en el diario? R.- Porque a muchos les agrada”. *DdeM*, t.I, n.91 p.393. También Martínez de Navarrete destacó el hecho de la efervescencia de poetas en su “Azote de Pegasos”: “No es este tiempo, no, como solía,/cuando hubo nueve musas y un pegaso,/pues hoy en horizontes muy amenos,/los pegasos son más, las musas menos”. *DdeM*, t. XI, n. 1541 p. 701. En *Entretencimientos poéticos*, en Victoriano Agüeros p. 344, en Porrúa tomo II, p. 110.

<sup>16</sup> En el *Diario* se publicó una letrilla que hacía referencia y criticaba los arcaísmos utilizados en la poesía y se señalaba en particular al árcade Juan José de Guido. Un par de versos decían, “De aquellos poetas/que usan archaismos(a)” y con (a) se explicaba, al pie de página, la siguiente definición: “Archaismo es el uso de voces anticuadas. Es una de las causas de la obscuridad del lenguaje según Quintiliano, que reprende en varios lugares este defecto. Del mismo modo piensan los críticos del mejor gusto vease a Heinecio fundam styli cult. part. I., cap.2 núm 16. Un sabio aconsejaba a cierto literato demasiado aficionado a los usos antiguos, que viviese desde luego según la pureza de las costumbres

constantemente, la utilización de un lenguaje oscuro, obsceno, altisonante, y la pedantería al citar frases en latín o hacer alusiones mitológicas; también la frivolidad en la mayoría de los temas que se trataban era objeto de crítica. La respuesta de los poetas aludidos no se hizo esperar. Éstos argumentaron que la poesía no era resultado del “mero artificio de la versificación” ni que solamente se debía considerar y definir a la “poesía [como] peste, enfermedad y frenesí”. Bárbara Laso Manay (Mariano Barazábal) abundaba: “¿Cómo yo he de creer que sea tan mala la poesía, y que pueda llamársele *frenesí, enfermedad y peste*? Esos sabios antiguos que oigo mentar a mis hermanos [...] Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio y otros innumerables hombres, que por insignes poetas parece que no han muerto, y que aun comen, y beben con nosotros, ¿fueron por ventura locos o enfermos? Señor Antipoeta [...] sin duda tropezó en el camino del Parnaso: le cobró miedo a la jornada y por eso blasfema...”<sup>17</sup>

Apenas seis meses tenía el *Diario de México* de aparecer cuando se publicaba una carta firmada por “El Pasante”, en la cual el autor anónimo criticaba duramente la forma de hacer poesía de Juan Wenceslao Sánchez

---

de la antigüedad, pero que hablase el idioma de los presentes: y con razón, como que era a estos, y no a los pasados a quienes debía dar parte de sus ideas. Los que quieren afectar locuciones antiguas incurren generalmente en la desgracia de sacar un estilo monstruoso que no corresponde a edad alguna. [firmaba] El autor de la letrilla”, *DdeM*, t. II, n. 133 pp. 161-162.

<sup>17</sup> Contestación al artículo titulado “Poesía” del Antipoeta, *DdeM*, t. II, n. 198 pp. 421-422

de la Barquera (Barueq).<sup>18</sup> Como resultado de sus objeciones, “El Paseante” invitaba a Barueq a leer *La poética* de Luzán para que así pudiera entender y saber cómo se hacen versos menos malos. El árcade Barueq, en contraataque, dio una larga respuesta publicada en dos números del *Diario*:

Señor mío, *el buen gusto abomina toda esclavitud*, y aprecia la libertad de producirse, con tal que sea con aquella moderación que forma el verdadero carácter del poeta; pero la crítica del rigorismo luzánico, impone leyes sin saber lo que pesca. Se quieren destruir los acrósticos, los laberintos, y otros metros, porque son una tortura de la imaginación: y quieren imponernos una esclavitud en las consonantes, cuyo caudal debe ser el más copioso, para la viveza de la imaginación acalorada. Por lo común los acabados en ante son participios, y estos como suelen significar acción lo mismo que cualidades, son el lenguaje de la libertad poética.<sup>19</sup>

---

<sup>18</sup> “El Paseante” iniciaba su artículo criticando un par de poemas publicados por Barueq (el 7 y 9 de marzo de 1806), ya que a su juicio estos versos adolecían de “ciertos defectos harto notables”. Su crítica de carácter formal giraba en torno al empleo de algunas palabras usadas inadecuadamente que hacían que las composiciones de Barueq perdieran su sentido poético y se volvieran vulgares prosas. Transcribo parte esencial de su crítica: “Viniendo pues al asunto, digo que en los versos del día 7, las palabras *constante*, *blasonante* y *semejante* no se deben usar de consonantes en ninguna composición poética, mucho menos en la que fuere corta, pues se debe advertir que todos los acabados en *ante* son muy comunes, y por lo mismo despreciables. Mas constante y blasonantes son adjetivos, y es un notable defecto el acabar los versos de una poesía de corta extensión en adjetivo [...] ¿Y qué diremos de la fastidiosa asonancia que resulta de juntarse en muy pocos versos tres consonantes en *ante* y tres en *anto*? [...] Los versos del día 9 están llenos de fluidez, y armonía como que al fin los acaban en adjetivo: y aquel retruécano que hace de acabarse algunos en *able*, y otros en *ible* es capaz de lastimar aun al que tenga oreja de tapia”. *DdeM*, t. II n. 184 p. 366.

<sup>19</sup> *DdeM*, t.II, números 196-97, pp. 413-419, subrayados míos. Hay que recordar que Juan Sánchez de la Barquera también fungió como editor del *Diario*, de ahí la doble importancia de sus opiniones respecto de lo que debía ser la poesía.

Para Barueq el “buen gusto” estaba dado en la libertad del poeta para experimentar nuevas formas y nuevos usos de palabras; usos y formas que abrieran el camino a “la viveza de la imaginación acalorada”. No obstante, el árcade no desconocía los códigos por los que se regía la preceptiva; era un poeta consciente del nuevo camino que buscaba transitar. Tan consciente como los miembros de la Arcadia que habían elegido flexibilizar las formas, en busca de un lenguaje más natural, más cercano a lo que eran o buscaban ser. Barueq continúa su discusión con “El Pasante”, explicando porqué decidió el uso de una palabra y no otra, y porqué a sus composiciones conviene una rima consonante y no una asonante, porqué opta por una terminación y no otra. En beneficio de sus argumentos, se refiere a fray Luis de León, Herrera, Arriaza, Meléndez como poetas que no escaparon al uso de terminaciones en *ante* y *anto*. En pocas palabras, Sánchez de la Barquera afirma tajantemente que las terminaciones en *anto* y *ente*

son defectos de nuestros mejores poetas. Vamos al *able*, y al *ible* que tanto eco han hecho a U. con todo y sus orejas de tapia. Ésta es una media paronomasia muy usada de nuestros poetas, y que si en el día no se usa, es porque cuesta trabajo el buscarlas, y acomodarlas; pero cuando sean naturales como en estos versos, son muy corrientes. De esta clase tenemos en el diario un bello soneto de Guindo, y en los poetas clásicos verá otros cuando esté menos ocupado. [...] le digo que el uso es la costumbre y que esta no es cuestión canónica, y mucho menos rigorista.

Para concluir con su clase de preceptiva, Sánchez de la Barquera le recomienda al “Pasante” que estudie ya no el rigorismo luzánico sino que,

“cuando U quiera estudiar algo de poesía con fundamentos, lea al Rollin en su *Tratado de estudios*,(t.I), al Barthelemy, en su *Viaje de Anacharsis*, al Blair en su *Tratado de poesía y versificación*, y finalmente para medir sus versos al Masdeu en su *Arte poética*”.<sup>20</sup>

Entre los mismos miembros de la Arcadia de México también hubo desacuerdos al respecto de preceptiva literaria. Tiempo después de las desavenencias entre Barueq y el lector embozado tras el seudónimo “El Paseante”, dos árcades, José Mariano Rodríguez del Castillo y Mariano Barazábal, utilizaron sus composiciones poéticas para descalificarse entre sí; de manera contundente exhibieron los defectos que padecían sus poemas. El primero en abrir fuego bajo el anagrama JMRC fue Rodríguez del Castillo con su anacreóntica “A la Alameda”. En ese poema acusa al “Aplicado”, seudónimo de Barazábal, de dedicarse a “morder vidas ajenas” en vez de ocuparse en escribir poesía. Por ello, lo excluía de la invitación que hacía a sus otros colegas para componer un himno a “nuestra hermosa Alameda”. El “Aplicado” siguió publicando algunos poemas sin hacer referencia alguna a esa ofensa, pero el 27 de abril de 1807 publicó una oda en “Respuesta a la anacreóntica del n.558”. A partir de este momento, los dimes y diretes comienzan, van en un sentido y vuelven cargados de más polvora.

En general, gran parte de las discusiones que se suscitaron se abocaban a criticar la forma y el lenguaje empleados para la construcción de los poemas. Por un lado, estaban los poetas que buscaban únicamente expresarse de manera sentida, clara y concisa; por el otro, los poetas que pedían someterse al mando de la métrica y la versificación, para ello citaban a las autoridades en boga (como Luzán, Boileau, Blair, etc.) cuando

---

<sup>20</sup> *DdeM*, t. II, n. 197 p. 419.

eran censurados por su pretendido acartonamiento. Incluso, algunos fueron más allá en sus preocupaciones y discutieron sobre reglas ortográficas, porque “nunca escribirás bien si no escribes con sus reglas”, y la “mala pronunciación” americana que dislocaba los acentos. Problemas que a su decir, también sufrían los habitantes de varias provincias de España, y de quienes se habían heredado. Así, en un despliegue de participación para evidenciar su postura —que justificaba el camino que habían elegido—, los árcades publicaron un gran número de composiciones que bien podríamos definir como “arte poética”. “El Africano” (Ángel Ruiz), publicó un largo poema del que transcribo sólo la parte de su defensa:

Quiero lector que sepas  
antes de leer mis versos  
que has de hallarles a todos  
muchísimos defectos;  
porque yo como muchos  
poetas de acaba presto  
y vamos que ya es tarde  
y pongo lo que quiero,  
no los sujeto a reglas  
porque no las entiendo.<sup>21</sup>

Por el otro lado, los partidarios de someterse a las reglas parecieran responder a “El Africano” en este soneto:

Me preguntas poeta principiante,  
¿Cómo se hace un soneto liso y llano?  
y me remites uno en castellano

---

<sup>21</sup> *DdeM*, t. XI, n. 1482 p. 463.

compuesto en un estilo altisonante.  
Amigo, con tal pauta por delante,  
no habiendo quien te lleve por la mano,  
serás versificante a lo romano,  
y mil versos harás en un instante.  
El soneto es poema reducido:  
debe tener, y definir objeto  
comparar, apropiar, y ser medido;  
La feliz conclusión lo hace perfecto.  
Coteja tú con éste el remitido,  
y verás de los dos cual es Soneto.

León de Parma<sup>22</sup>

Pero más allá de la discusión sobre la preceptiva, el interés de los miembros de la Arcadia radicaba sobre todo demostrar que en América se producían obras de calidad a la altura de las de Europa. Su propósito era buscar el reconocimiento y respeto, pero no sólo por parte de sus connacionales sino en el extranjero, y propagar así una imagen de los talentos que poseía toda América, reivindicando a la cultura novohispana. De acuerdo con sus convicciones, el tener una literatura bien cuidada nos refrendaría como nación culta y civilizada. Por ejemplo, Juan María Lacunza, el infatigable promotor de la Arcadia, pedía que la poesía

---

<sup>22</sup> *DdeM*, t. VI, n. 622 p. 173. El soneto gozaba de tanto prestigio que a la muerte de Martínez de Navarrete se sugirió que para elegir nuevo mayoral se seleccionara al poeta que más y mejores sonetos hubiera escrito y publicado en el *Diario*, porque “En la poesía española la composición, por decirlo así, más brava es el soneto. Los antiguos y modernos inteligentes la llaman el potro de los poetas. Ella es una composición seria, digna, bella y respetable, cuando sale perfecta que es lo más difícil. Ninguno puramente versista puede travesear con esta majestuosa composición, sin dar a conocer de luego a luego, la limitación de sus alcances”. *DdeM*, t. XI n. 1452 p. 343.

—seguramente Martínez de Navarrete coincidía con él— se sujetara conscientemente a reglas fundadas en la poética y la preceptiva clásicas con el propósito de lograr el reconocimiento del exterior; así el buen dominio de la versificación era, a su decir, la prenda más cara en un poeta. El árcade Lacunza valoraba públicamente los atributos que como poeta tenía Meléndez Valdés a quien, a su juicio, había que emular, a pesar de que “en su epístola al canónigo Cándamo (p.330 de sus poesías) nos trató nada menos que de bárbaros, rudos, salvajes, etc. Error que sólo es disculpable en el ningún conocimiento que tenía de los sublimes Tagles, Sartorios, Barqueras y otros mil”.<sup>23</sup> El mismo Lacunza en su romance “A la Arcadia mexicana” instaba a los árcades, después de la muerte de Martínez de Navarrete (Nemoroso), de José Victoriano Villaseñor (Delio) y de Juan José de Guido (Guindo), todos ellos destacados representantes de esta asociación a

Dejad pues, vuestro llanto, y recordando  
que en América brillan mil ingenios,  
que pueden competir con los que causan  
vuestros gemidos, procurad consuelo.

Y conmigo decid a los que aún viven,  
y disfrutan de Apolo el sacro fuego,  
que vuelvan a cantar, pues que se ofenden  
las Musas de su tétrico silencio.

---

<sup>23</sup> El texto arriba citado es una nota al pie que acompañaba al poema de Lacunza “A la Arcadia mexicana”. El verso en donde está señalada la nota es el que dice “la envidia y confusión del extranjero”, que más adelante transcribo. *DdeM*, t.XIV n. 1966 pp. 201-204.

Pedidles que en el Diario nunca falten  
sus poéticos rasgos, que honra siendo  
del mexicano país, causan hermosas,  
la envidia y confusión del extranjero.

Que a su pesar confiesa, que si Europa  
ha producido sabios en su seno,  
la América no cede en esto a nadie,  
cuyos hijos compitan con aquellos.

Vuelvan, árcades, pues los días felices  
y templando otra vez los instrumentos,  
cantad con la belleza que solíais,  
que yo tomar lecciones os prometo.

Es más que clara la postura reivindicadora y militante del árcade Lacunza, su intención va más allá de escribir sobre pastores, corderitos u ovejitas heridas como comúnmente se identifica a los poetas que pertenecieron a la Arcadia.

Hay que insistir en esto, porque incluso, está a punto de terminar el siglo XX y se sigue repitiendo en nuestros círculos que en la Arcadia Mexicana no hubo espacio para la discusión, sino que fue una asociación donde prevaleció un ambiente de espíritus sosegados y acrílicos.

La lectura de la poesía de fray Manuel Martínez de Navarrete permite entender cuál era la intención de la poesía de esos años. Sabemos que además de cultivar la poesía bucólica, el fraile y sus colegas árcades transitaron por la poesía amorosa, religiosa, satírica y política, esta última

sobre todo tuvo su “esplendor” cuando se suscitó la invasión napoleónica (1808). Hay que destacar que la poesía religiosa estaba dedicada, fundamentalmente, a la virgen de Guadalupe o a San Felipe de Jesús,<sup>24</sup> personajes íntimamente ligados a la historia cultural de México.

Sin duda, fray Manuel Martínez de Navarrete y sus colegas árcades buscaron consolidar un carácter propio en la poesía, para ir gestando una identidad que se convirtiera en orgullo nacional. Así, con la conciencia de comenzar a definir una identidad propia, los poetas del *Diario* utilizaron palabras como jacal, manta, ixtle, tilma, petate, ayate, pulque, o hicieron amplias referencias a la fauna mexicana; así, zopilotes, guajolotes, cenizontes, loros y chichicuilotos, poblaron sus textos.<sup>25</sup> Ya Jorge Ruedas de la Serna ha expresado atinadamente que

La modesta Arcadia mexicana se aproximaba ya a esa idea de consolidación de una cultura nacional, que partiese de valores oriundos, y en tanto que era el resultado de una asociación libre y espontánea, y por ello mismo inédita, implicaba la cultura del pasado como algo ajeno y desnaturalizador. La operación poética más característica de la Arcadia mexicana consistió en una forma de apropiación de las convenciones europeas, para traducirlas a un código vernáculo: el paisaje se pobló de especies y seres mexicanos, o mestizos: magueyes, jarros, chinampas, mayates, indios, etcétera. Las ninfas se mudaron en “la indita Xúchil que a

---

<sup>24</sup> Ruth Wold nos dice que Desde febrero de 1807 hasta febrero de 1808, el quinto día de cada mes se cantaba un himno, en la catedral de México, en honor al mártir mexicano san Felipe de Jesús, misionero en el Japón, que fue encarcelado y muerto en Nagasaki. Estos himnos se publicaban en el *Diario*. *op. cit.*, p. 31.

<sup>25</sup> Francisco Monterde señala que la peculiaridad de lo mexicano en la poesía de Martínez de Navarrete es el uso de “giros locales, barbarismos y expresiones deformadas por el vulgo, como *onde* (donde), *esque* (dizque), *dácalo* (dalo acá), *arrollar* (arrullar) y *chula* (bonita)”. *op. cit.*, p. 96.

recoger verdura, anda de madrugada”, “el vino de Lesbos”, en el preciado pulque, “que es también don del gran padre Liéo” y la patrona de la Arcadia en la Virgen de Guadalupe.<sup>26</sup>

La poesía de los árcades sobre todo dio cabida a la discusión, porque se le veía como un ejercicio de ensayo y error, nada estaba dictado y todo se iba conformando. Lo allí publicado era una lección, un aprendizaje que se iba afinando. Ruth Wold señala que la mayoría de los poetas, que hicieron su incursión literaria en las páginas del *Diario*, eran hombres jóvenes, de veinte a treinta años. Manuel Martínez de Navarrete era el ejemplo para esos jóvenes que comenzaban a incursionar en la literatura y que más tarde se comprometería con la lucha por la independencia de México, ya fuera con el fusil como el soldado José Leal de Gauce o con la pluma como Francisco Sánchez de Tagle. Incluso éste último sería quien ocuparía el lugar del fraile y se le nombraría el nuevo mayoral de la Arcadia.

Fray Manuel Martínez de Navarrete no viviría para ser testigo de los cambios, pero fue sin duda el “agitador”, que con su forma de hacer poesía motivó a sus colegas árcades. Tan claro fue esto que a su muerte —y por supuesto por los sucesos políticos y sociales por los que atravesaba el país— la producción poética en las páginas del *Diario* decayó aún más. Sin embargo, los incansables Rodríguez del Castillo y Juan María Lacunza no se dieron por vencidos y continuaron escribiendo poemas en donde invitaban a revivir a la Arcadia. La invitación no tuvo el eco esperado y todo se resumió a esporádicas colaboraciones pero sin el peso de los

---

<sup>26</sup> Jorge Ruedas de la Serna, *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana*, pp. 46-47.

primeros años del *Diario de México*. Los “¡Pastores que habitáis en las riberas/ del opulento valle mexicano”, a que se refería Lacunza, ya se habían marchitado.

#### **IV. Anexos**

## Anexo 1.

En este anexo, se reproducen algunas de las discusiones sobre poesía que se publicaron en el *Diario de México* y que ejemplifican el carácter polémico de los miembros de la Arcadia y los lectores ilustrados del *Diario*.

“Poesía”<sup>1</sup>

sábado 18 de enero 1806

Ya sabe U. que entre las locuras que tenemos los hombres, unas son vitalicias o incurables, y otras temporales que tienen remedio: de éstas tuve en mi juventud la de hacer versos, y confieso con ingenuidad, que aunque

---

<sup>1</sup> *Diario de México*, t. II, núm. 110, pp. 66,67.

tenía facilidad para ello, y procuraba arreglarme al arte lo más que podía, jamás me gustó lo que hacía; pero como las personas que veían mis obrillas me las alababan, aumentaban en mí el furor poético, hasta que por fortuna leí en las cartas críticas de Costantini, la de *Preocupaciones de la Poesía*, y fue tan eficaz el medicamento, que desde entonces no solamente sané de la manía de hacer versos, sino que hasta verlos me enfada: ni voy al teatro más que cuando se representa algún drama en prosa. De buena gana insertara yo esa carta en el *Diario*, si no fuera tan larga, aunque dijeran lo mismo que la del Siamita. Pero ya que esto no se puede, hágame U. favor de aconsejar a sus árcades que lean dicha carta, que se halla en el tomo cuarto, allí encontrarán lo que yo no soy capaz de decirles en ocho días: quizá así se atajará la peste de poetas que se va soltando. No soy tan de mal gusto que deje de conocer que ha salido en el *Diario* tal cual piecесita razonable, pero se puede renunciar a estas pocas, por no leer las muchas malas.

*El Antipoeta.*

“Poesía” [respuesta al Antipoeta]<sup>2</sup>

miércoles 19 de febrero de 1806

S. D. Ahora verá U. si he nacido para grandes cosas, y si puedo disputar la gloria de los Amadisés, Orlandos y cuantos famosos caballeros hubo en los pasados siglos. Verá el señor Antipoeta que hay todavía brazos invencibles

---

<sup>2</sup> *DdeM*, t. II, núm. 142, pp. 198,199.

que saben desfacer agravios, y verán en fin los follones críticos que existen intrépidos apologistas cuyo valor en nada cede al de aquellos héroes. Escuche U. atentamente la relación de mi hazaña, que llenaría de asombro al mismo Fierabras. Luego que salió a la luz el *Diario* núm. 110, acometieron al señor Antipoeta con las más atrevidas objeciones ciertos literatos de mal humor, que aun en las obras más admirables encuentran imperfecciones. Enristré al punto mi lanzón, y cubierto de mi adarga me previne para defender a todo trance a aquel inocente oprimido. Acércose el más taimado hacia mí, y poseído de un furioso ardimento exclamó: ha llegado la barbarie al extremo de reputar por locura la ocupación más digna de las almas sensibles: ¡la poesía que fue desde su origen el lenguaje de la religión y el intérprete de los sublimes sentimientos!, ¡divino Homero!, ¡inmortal Virgilio, Horacio, Lucano! ¿Con que no son más que unos declarados frenéticos? ¿Con que el premio que os podíais prometer del infeliz Antipoeta era el que os destinase para siempre a una casa de locos? Perezca su ignorancia... Tenéos, descomunales críticos, prorrumpí al instante, ¿de qué os maravilláis? Aun cuando el Señor Antipoeta condenase a esos hombres, que mencionáis a tan severo castigo, lo merecían justamente: ¿qué fueron en efecto sino unos necios paganos que creyeron a pie juntillas los más ridículos absurdos?, que incensaban unos dioses de palo, atribuyéndoles las más viles pasiones. *Todo eso no viene al caso*, replicaron aquellos mal intencionados; pero bien se atreverá a decir que fueron locos Moisés, David y tantos otros santísimos varones que entonaban sus cánticos al Dios de la verdad, y que por consiguiente hacían versos. Un abismo precipita en otro, novel caballero. Aquí fue menester apoyarme bien en los estribos, porque el tono con que acometían era muy atrevido y prontamente respondí. Atended, despiadados malandrines, que cuando mi

ahijado habla tan mal de la Señora Poesía no comprende la de los hebreos, en cuyo idioma escribieron esos respetables varones, ¿no, cómo había de comprenderla, si no sabe una letra de aquél, y aun me atrevo a afirmar para prueba de su inocencia que tampoco entiende la palabra de los Griegos y Latinos? ¿Peor está que fueron locos Garcilaso, Lope de Vega, Villegas, que fueron la gloria de su siglo y Meléndez, González, Vaca y otros muchos que lo son del nuestro? Vosotros sois unos bellacos, grité encendido en cólera. ¿No advertís, cobardes criaturas que el desgraciado Antipoeta entiende solamente por poesía el mero artificio de la versificación, y que a esto es a lo que tiene ojeriza?

“Concluye poesía”<sup>3</sup>

jueves 20 de febrero de 1806

¿No dice claramente que tuvo la manía de hacer versos, y para prueba de su destreza, y de que todavía sabe acomodar consonantes, confiesa con *ingenuidad* que aunque tenía *facilidad* y procuraba arreglarse lo más que *podía* jamás le gustó lo que *hacía*? Una salva de carcajadas interrumpió en este momento mis voces, y luego dijeron: si en esto habíamos de parar, hemos perdido el tiempo: queda en nuestro favor declarada la victoria, y nos abstendremos de nuevas objeciones, porque sabemos que a semejantes autores *los honra mucho quien los critica*. Enmudecieron todos, y yo sentí que mi corazón se hinchaba de vanidad por haber conseguido tan glorioso triunfo y embebido en estas ideas me paseaba por el campo con el aire de un conquistador. ¿Pero qué premio le parece a U. que debo exigir del S.

---

<sup>3</sup> *DdeM*, t. II, núm. 143, p. 201.

Antipoeta por tan señalado beneficio? Ninguno otro, sino que puesto de hinojos ante el coro de las nueve musas confiese que sólo el valor de mi fuerte brazo pudo sacarlo bien de tamaña cuita, y prometa con todas las venas de su corazón, y aun con lágrimas en los ojos, que jamás dirá cosa que pueda ofender en lo más mínimo a señoras de tan alta guisa. Así lo espera de su reconocido corazón.

*El Quijote del Parnaso.*

“Desagravio de la poesía”<sup>4</sup>

16 de abril de 1806

Salud, señor diarista, ¿cómo lo pasa U.? Es taciturno y no le pesa responder sino después de mucho meditar. Yo ¡muy triste!, ya mis ojos lo están diciendo... ¿Qué, no me pregunta U. por qué lloro?, ¡ah!, pues es porque al señor Antipoeta del *Diario* núm.110 no le cuadran los versos: ni aun a la comedia va, si no es prosa. ¡Ay qué dolor! ¡Qué comprimición! ¿A dónde iría a coger este señor la carta que dice que le ha puesto tal suerte? Yo pienso que el pobrecito no ha leído más de esa carta, y nada, nada de eso que llama bellas artes, en donde la poesía, sí la dulce, la amable, la desinteresada poesía es encanto, y lo ha sido, según dice mi padre grande, de los mayores hombres del mundo. Ya se ve... la gente no puede hablar... Yo soy una tonta mujer que tomará saber lo que me hago en mi costura. Pero, señor diarista, aquí de Dios: ¿cómo he de creer yo que sea tan mala la poesía, y que pueda llamárserle *frenesí, enfermedad, y peste?*

---

<sup>4</sup> *DdeM*, t.II, núm.198, pp. 421, 422, 423.

Esos sabios antiguos que oigo mentar a mis hermanos, el cura de Jurindirichi, y el colegial... válgame Dios... cómo se llaman... ¡ah!, ya me acordé: Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio; y otros innumerables hombres, que por insignes poetas parecen que no han muerto, y que aún beben y comen con nosotros, ¿fueron por ventura locos o enfermos? ¿Lo fueron Anacreonte, el Petrarca... pero qué? Nuestros gloriosos españoles, ¿Garcilaso, Ercilla, Calderón, Montealbán, Matos, Moreto, Lope de Vega, Gerardo Lobo, Quevedo... y todos los que no digo porque sería el cuento de nunca acabar? Y aun ahora en calentito: Iglesias, Villegas, Arriaza, capitaneados del célebre, del ¡grande Iriarte! Éste y todos, repito, ¿fueron y son enfermos... como la mona? O si lo han sido, ¡qué gusto que no leyeron esta carta descomulgada!, pues si la hubieran leído, quién sabe si hubieran apostatado como el señor Antipoeta, y no hubieran enriquecido al mundo con tantas obras infinitamente admirables. Bien que no... ¿Pues que todos gustan de rarezas? Antes me parece que el señor Antipoeta más es desengañado, que arrepentido: sin duda tropezó en el camino del Parnaso: le cobró miedo a la jornada y por eso blasfema de sus viadores, como si ellos tuvieran la culpa de su mala andanza. Ello él dice que tenía furor poético, y que le alababan sus obras cuando jovencito; quizá ya chochea, ¿no? ¡Pobrecito!, me parece que estoy hablando con él... ¿setenta y cuántos, Señor Antipoeta...? También dice que tenía mucha facilidad para hacer versos: con todo, a mí se me figura que en el voto que ha hecho de no hacerlos, ni oírlos, hemos perdido poca cosa. Ya si él hablara de los malos poetas, de los versos confusos, desatinados, altisonantes, obscenos y escandalosos, *transea*, tendría muchísima razón, y yo sería la primera que le diría: “dice U. muy bien tatita”. ¡Pero de la poesía en general! ¡De un don, con que parece que el Cielo ha querido distinguir a algunos de los

hombres entre sus mismos semejantes, que perfeccionados por el arte parecen divinos: como que algunos gentiles, que no conocieron a la deidad verdadera, los juzgaban dioses, según dice un libro ¡viejo de mi casa! La verdad, la verdad Señor diarista, que para producirse así es menester no tener dos dedos de frente, o dedicarse a profesor de todo género de rarezas; no permita Dios que lean esa carta de mis pecados los dulcísimos Torsarios, Gemoz, Nicolases Fragacetes, Rezmiras, Guindos, &, &c., porque se les volteara la chimenea como al Señor Antipoeta, soñando que la poesía es *peste, enfermedad y frenesí*. Si él me oyera, diría que soy muy apasionado de los poetas, ¡pero cómo! ¡No digo para marido he de escoger uno que la intelija, aunque sea más pobre que Amán, y no tengamos otra cosa que comer sino décimas, odas y sonetos guisados con ternezas y suspiros!, que ciertamente no empachan, y al fin, si fin peor es chile, y la agua lejos. E: adiós, adiós Señor Diarista, que ya es tarde y sólo salí por hilo... ¡Ah!: si le diera a U. la ventolera de asentar algo de mi visita y conversación en su *Diario*, pues mira... esto el que se imprime; no el que lleva el carretonero: bien puede U. manifestar mi nombre que no tiene miedo al Antipoeta, su servidora de U.,

*Bárbara Laso Manay.*

*P. D. Reservada.* Señor diarista, viejecito mío, el escribiente se ha enfermado y no puede sacar mi papel en limpio, con que dispense U. los borrones que no quiero que se me haga mi cuento cachetón, vale que U. sabe leer hasta griego y no necesita de anteojos. (1)

(1) Barbarita, hijita mía: mira que te explicas muy muy lindamente, pero pon un poco de cuidado para no confundir las cosas, y que luego se lo

atribuyan a tu hermano el Cura o al Colegial. Otra vez no convoques a Villegas entre los poetas modernos, porque aunque haya alguno en nuestros tiempos del mismo apellido, no es sin duda el que tú quieres decir: y procura en lo sucesivo evitar comparaciones, que son muy odiosas, y arriesgadas. Mira, yo soy muy apasionado a don Tomás de Iriarte, le conozco por excelente humanista y no me atrevería a graduarlo de capitán de la compañía de los poetas de nuestra edad, porque clamaría con justicia en la lírica el sobresaliente mérito del P. González y de Meléndez Valdés, en la épica, de Vaca, en la dramática el de Moratín, en la sátira y el fuego el de Forner y por eso te lo dice el D[iarista].

Los poemas que a continuación reproduzco sirvieron de pretexto para iniciar una polémica entre Juan Wenceslao Sánchez de la Barquera (Barueq) y un crítico lector del *Diario* que encubrió su identidad bajo la firma de "El Pasante".

Letrilla<sup>5</sup>

7 de marzo de 1806

La gran sabiduría	!He! Pecador alerta
que la salud desea	no te estrelle el destino
de los mortales, con amor constante	En la piedra angular del temple santo.
auxilios les envía	Si tu fe se halla muerta,
en la fatal pelea	ya el redentor divino
del mundo, y a su atractivo blasonante;	que la avives te pide con el llanto:
mas la alma semejante	el dolor, y quebranto
al ingrato rentero	de humilde penitencia
la viña pierde con afán severo	Merecía a tus culpas la indulgencia.

B.

“Dominica tercera, el Demonio mundo”<sup>6</sup>

9 de marzo de 1806

Ya la virtud sagrada	Aún la fatal envidia
de aquella voz divina	del enemigo insano
hace hablar a un mundo miserable,	Ciega las almas con mortal denuedo,
cuya alma atormentada	la horrorosa desidia,
del furor que la arruina	y el pudor más tirano

<sup>5</sup> *DdeM*, t. II, núm. 159, p. 261.

<sup>6</sup> *DdeM*, t. II núm. 161, pp. 269, 270.

hace a su existencia abominable.      nos pone mudos, nos infunde miedo.  
El que un Demonio hable      !Oh Dios!... Más... yo no puedo:  
    ha sido si, asequible      tu divina presencia  
callar al maldiciente es imposible (a)      Me anime a fervorosa penitencia.

B.

(a). Esta imposibilidad es respecto del pecador, como se manifiesta por este pasaje del Evangelio. Todos se maravillan con este milagro.

“Crítica a Barueq”<sup>7</sup>

martes 1 de abril de 1806

S. D[iarista]. A mi parecer es muy digno de alabanza el Sr. Barueq, por los escritos que en su nombre se han publicado en el *Diario*, pues supongo que en ellos se habrá propuesto el fin que debía, y aun cuando no se lo hubiera propuesto, no por eso dejaría de producir en el público ciertos sentimientos de humanidad y de religión tan necesarios a todo buen ciudadano, y que por lo mismo redundarán en alabanza de su autor. También me parece que aunque estos escritos produzcan la utilidad que acabo de insinuar, y aun otras mayores, no por eso están exentos de que cada uno diga su parecer, haciendo de ellos una juiciosa crítica con el sólo fin de conseguir alguna más instrucción en el asunto. Creyéndome yo con esa facultad y llevando en

---

<sup>7</sup> *DdeM*, t. II, núm. 183, pp. 363, 364.

ello el fin arriba insinuado, me determiné a hacer ver, aunque de paso, ciertos defectos harto notables (particularmente en poesías cortas) en los versos del Sr. Barueq, insertos en los diarios del 7 y 9 de marzo, dejando a otro más sabio, y menos ocupado que yo, el que note lo que resta, que me parece es poco.

[Continua la crítica de Barueq]<sup>8</sup>

2 de abril de 1806

Viniendo pues al asunto, digo que en los versos del día 7 las palabras *consonante*, *blasonante* y *semejante* no se deben usar de consonantes en ninguna composición poética, mucho menos en la que fuere corta, pues se debe advertir que todos los acabados en *ante* son muy comunes, y por lo mismo despreciables. Más: *constante* y *blasonantes* son adjetivos, y es un notable defecto el acabar los versos de una poesía, de corta extensión, en adjetivo. No son más a propósito para consonantes las palabras *llanto* y *quebranto* por significar no cosa, sino modo o calidad; mas para todo tiene privilegio el Sr. Barueq. ¿Y qué diremos de la fastidiosa asonancia que resulta de juntarse en muy pocos versos tres consonantes en *ante* y tres en *anto*? Todo se le puede perdonar por la claridad con la que se expresa, pues aunque Aristóteles resucitara para sólo el punto, no entendería aquello de *perder la viña con afán severo*. Pasemos adelante. Los versos del día 9 están llenos de fluidez y armonía, como que al fin los más acaban en adjetivo: y aquel retruécano que nace de acabarse algunos en *able* y otros

---

<sup>8</sup> *DdeM*, t. II, núm. 184, pp. 365, 366.

en *ible* es capaz de lastimar al que tenga orejas de tapia. Aún hay mucho que notar, pero ya dije que esto se queda para otro que esté más instruido y desocupado que yo.

Ya me parece que veo al Sr. Barueq que con ansia está esperando la razón de todo lo que acabo de notar en sus versos: buena paciencia tiene si lo espera: que se caliente la cabeza en leer una y muchas veces los capítulos 23 y 24, o por lo mejor decir toda la obra de D. Ignacio Luzán, titulada *La Poética*, y luego que la haya leído como se debe, sabrá el porqué y cómo se hacen versos menos malos.

Lo dicho hasta aquí, y mucho más que se pudiera decir, comprende a otros muchos versos publicados en el *Diario*, en los que se advierte mucho malo y poco bueno. Vaya un ejemplo: en el día 13 de dicho mes se publicaron unas endechas, cuyo último verso dice así: “En este, para mí de llanto, día”. Ya de semejantes versos se había burlado muy bien uno de nuestros mejores poetas, cuando dijo “en una, de fregar cayó, caldera”. Transposición se llama esta figura. Pero el autor de tales endechas no ha leído la *Gatomaquia*. También la primera endecha está en todo primorosa: trae en ella una comparación que estoy por asegurar que dice lo contrario de lo que el autor intentó. Hay así mismo en el *Diario* otros versos... Yo prometí decir muy poco: ya me he extendido demasiado. Otros de mayor habilidad pueden decir algo, que para todos hay.

Si alguno quisiere saber por qué atribuyo tanta autoridad a la poética de Luzán, puede preguntarlo por el *Diario*, que no me haré desentendido de tal pregunta, como parece que se va haciendo el Sr. Melancólico de la que inserté en el *Diario* el 19 de febrero.

*El Pasante.*

“Respuesta de Barueq a la crítica del 183”<sup>9</sup>

14 de abril de 1806

¡Fuego, Señor Pasante, y como esgrime U. el *sus minervam* a tuerto, y a derecho, contra mis pobres versitos del 7 y 9 de marzo! Poco a poco señor mío que acá estamos todos, y donde las dan las toman. ¿Qué le parece a usted que no es más que copiar las doctrinas de algún autor para formar una crítica? No amigo, *aliquid amplius*, es necesario *ser más sabios, y estar más desocupados* que U. Si U. se hubiera metido con algún filósofo de narices largas, de aquellos que todo lo sufren con pachorra apática, tal cual podría U. estar hablando 20 años como un cotorro, sin que hicieran el menor aprecio; ¿pero a mí que las vendo, y aun las regalo Señor Pasante? ¿A mí que soy el Proyectista bullicioso de este teatro, y que abomino las charlas, como a mis pecados? Vaya que no deja U. de tener su valorcillo, y merece por esta gracia un agostaderito en el Pindo. Y para que U. vea cómo aprecio su valor, voy a comunicarle los efectos que produjo en mi ánima *su juiciosa crítica*.

*Sans façon amigo, sans ceremonie*. Le confieso con toda ingenuidad que al ver las primeras líneas de su carta me figuré (lleno de elación) que todos los Poetas del mundo eran nada, en comparación mía; por manera

---

<sup>9</sup> *DdeM*, t. II, núm., 196, pp. 414,415,416.

que no me cambiaba por el mejor de ellos, aunque me dieran encima un par de pesetas. Pero amigo, como no hay gloria completa en esta vida, ¡cuál me quedé al ver lo restante en que me critica con tanto *juicio*! Se me congeló la sangre, y la alma se me bajó a los pies, como aquél a quien de repente le ajan la vanidad, de modo que fue necesario todo mi estoicismo para serenarme.

Vuelvo a leer aquellas amargas líneas y yo no sé cómo por una prodigiosa *Metempsychosis* se me trastornó todo el sentido que U. quiso darle: porque el elogio me pareció sátira, y la crítica me pareció apología. Sí Señor, me acordé de aquellos versitos de Iriarte que dicen en la fábula 3: “¡Si el sabio no aprueba, malo. Si el necio aplaude, peor!”. Convertí mi proposición, celebré la burla a carcajada abierta y he aquí la respuesta a su papelucho: si hay algo amargo súfralo el Señor Pasante, y calle, *que para todo tiene privilegio el Sr. Barueq.*

Dice U. primeramente en su *juiciosa crítica*, que “en ninguna composición poética se deben usar los consonantes en *ante*, por ser muy comunes, y mucho menos en poesías cortas”. ¡Qué disparate! Son igualmente comunes los en *ones, ado, ar, al, ento*, y con todo, no hay otra cosa en nuestro Fr. Luis de León, Herrero, Arriaza, Meléndez y aun el mismísimo Luzán (a); pero ante todas las cosas, quiero hacerle a U. una preguntita. Dígame U., Señor *Momo*, si mirando solamente mis narices, que son bien cortas respecto del todo de mi humanidad, infiriera que soy un pigmeo o que era yo todo narices, ¿no sería una lógica muy errónea? Es innegable: pues amigo mío, lo mismo sucede puntualmente con mis versitos que U. critica. Son las narices de la canción que comienza en el número 144 como se ve por la invocación. Apunte U. ésa, y vamos a los consonantes.

Señor mío, el buen gusto abomina toda esclavitud, y aprecia la libertad de producirse, con tal que sea con aquella moderación que forma el verdadero carácter del poeta; pero la crítica del rigorismo luzánico impone leyes sin saber lo que se pesca. Se quieren destruir los acrósticos, los laberintos y otros metros, porque son una tortura de la imaginación, y quieren imponernos una esclavitud en los consonantes, cuyo caudal debe ser el más copioso para la viveza de una imaginación acalorada. Por lo común los acabados en *ante* son participios, y éstos como suelen significar acción lo mismo que cualidades son el lenguaje de la libertad poética: vamos a otra cosa.

(a) Véase por lo pronto la traducción del *Pange lingua* de este autor, que se insertó en el *Parnaso español* al tomo 5 y se verá que sus doctrinas son farisaicas; pues él mismo no las guarda. D[iarista].

[Continua respuesta de Barueq]<sup>10</sup>

martes 15 de abril de 1806

Dice U. que son más a propósito para consonantes las palabras “*llanto* y *quebranto*, por significar no cosa, sino calidad”

¡Divino Apolo,	Presta los rayos,	Y este Pasante,
Dejo la lira:	Ya es Picardía,	Rompe la brida!

---

<sup>10</sup> *DdeM*, t. II, núm. 197, pp. 417,418, 419,420.

Sí Señor Pasante, aquí fue necesario hacer un gesto con toda mi boca, y meterme en una carcajada, que me hizo rodar con mi poltrona a cuestas; pero es necesario alguna moderación. Busque U. en el diccionario estas voces y hallará en seguida una *s*, y una *m*, y si no sabe lo que quiere decir, pregúntelo a los gramáticos: y si el *ante* y el *anto* son defectos, los son de nuestros mejores poetas: vamos adelante.

Dice U. que ni Aristóteles que resucitara entendería aquel verso de “la viña pierde con afán severo”, ¡gracias a Apolo que dijo U. una verdad! En efecto, la guitarra lógica de Aristóteles es muy distinta de nuestra sagrada dialéctica, y aunque resucitara este señor de narices largas, se quedaría tan en ayunas como el Pasante; pero una vez que U. hace su crítica *con el sólo fin de conseguir alguna más instrucción en el asunto*, le digo que lea la parábola de la Viña por San Mateo, y luego abra el diccionario a la palabra *afán*, y a la otra *severo*, y entonces lo entenderá, y si aún con esto no lo consigue, aguarde a que se vendan entendederas como se venden antiparras. Vamos al *able* y al *ible*, que tanto eco ha hecho a U. con todo y sus orejas de tapia.

Ésta es una medida paronomasia muy usada de nuestros poetas, y que si en el día no se usa, es porque cuesta trabajo el buscarlas, y acomodarlas; pero cuando sean naturales como en estos versos, son muy corrientes. De esta clase tenemos en el *Diario* un bello soneto de Guindo, y en los poetas clásicos verá otros cuando esté menos ocupado. Es necesario pensar para escribir: de todo tenemos ejemplos de mérito en nuestros poetas; mas si U. me dijere *non ab exemplis, sed a legibus est judicandum*, le digo que el uso es la costumbre, y que ésta no es cuestión canónica, y mucho menos rigorista. Si esto fuera tendríamos que sujetarnos al precepto de Horacio, *tu nihil invita dices faciesve Minerva*: & desde el n. 385 hasta el 390.

¿Qué le parece a usted? ¿Será conveniente a un poeta la flema de experimentar cada uno su vocación y numen de Minerva antes de ponerse a escribir; consultar después con los inteligentes sus producciones, tenerlas 9 años en el cartapacio para enmendar o borrar lo que pareciere malo? No amigo, *non juramus in verba magistre*: ya este proverbio se ha sepultado con el *ente de razón*: en el tit. de *sepulturis* hallará U. sus exequias. Naturalito amigo, que todo concurre a la diversión. El consonante tiene tal privilegio, sea el que fuere, que a las hormigas las hace blancas, ¿y a que U. no las ha visto sino coloradas, negras y bermejas?, pues aunque Plinio nos diga que las vio blancas, *non juramus in verba magistris*.

Dice U., finalmente con el Luzán, que es un defecto notable el que los versos acaben en adjetivo: pues Señor mío, el Luzán, a más de confesar que es el primero que hace esta reflexión, no la practica, ni dice que es defecto, sino que estaría más perfecta la poesía en este sistema. A más de esto, ¿qué le parece a. U. que Luzán es lo mismo que el Jurisconsulto Ulpiano o su decantado Salas? No amigo, es cosa muy distante. Semejantes sistemas se examinan primero para sostenerse, oiga U. al traductor del insigne Blair hablando de la versificación.

Nos parece, dice, bastante fundada la idea de Luzán de que los versos deben concluir en sustantivo, más bien que en adjetivo; porque en éste sigue el movimiento, y en aquél reposa el sentido (*esto tiene mucho que ver*). La observación que hace del gran número de versos que en el lib. I de la *Eneida* y el canto I de la *Jerusalem* del Tasso concluyen en adjetivo favorece mucho su teoría. El Virgilio y el Tasso debieron la singular armonía de sus versos, no sólo a la finura de su oído, sino también a su esmero (¿y cuánto trabajo se requiere para esto?, más seguramente que para formar una crítica; pero allá va el rayo. Señor Momo, cierre U. los

ojos y apriete los dientes), pero toda teoría reducida a sistema es errónea: y el sentimiento, para correr con la desigual impetuosidad de la pasión, pide a veces que los versos vayan montados. Será acaso indiferente, y *aun necesario*, que terminen a veces en adjetivo, el cual los haga correr sin detenerse, hasta el punto en que hace pausa el sentimiento.

¿Qué hay de esto Señor Basco Figueyra? Pues el Blair no habla como los cotorros, ni ha leído al Luzán por la superficie. Más: si en el fuego de la fantasía es permitido esto, ¿cómo no lo será en mis ensayos poéticos, cuyo objeto no admite ficción alguna que acalore a la fantasía, sino la verdad desnuda arreglada al consonante, que primero ocurra a cerrar la sentencia? U. que pasta en el Pindo, sabrá lo que se dice del Sanazaro, porque fingió como poeta, en poesías sagradas. Finalmente, cuando U. quiera estudiar algo de poesía con fundamentos, lea el Rollin en su tratado de estudios, t. I, al Barthelemy, en su *Viaje de Anacharsis*, al Blair en su tratado de poesía y versificación, y finalmente para medir sus versos, al Masdeu en su arte poética. Concluyamos Señor Momo, que ya dará U. al diablo mis privilegios.

Dice U. para coronar su papelucho que en el *Diario* “hay mucho malo, y poco bueno”. Si U. lo dice amigo es seguramente lo contrario, según la máxima de Iriarte; pero sin embargo, si hay algo malo es conveniente; porque *errando discimus*, y este es el objeto del S. D[iarista], animar la aplicación de los ingenios con sujetar sus producciones a la censura pública, porque así se cultiven. ¿Qué quería U., que se metiera a albañil, cantero, u otro ejercicio de la república, el que tiene algún numen para versificar, como quiere el rigorista Boileau a quien algunos llaman el Horacio francés? *Nihil minus* Sr. Momo. Oiga U. sus palabras.

Soyez plutôt maçon si c'est votre talent  
ouvrier estimé dans un art necesaire,  
q' ecrivain du commun, et poète vulgaire  
il est dans tout autre art des degrés differens &c.

Vea U. todo el canto 4 y concluyamos con un par de consejitos de amistad. Mire U. (el lo) no aguarde a que le pregunten porque da tanta autoridad a Luzán, porque lo han de creer muy ocupado, y ninguno ha de querer incurrir en la nota de candidato. Es el 2o, que cuando quiera cultivar o lucir sus talentos no comience por la crítica, porque es el medio de errar más a propósito y muy ajeno de los bellos talentos. La charla es la más abominable y la dulzura y la amabilidad de un ingenio es la cosa más preciosa a la sociedad, ya se consideren en sí mismas estas bellas prendas, ya en sus influjos: en conclusión, tenga presente aquella máxima de Iriarte, fáb. 30.

Bien hace quien su crítica modera,  
pero usarla conviene más severa,  
contra censura injusta, y ofensiva...  
escribiendo con tinta corrosiva.

Yo he seguido esta doctrina contra mi natural carácter, que quisiera tener en las manos la felicidad para ofrecerla a todo mundo, como se ofrece a sus órdenes su servidor y amigo J. M. W. *Barueq.*

Letrilla<sup>11</sup>  
lunes 10 de febrero 1806

Estando una noche al sueño rendido vide un figurón, cual nunca lo he visto. Traía su golilla de aquel gusto mismo que usaba la España en pasados siglos. Su barba era larga, y con muchos rizos traía la cabeza blanca de polvillo. Grande pantalón al cuerpo ceñido era acompañado de un grueso corpiño, que creí era de malla, a lo que me han dicho, de esas que se usaban. agora tres siglos. Miraba con gusto aquel hombre ambiguo su traje bizarro,	su vestido mixto. Acércose a mí con aire festivo su reloj sacando, que era ginebrino. Ofrecióme un polvo, diómelo exquisito, pregúntome entonces ¿si era morisco? La gran carcajada que di de improviso Hizo levantarme medio confundido. Acórdeme entonces de aquellos poetas que usan archismos (a). Y al mirar impreso todo lo que he leído exclamé diciendo no sé si con tino: ¿Cómo hablaran todos como habla aquel Guindo (b).
-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

(a) *Archaismo* es el uso de voces anticuadas. Es una de las causas de obscuridad del lenguaje según Quintiliano, que reprende en varios lugares este defecto. Del mismo modo piensan los críticos del mejor gusto, véase a Heicnecio *fundam styli cult* part 1., cap. 2, núm.16. Un sabio aconsejaba a cierto literato demasiado aficionado a los usos antiguos que viviese desde

---

<sup>11</sup> *DdeM*, t. II, núm. 133, pp. 161, 162.

luego según la pureza de las costumbres de la antigüedad, pero que hablase el idioma de los presentes: y con razón, como que era a éstos, y no a los pasados a quienes debía dar parte de sus ideas. Los que quieren afectar locuciones antiguas incurren generalmente en la desgracia de sacar un estilo monstruoso que no corresponde a edad alguna. El autor de la letrilla.

(b) No tiene razón el autor de la letrilla: ni corresponden tales sátiras, cuales se le están disparando a un autor que con tanto amor, y modestia nos ha dedicado sus obras.[Diarista.]

“Al autor de la letrilla del Diario de 1 de febrero. Señor Coplista”<sup>12</sup>

Lunes 17 de marzo de 1806

Muy Señor mío: como no conozco a usted (aunque no dejo de sospechar quién pueda ser) me veo en la precisión de valerme del favor del Señor Diarista para que U. se entere de un negocito que me parece le importa mucho. No se asuste U., no es ninguna cosa contra su hacienda, si la tiene, ni contra su honor, ni contra U. mismo: es solamente contra la letrilla que hizo U. satirizando a los que usan arcaísmos, la que se publicó en el número 133. Esto es y no más: con que bien puede U. respirar, y sosegar del susto que puede haberle causado la presente, y pasar a escuchar mis reflexiones sobre dicha sátira.

---

<sup>12</sup> *DdeM*, t. II, núm. 168, pp. 301, 302, 303.

Desde luego convengo en que se raje de medio a medio a los necios que incurren en semejante defecto, y confieso que la sátira en que se acertare a hacerlo con gracia y donaire, será uno de los medios más eficaces para ir desterrando ésta, y otras sandeces del mismo salvado, y si U. gusta de latín, *ejusdem furfureis* y por tanto no crea U. que me meto ahora a defensor de los señores arcaismistas. U. ha tenido mucha razón para impugnar el uso de las voces anticuadas: éste ha sido el principal, o mejor diré, el único objeto de sus coplitas; pero hablando ingenuamente, creo que no acertó a hacerlo con la dignidad que correspondía a una obrita que preparaba para las prensas. Escúcheme U. un poquito, y si no tuviera razón, me daré por vencido.

En primer lugar, la idea de sueño para formar una sátira es tan obvia y tan vulgar, que cualquiera, aun sin estar adornado de un mediano talento, puede usar de ella a este mismo intento sin tener que apurar mucho su ingenio ni su fantasía: por consiguiente, dicha idea de U. no nos presenta nada de especial o peregrino.

En segundo lugar, o secundariamente (si le agrada a U. un término poco usado) es la mayor torpeza censurar un defecto incurriendo al mismo tiempo en él, y nada menos que esto es lo que le sucedió a U. en sus coplitas primera y quinta. Las voces *vide* y *agora* son cabalmente un ejemplo del uso que U. impugna, pues aunque de la primera quiera decirse que no es anticuada, si no muy usada del vulgo, corruptor de su dialecto, yo tengo por probable que era muy propia de aquel mal castellano que se usaba algunos tiempos ha. Y aun dado que no sea anticuada, no puede negarse que es muy impropia y extraña de nuestra gramática, por lo que ni aun de *licencia poética* es lícito usar de ella, a no ser que se quiera imitar a los plebeyos, cuando se habla a gente culta.

De paso haré una corta digresión, por decir a U. que si hubiera formado todas sus coplitas de voces de esa naturaleza, y dispúéstolas de modo que apenas fuera perceptible el asunto de su fabulilla, hubiera sido más ingeniosa y más propia para su intento, sin que este pensamiento dejara de ser muy obvio y natural; pero sigamos deletreando las coplas.

Aquel pie: *blanca de polvillo* es una de las cosas más graciosas que he leído, y que me han hecho reír bastante: quizá adivinará U. por lo que lo digo, y si no, no se meta a hacer más coplas, porque esa es una tentación en que siempre saldrá vencido y con ignominia.

Se me pasaba notar que es también muy gracioso su modo de hacer la descripción de un sujeto, comenzando por la *golilla*, siguiendo por la *barba* y después por la *cabeza*: sólo faltó que hubiera continuado por las *medias*, y hubiera acabado por la *coleta*. ¿Adónde habrá U. estudiado este modo de hacer descripciones?

Y diré de aquel *¿Pantalón ceñido al cuerpo?*, ¿qué he de decir?, si no que quizá podría ceñírsele a la alma, o a la cabeza, y por eso se nos advierte que al *cuerpo*. Además de que esa es una locución impropia, porque pudiendo ceñirse el pantalón, no veo por qué no pudiera también ceñirse la chupa, ceñirse las medias, ceñirse el chaleco &c. y de este modo formarse un Don ceñido el más bizarro que U. podía fingir. Pero ya advierto que U., como nos dice, estaba durmiendo, y como en el sueño se experimentan unas combinaciones de ideas, las más extravagantes, U. quiso también acreditarnos que estaba en un sueño profundísimo cuando forjó sus coplitas.

Pero no paran aquí los primores que advierto en la letrilla. Es ciertamente cosa de admirar, Señor Coplista, el extraño gusto de U. Nos describe un figurón, nos dice que era ambiguo por su vestuario, y que éste

era mixto (si no fuera mixto como ya lo había pintado, ¿de doónde le había de venir lo ambiguo?) y al paso que trata de representarlo bajo los coloridos más feos y más capaces de hacerlo despreciable, y fastidioso, nos asegura que lo *miraba con gusto*. Ciertamente que tiene U. un gusto muy estragado, y contradictorio. Pero lo peor es que no sólo es tal su gusto de U., sino también su modo de pensar y de entender, porque suponiendo que el referido traje es bien ridículo, nos dice U. que era su *traje bizarro*, esto es, espléndido o lúcido.

En medio de todo, yo alabo y pondero la viveza de U. en conocer, como dicen, en el aire, que su reloj de Ginebra (pues no nos dice que se lo diera a registrar) y el acierto con que le colocó la caja de polvos en la bolsa de reloj, pues no teniendo ninguna la cota de malla, o corpiño de que U. lo había vestido, sólo podía acomodarse en una de las dos estrechas bolsas, que suelen tener los pantalones.

Concluye [la crítica a la letrilla]<sup>13</sup>

18 de marzo de 1806

Aquí iba ya a concluir, pero antes de hacerlo me ocurre decir que aquel paréntesis *sin maldad lo digo* está tan insulso como todo lo demás: que se conoce haberse puesto allí sólo porque no ocurrió más que la voz *digo* para continuar la asonancia, y finalmente, que en toda la obra se echa de ver que no le da a U. el naipe para poetizar. Con que mejor será que se esté U. calladito y no se exponga con sus coplas de ciego a que censuren los abortos de su transtornada fantasía. Ésta es la regla que yo guardo inviolablemente

---

<sup>13</sup> *DdeM*, t. II, núm. 169, pp. 305.

cuando se trata de asuntos superiores a mis conocimientos y a mis luces. Y créamelo U., me sucede cabalmente en materia de poesía, pues conociendo que mi musa es muy fregona, y (a lo que entiendo) hermana mayor de la de U., apenas hago un verso cuando lo borro, y si alguna vez llego a llenar un cuarterón es para romperlo prontamente, porque todos me parecen tan perversos como los de U.

Dios guarde a U. muchos años, y lo libre de la tentación de hacer más coplas, como le desea su compadecido servidor.

Q. S. M. B. Inno= *Tlayacapan &c.*

## Anexo 2.

Relación cronológica de los poemas de fray Manuel Martínez de Navarrete publicados en el *Diario de México* entre 1806- 1810 (Tomos II-XI)<sup>1</sup>.

### 1806

“Las flores de Clorila”. Prólogo sin dedicatoria a Fileno. T.II n.94 p.5

Ratos Tristes: “Mi fantasía” T.II n.123 p.121

“Noche Triste”. T.II n.203 p.441

“La mañana” T.II n.209 p.469

Oda 1. Con dedicatoria (los versillos sabrosos). T.II n.211 p.477

Oda 2. Como yo cuando canto. T.II n.212 p.481

Oda 4. Un grupo delicioso. T.III n.213 p.1

---

<sup>1</sup> Los poemas de Martínez de Navarrete publicados en el *Diario de México*, aparecieron de acuerdo a las preferencias de los editores y no a su escritura cronológica. Lo mismo sucedió con la edición de *Entretencimientos poéticos* (1823) editada por Alejandro Valdés.

Oda 7. Esas que los zagales. T.III n.214 p.5  
Oda 8. De su girnalda misma . T.III n.215 p.9  
Oda 9. Sobre la blanda yerba T.III n.216 p.13  
Oda 10. En pos de tu girnalda. T.III n.217 p.17  
Oda 11. Ajar las tiernas flores. T.III n.218 p.21  
Oda 12. Un sueño misterioso. T.III n.219 p.25  
Oda 13. Un ramillo de flores. T. III n.220 p.29  
Oda 14. Como nunca de hermosa. T. III n.221 p.33  
Oda 15. Un niño pequeñuelo. T. III n.222 p.37  
Oda 16. Auséntase Clorila. T.III n.223 p.45  
“A Clorila” (Estos pequeños dones). T. III n.226 p.57  
Juguete I Arroyuelo... T.III n.233 p.85  
Juguete II ¡Ay, Clorila!, T. III n.234 p.89  
“A Clori” Clori, Clori, restaure. T.III n.235 p.93  
“A Clori” A estos dos... T.III n.236 p.97  
“A los ojos de Clori” Graciosas luces... T.III n.237 p.101

Sonetos:

“Resolución de amor” T.III n.285 p.297  
“Las trampas de la cautela”. T.III n.287 p.805  
“De agradecimiento”. T.III n.289 p.313  
“A la hermosura”. T.III n. 292 p.325  
“De la juventud” T.III n.294 p.333  
“Contra el amor común”. T.III n.296 p.341  
“A un poetastro”. T.III n.298 p.349  
“A Fileno” . T.III n.300 p.357

Ratos Tristes: II. El destino. T.III n.319 p.433  
Triunfo del amor. T.III n.324 p.453  
Rato III. La persecución. T.III n.325 p.457  
Rato IV. Mi soledad. T.III n.329 p.473  
Rato V. La ingratitud. T.III n.332 p.485  
Rato VI. Mi orfandad. T.III n.335 p.497  
Rato VII. La fuga. T.IV n.338 p.9  
Rato VIII. La terminación de mis gustos. T.IV n.341 p.25  
Rato IX. La ausencia. T.IV n.344 p.37  
Rato X. La esperanza. T.IV n.347 p.49  
Rato XI. El amor extinguido. T.IV n.352 p.69  
Rato XII. El remordimiento. T.IV n.355 p.81  
Rato XIII. El día de Fileno. T.IV n.358 p.93  
Rato XIV. La libertad. T.IV n.363 p.113  
Rato XV. La muerte de Filis. T.IV n.366 p.125  
Rato XVI. Mi retiro. T.IV n.370 p.140  
Rato XVII. Mis ensueños. T.IV n.373 p.153  
Rato XVIII. Mis padres biennabenturados. T.IV n.376 p.165  
Rato XIX. La consunción. T.IV n.383 p.193  
Rato XX. Mi difunta hermana. T.IV n.384 p.197  
Rato XXI. La inmortalidad. T.IV n.386 p.205  
Rato XXII. La memoria. T.IV n.390 p.221  
Odas  
Oda I. La música de Celia (Id, mis versitos tiernos). T.IV n.422 p.313  
Oda II (Canten otros poetas). T.IV n.440 p.428  
Oda III (En éxtasis el más dulce). T.IV n.442 p.435  
Oda. IV (¿Qué quieres, amor necio?). T.IV n.444 p.443

Oda. V (Discipula de Apolo). T.IV n.446 p.451  
Oda VI (Jamás, ¡oh cielo santo!). T.IV n.450 p.467  
Oda VII (¡Oh, dichosos mil versos). T.IV n.453 p.479  
Oda VIII (Inconsolable estaba). T.IV n.456 p.491

## 1807

Oda IX (A ti, fama gloriosa). T.V n.459 p.5  
Oda X (Estas son, ¡oh sagrado). T.V n.463 p.21  
Oda XI (¿Con que puedo entregarme). T.V n.465 p.29  
“Influjo del amor” (soneto). T.V n.470 p.49  
“Ausencia” (soneto). T.V n.478 p.81  
“A Clorila” (Tres cosas visitó...). T.V n.479 p.85  
“La triste ausencia”. T.V n.480 p.89  
“Recuerdos tristes”. T.V n.481 p.91  
“El deseo”. T.V n.483 p.99  
“A los días de Clori”. T.V n.485 p.107  
“El ruego amoroso”. T.V n.488 p.119  
“A la vuelta de Clori” (ya vuelve la deseada). T.V n.496 p.151  
“A Clori en el campo (Adonquier...). T.V n.498 p.159  
“La alma privada de la gloria”. T.V n.532 p.297, n.533 p.301  
“El verano”. T.V n.537 p.317  
“La primavera” (soneto). T.V n.538 p.321  
“El campo”. T.V n.546 p.353  
“La mañana”. T.V n.561 p.407  
“Caracciolo en el goce de sí mismo”. T.V n.569 p.539,540  
“Sueño alegórico”. T.VI n.579 p.2

“Al sueño”. T.VI n.594 p.61  
“De Dorofila”. T.VI n.598 p.77  
“A Dorofila”. T.VI n.602 p.93  
“Ven, padre ilustre...”. T.VI n.607 p.133  
“En la remisión...” A Fabio. T.VI n.617 p.153  
“La instancia”. T.VI n.619 p.161  
“A los canaritos de Lisi”. T.VI n.620 p.165  
“A Fileno” (sólo Fileno). T.VI n.623 p.177  
“El estío”. T.VI n.631 p.109  
“A una inconstancia”. T.VI n.650 p.185  
“Del amor arando”. T.VI n.662 p.333  
“A Lesbía”. T.VI n.675 p.385  
“Al día de un amigo”. T.VI n.683 p.417

#### Fábulas

“Mis censores” (fábula). T.VI n.690 p.445  
“La araña, el mosco y la criada” (fábula). T.VI n.692 p.453  
“El estanque, el arroyo y Ceres”. T.VI n.697 p.479  
“El dengue” (fábula). T.VI n.700 p.485  
  
“El otoño”. T.VII n.717 p.61  
“A San Francisco de Asís” (La negra tempestad). T.VII n.718 p.65  
“Clori a Lisi”. T.VII n.724 p.89  
“Los viejos casados”. T.VII n.732 p.121  
“A San Francisco de asís” (Vuelve del alto cielo). T.VII n.735 p.131  
“El amor arando”. T.VII n.740 p.153  
“La gloria de nuestro católico monarca Carlos IV”. T.VII n.742 p.161  
“A la condesa de Suze” (traducción libre). T.VII n.752 p.231

“El día de Clara”. T.VII n.780 p.342  
“A una señorita muy pedidora de versos”. T.VII n.791 p.387  
“A María santísima en su concepción inmaculada”. T.VII n.800 p.423  
“Carta amorosa”. T.VII n.811 p.476  
“El invierno”. T.VII n.814 p.478  
“Al padre de un ordenado”. T.VII n.818 p.495

## 1808

“A una niña poetisa”. T.VIII n.837 p.53  
“Llora Mónica a su hijo”. T.VIII n.854 p.114  
“La inocencia” Dedicatoria. T.VIII n.870 p.185  
Oda I, “Introducción”. T.VIII n.871 p.189  
Oda II, “La zagaleja”. T.VIII n.872 p.193  
Oda III, “La simplicidad”. T.VIII n.873 p.197  
Oda IV, “La corderita”. T.VIII n.874 p.201  
Oda V, “El premio”. T.VIII n.875 p.205  
Oda VI, “La tortolita”. T.VIII n.876 p.209  
Oda VII, “El hijo de Venus”. T.VIII n.878 p.216  
Oda VIII, “La fuentecilla”. T.VIII n.879 p.221  
Oda IX, “La Venus de Chipre”. T.VIII n.880 p.225  
Oda X, “Conclusión”. T.VIII n.881 p.229  
“A la fortaleza de Ma. Santísima en la pasión de Jesús”. T.VIII n.922 p.293  
“Himno a Minerva”. T.VIII n.924 p.301  
“Alas tres caídas de ntro. salvador”. T.VIII n.930 p.325  
“Al grande esfuerzo del poder”. T.VIII n.960 p.445  
“¿Hablaré o callaré?”. T.VIII n.978 p.519

“A la hospitalidad”. T.VIII n.982 p.535  
“A la muerte de Clori”, elegía I. T.VIII n.985 p.547  
Elegía II. T.VIII n.987 p.555  
Elegía III. T.VIII n.989 p.563  
“Al niño Diego de Esparza”. T.VIII n.994 p.584  
“Al templo de Carmelitas de Celaya”. T.VIII n.997 p.595  
“Al MRP fray JML (hijo terrible). T.VIII n.1002 p.915  
“A Clori en el lecho”. T.IX n.1007 p.45  
“La despedida”. T.IX n.1023 p.69  
“La divina providencia” Introducción. T.IX n.1025 p.78  
Canto I. T.IX n.1026 p.81  
Canto II. T.IX n.1027 p.83  
Canto III. T. IX n.1028 p.87  
“La ausencia de Clori”. T.IX n.1031 p.99  
“Al príncipe d. Fernando”. T.IX n.1077 p.249  
“A San Francisco de Asís”. T. IX n.1100 p.391  
“A la virgen de Guadalupe”. T.IX n.1176 p.705

### **1809**

“Vejamen al descubierta de cuatro poetastros”. T.XI n.1541 p. 701  
“El niño agraciado”. T.XI n.1546 p.722

### **1810**

“A un niño agraciado”. T.XII n.1569. p.65

## **Bibliohemerografía**

## Bibliohemerografía

Aguilar Camín, Luis Miguel. *La democracia de los muertos. Ensayo sobre poesía mexicana, 1800-1921*. México, Cal y arena, 1988.

Baranda, Joaquín. "Discurso sobre poesía mexicana" en *Obras. Discursos, Artículos literarios*. México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1900, vol. 29

Beristáin, Helena. *Diccionario de Retórica y poética*. México, Editorial Porrúa, 1985.

Beristáin y Souza, José Mariano. *Biblioteca hispanoamericana septentrional o catálogo y noticia de los literatos, que o nacidos, o educados, o florecientes en la América septentrional española, han dado a la luz un*

*escrito o lo han dejado preparado para la prensa.* México, Imprenta de Santo Domingo, 1816.

Blecua, Alberto. *Manual de crítica textual.* Madrid, Editorial Castalia, 1983 (Literatura y Sociedad).

Boileau Dexpreau, Nicolás. *El arte poética.* Trad., pról. y notas Juan Bautista Madramany y Carbonell. Valencia, Joseph y Tomás de Orga, 1787.

Bravo, María Dolores. "Poesía de la tristeza, fray Manuel de Navarrete" en *La literatura de la Colonia.* México, Promexa, 1985, pp.558-888

Bustamante, Carlos María de. "Vida del autor Manuel Navarrete. 1768-1809". Ms., G.204 (14 hojas) 31 cm. Acervo Genaro García de la Benson Latin American Collection de la Universidad de Texas en Austin.

\_\_\_\_\_, Jacobo de Villaurrutia, Wenceslao Sánchez de la Barquera (editores). *Diario de México*, 17 vols. México, 1805-1812.

\_\_\_\_\_. "Navarrete, fray Manuel. Constancias para su biografía. 1768-1809", contiene varias de sus poesías. Ms., G.201 (186 hojas) 22 cm. Acervo Genaro García de la Benson Latin American Collection de la Universidad de Texas en Austin.

Carballo, Emmanuel. *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Xalli, 1991.

Chartier, Roger. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona, Gedisa editorial, 1994 (colección lea).

\_\_\_\_\_. *Sociedad y escritura en la edad moderna*. México, Instituto Mora, 1995 (Colección Itinerarios).

\_\_\_\_\_. *Pluma de Ganso, libro de letras, ojo viajero*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1997.

Escobar, sor Adriana. *Fray Manuel Navarrete, su vida y algunos aspectos de su poesía*. University of Texas, 1929 (tesis).

*Diario de México*. México, 17 volúmenes, 1805-1812.

Gallo, Eduardo (editor). *Hombres ilustres mexicanos, biografías de los personajes notables desde antes de la conquista hasta nuestros días*. Tomo III, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1874.

González de Mendoza, José María. "El olvidado Navarrete" en *El Universal*, México 29 de julio de 1959, pp. 3 y 18.

González Peña, Carlos. *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*. México, Cultura SEP, 1928.

Gutiérrez, Juan María. *América Poética. Colección escogida de composiciones en verso*. Valparaiso, Imprenta del Mercurio, 1846.

Haro, C., Rafael. "La arcadia mexicana y el poeta zamorano Manuel Martínez de Navarrete", en *Humanistas Novohispanos de Michoacán*. Morelia, Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1982, (Biblioteca de Nicolaítas Notables), 77-89 pp.

Henríquez Ureña, Pedro. "Fray Manuel de Navarrete" en *Estudios Mexicanos, México*, FCE, SEP, 1984. (Lecturas mexicanas, 65).

Highet, Gilbert. *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*. trad. Antonio Alatorre. México, FCE, 1996, 2 vols. (Lengua y Estudios Literarios).

Jaramillo, Juvenal. *José Pérez Calama. Un clérigo ilustrado del siglo XVIII en la Antigua Valladolid de Michoacán*. México, Universidad Michoacana, 1990 (Biblioteca de Nicolaítas Notables, núm. 41)

Jiménez Rueda, Julio. *Historia de la literatura mexicana*. México, Ediciones Botas, 1946 (4a. ed. puesta al día y aumentada).

Madrigal, Luis Iñigo (coordinador). *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid, Cátedra, 1982, 2 vols.

Martínez, José Luis. "Historiografía de la literatura mexicana, desde los orígenes hasta Francisco Pimentel", en *NRFH*, enero marzo 1951, núm. 1 año V. pp. 38-68.

\_\_\_\_\_. "Literatura e Independencia" en *Independencia y Revolución mexicanas*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1985, pp. 79-84.

Martínez de Navarrete, Manuel. *Entretenimientos poéticos*. México, Imprenta de Valdés, 1823, 2 vols.

\_\_\_\_\_. *Entretenimientos poéticos*. París, Librería de Lecointe, 1835, 2 vols.

\_\_\_\_\_. *Poesías*. México, Tipografía de Victoriano Agüeros, 1904 (Biblioteca de Autores Mexicanos, 50).

\_\_\_\_\_. *Poemas inéditos. Apuntes biograficos de Carlos María de Bustamante*. México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, núm. 5, 1929.

\_\_\_\_\_. *Poesías Profanas*. Prólogo y selección de Francisco Monterde. México, UNAM, 1939 (BEU, 7).

\_\_\_\_\_. *Entretenimientos poéticos*. Prólogo de Porfirio Martínez Peñalosa. México, Porrúa, 1991, 2 vols. (Colección de Escritores Mexicanos, 93-94).

\_\_\_\_\_. *La Divina Providencia. Poema eucarístico*. México, edición del *Diario de México*, 1808.

\_\_\_\_\_. *Poesías inéditas*. Colección Genaro García, Universidad de Texas. Copia mecanografiada de Mss.

Martínez Luna, Esther. "Estudio e índice onomástico del *Diario de México* (1805-1812)". México, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, en prensa.

\_\_\_\_\_. "Una amistad arcádica: Juan María Lacunza y fray Manuel Martínez de Navarrete" en *Revista Universidad de México*, México, enero/febrero 1999, números 576-577, pp. 58-61.

Medina, José Toribio. *La imprenta en México, 1539-1821*. 8 vols.

Meléndez Valdés. *Poesías*. Edición, selección y notas de Pedro Salinas, Madrid, Espasa-Calpe, 1965 (Clásicos Castellanos).

Méndez Plancarte, Alfonso (Estudio, selec. y notas de...). *Poetas novohispanos (1521-1561)*. México, UNAM, 1964 (BEU, 33).

Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Antología de poetas hispano-americanos..* Tomo I. Madrid, Publicada por la Real Academia Española, Estudio tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1893.

\_\_\_\_\_. *Historia de la poesía Hispano-americana*, tomo I. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911.

\_\_\_\_\_. *Historia de las ideas estéticas en España*. México, Porrúa, 1985 ("Sepan cuantos...", 475,482,483), 3 vols.

Monterde, Francisco. *Fr Manuel Navarrete y sus poesías profanas en el prerromanticismo*. México, UNAM, 1941 (tesis inédita).

\_\_\_\_\_. "Navarrete en el prerromanticismo" en *Cultura mexicana*. México, Editora Intercontinental, 1946, pp. 91-118.

Moore, Ernest Richard. "Un autógrafo de fray Manuel Navarrete" en *Ábside XII*: 3 (abril-junio de 1948), pp. 193-203.

Olmedo y Lama, José. "Fray Manuel Navarrete" en *Hombres ilustres mexicanos, biografías de los personajes notables desde antes de la conquista hasta nuestros días*. T.III, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1874, pp.137-153.

Orozco y Berra, *Diccionario universal de historia y geografía*. Tomo VI. México, imp. de F. Escalante y Librería de Andrade, 1855.

Pacheco, José Emilio. *La poesía mexicana del siglo XIX* (antología). México, Empresas editoriales, S.A., 1965.

Palau y Dulcet, Antonio, *Manual del librero hispanoamericano*. Barcelona, Librería Palau, 1967, 7vols.

Perales, Alicia. *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*. México, Imprenta Universitaria, UNAM, 1957 (Centro de Estudios Literarios).

Pérez Hernández, María del Carmen. *La Arcadia de México. La primera asociación literaria del país*. México, Universidad Pedagógica Nacional, 1996 (colección educación, 7).

Pimentel, Francisco. *Historia crítica de la poesía en México*. México, Sría. de Fomento, 1892.

Prieto, Guillermo. "Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana", en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, UNAM, 1996 (Al siglo XIX: ida y regreso), pp. 111-124.

\_\_\_\_\_. "Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana", en *Museo Mexicano*, t. IV, pp. 354-360.

Reyes, Alfonso. "Don Victoriano Agüeros" en *Capítulos de literatura mexicana*. México, FCE, 1989 (Letras Mexicanas), pp. 283-290.

Romero Flores, Jesús. "Fray Manuel Martínez de Navarrete. El primer poeta neoclásico" en Suplemento "Semanario" de *El Nacional*, 18 de junio de 1961, n.742, p.1.

Ruedas de la Serna, Jorge. *Arcadia Portuguesa*. México, CNCA, 1995.

\_\_\_\_\_. *Arcádia: tradicao e mudanca*. Sao Paulo. Editora da Universidade de Sao Paulo, 1995.

\_\_\_\_\_. *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana*. México, Coordinación de Estudios de Posgrado/Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1987.

\_\_\_\_\_, coordinador. *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1996 (Al siglo XIX: ida y regreso).

\_\_\_\_\_, coordinador. *Historiografía mexicana*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1996.

\_\_\_\_\_, coordinador. *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos siglo XIX*. México, Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Postgrado, UNAM, 1998.

Sánchez, José. *Academias y sociedades literarias de México*. University of Illinois, Chicago, Chapel Hill, N.C., 1951.

Sánchez Barbero, Francisco. *Principios de retórica y poética*. La Habana, Imprenta de Soler y compañía, 1841.

\_\_\_\_\_. *Principios de retórica y poética*. (Presentación de Carlos María de Bustamante). México, reimpresso en la Oficia de la Aguila, dirigida por José Ximeno, 1825.

Sánchez Mármol, Manuel. *Las letras patrias*. México, Consejo Editorial del Gobierno del estado de Tabasco, 1982.

Santacilia, Pedro. *Del movimiento literario en México*. México, Imprenta del gobierno en Palacio, 1868.

Sicilia, José Mariano. *Lecciones elementales de ortología y prosodia*. París, Librería Americana, 1928.

Sosa, Francisco. *Mexicanos distinguidos*. México, Edición de la Secretaría de Fomento, 1884, pp. 719-724.

Tola de Habich, Fernando (editor). *La crítica de la literatura mexicana en el siglo XIX (1836-1894)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México y Universidad de Colima, 1987.

Torres Caicedo, José María. "R.P. Fr. Manuel Martínez de Navarrete" en *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispanoamericanos*. París, Librería de Guillaumin y Cia., editores, 1863, pp. 271-285.

Toussaint, Manuel. "Nuevos aspectos en la biografía de fray Manuel de Navarrete", en *Revista de literatura Mexicana*, México, octubre-diciembre, 1940, núm.2, pp.256-264.

\_\_\_\_\_. "La importancia de Heredia en la literatura mexicana de su tiempo" en *Manuel Toussaint, obra literaria*, México, UNAM, 1992, pp. 491-496.

Urbina, Luis G. *La vida literaria en México*. México, Porrúa, 1965 (Colección de Escritores Mexicanos, 27).

\_\_\_\_\_, Pedro Henríquez Ureña, Nicolás Rangel. *Antología del Centenario (1800-1821)*. México, SEP-Cultura, 1985.

Valdés, Octaviano (selección e introducción). *Poesía neoclásica y académica*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1978 (BEU, 69).

Wold, Ruth. *El Diario de México. Primer cotidiano de la Nueva España*. Madrid, Gredos, 1970.

Zorrilla, José. *La flor de los recuerdos, ofrenda que hace a los pueblos hispano-americanos*. Tomo I, México, Imprenta del Correo de España, 1855.